
MARIAH STONE
EL JUICIO DEL VIKINGO
AL TIEMPO DEL VIKINGO:
EL LEGADO

EL JUICIO DEL VIKINGO

AL TIEMPO DEL VIKINGO: EL LEGADO

LIBRO TRES

MARIAH STONE

Traducido por

CAROLINA GARCÍA STROSCHEIN

Stone Publishing

Copyright © 2025 Mariah Stone

Todos los derechos reservados.

La siguiente es una obra de ficción. Todos los nombres, personajes, lugares y eventos que se mencionan en ella son producto de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia. Cualquier similitud con personas vivas o muertas, negocios, empresas, sucesos o tiendas que existan en la actualidad o hayan existido en el pasado es puramente casual.

Título original: *Age of Fire* © 2023 Mariah Stone

Traducido al español de Latinoamérica

Traducción: Carolina García Stroschein

Diseño de portada: Qamber Designs and Media

ÍNDICE

Otras Obras de Mariah Stone

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Epílogo

Otras Obras de Mariah Stone
¿Te ha gustado el libro? ¡Puedes marcar la diferencia!
Acerca del Autor

OTRAS OBRAS DE MARIAH STONE

DUQUES Y SECRETOS

Vendida al duque (precuela)

La bella y el duque

La falsa prometida de lord Libertino

Duque por conveniencia

La apuesta de lord Canalla

LOS SIETE LORES DE LOS PECADOS

El duque de la ira

El duque de la lujuria

El duque de la soberbia

El duque de la gula

...

Próximamente más libros

AL TIEMPO DEL HIGHLANDER (NOVELA ROMÁNTICA HISTÓRICA)

Sìneag (precuela)

La cautiva del highlander

El secreto de la highlander

El corazón del highlander

El amor del highlander

La navidad del highlander

El deseo del highlander

La promesa de la highlander

La novia del highlander

El protector de la highlander

El reclamo del highlander

El destino del highlander

Reunión de Navidad

AL TIEMPO DEL VIKINGO (NOVELA ROMÁNTICA HISTÓRICA):

La tentación del vikingo (precuela)

El deseo del vikingo

El reclamo del vikingo

La novia del vikingo

El amor del vikingo

La cautiva del vikingo

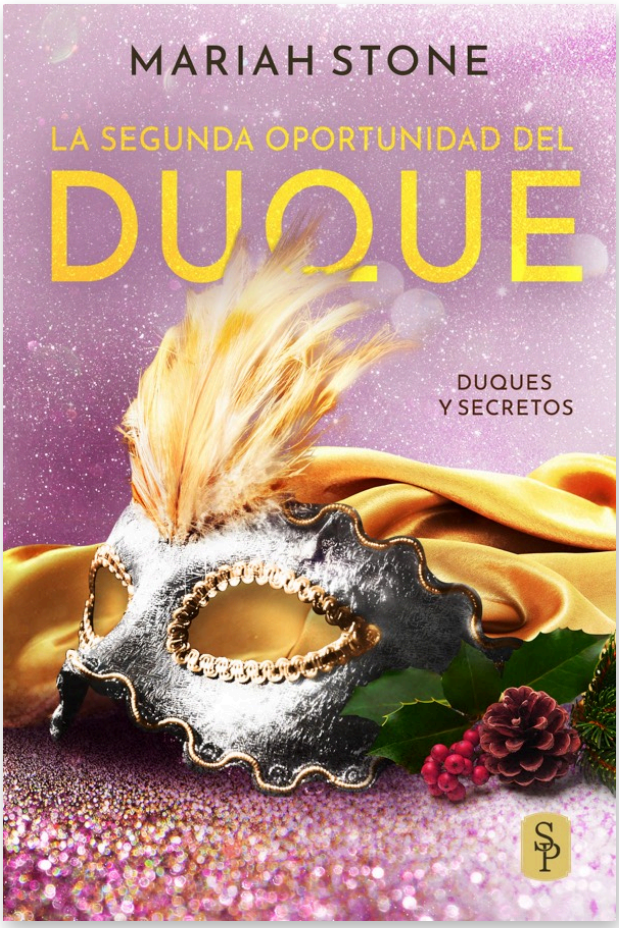
AL TIEMPO DEL PIRATA:

El tesoro del pirata

El placer del pirata

¡Más libros nos esperan en 2025!

CONSIGUE LA SEGUNDA OPORTUNIDAD DEL DUQUE GRATIS



Juró no perdonarlo jamás.
Él nunca dejó de amarla.

Atrapados por una tormenta navideña,
¿tendrán el valor de intentarlo de nuevo?

Obtén LA SEGUNDA OPORTUNIDAD DEL DUQUE ahora para descubrir un amor que merece otra oportunidad!

https://mariahstone.com/obten-duque

«Unos dicen que el mundo sucumbirá en el fuego.
Otros dicen que en el hielo.
Por lo que yo he probado del deseo,
estoy a favor de los que apuestan por el fuego.
Pero si tuviera que perecer dos veces,
creo saber suficiente sobre el odio,
como para saber que, para la destrucción,
el hielo también es poderoso y sería suficiente».

—Robert Frost

CAPÍTULO
UNO

Sosteniendo la mano de Ella, Channing avanzó por la tormenta de nieve blanca. Parecía como si fueran las únicas personas que quedaban en el universo.

Las formas oscuras de los edificios de tres plantas se tornaban grises a ambos lados de la calle, pero no se veía ninguna luz en las ventanas. No se oía música, ni vecinos discutiendo, ni perros ladrando. Solo veían un único poste de luz que titilaba a través de la cortina de nieve.

Hacía tan solo unas semanas, lo habían invitado a comer pastel de carne en el hogar de la familia O'Connor. En ese entonces, le había dolido el pecho al pensar en lo que había echado de menos. Esa era una calle en la que los vecinos eran amistosos, los niños crecían juntos y no se podía dar ni un paso sin que alguien más lo supiera. Era una calle en la que la gente mostraba cautela ante los desconocidos y se mantenían unidos. Como en el mundo vikingo que acababa de dejar atrás. Como lo hacía su propia familia.

Ahora parecía que el Ragnarök ya había ocurrido y terminado y que ese era el después del fin del mundo.

¿A dónde había ido la calle Dorchester? Se había desvanecido con el resto del mundo. Nada volvería a ser lo mismo.

Channing seguía siendo de ningún sitio y no tenía ningún hogar más que esa mujer que caminaba a su lado. La mujer que le provocaba un zumbido en la sangre. La mujer que le brindaba la calidez de un hogar en el vacío del pecho.

—Debe haber un corte energético —dijo Ella alzando la voz por encima del aullido del viento.

Sabía por qué estaba preocupada. Mientras su familia se encontraba en la época de los vikingos, la de ella estaba allí… pero ¿estarían bien? Channing deseó poder calmarle las preocupaciones y escudarla de todo. Deseó poder envolverla en un capullo protector. Moriría por ella si tuviera que hacerlo. Pero ¿estaba dispuesto a morir por el mundo?

—Tenemos que darnos prisa, tesoro —le dijo Channing—. La tormenta está empeorando.

Apretaron el paso. Habían conseguido que alguien los llevara en un coche desde el puerto de Boston, y el conductor los había dejado unas manzanas atrás. La calle solo era accesible a pie.

Cuando se habían alejado del puerto, con una desesperación fría y atroz, Channing se había dado cuenta de que casi no había automóviles en las calles. Habían caminado por la calle Summer, donde algunos coches circulaban sin detenerse. La mayoría eran vehículos eléctricos. Con las tormentas que interferían con las líneas de suministros, se podía sentir la escasez de gasolina.

Considerando que llevaban puestas prendas vikingas, Channing no estaba sorprendido de que nadie se hubiera detenido a pesar de lo mucho que habían movido los brazos en el aire. No llevaban dinero moderno, ni tarjetas de crédito, ni ninguna forma de identificación. Lo único que tenían era la mochila de viaje vikinga que llevaba en la espalda.

Al llegar a la calle Dorchester, un conductor se había detenido. El hombre había accedido a llevarlos sin que le pagaran, mascullando algo acerca de ayudar a las personas en situación de calle y cómo el fin del mundo revelaría quién era cada uno en realidad.

Mientras avanzaban por el sur de Boston, el coche apenas cabía en las calles angostas. El Ragnarök había creado bancos de nieve con los automóviles estacionados. Pasaron por delante de varias filas de edificaciones de tres plantas oscuras y sin vida. Tanto las ventanas en mirador como las puertas de entrada de varios edificios se encontraban destrozadas. No se veían niños jugando en las calles. No se oían perros que ladraran ni pájaros que cantaran. Las

pocas gasolineras que habían pasado en el camino se encontraban desérticas, y los precios se habían incrementado diez veces. El conductor les dijo que había cortes energéticos al menos una vez al día.

¿Cómo podía esa realidad ser mejor que la época de los vikingos? Habían dejado a su padre herido en el siglo IX... ¿Acaso su madre lograría salvarlo de la herida de bala? ¿Lograrían derrotar al rey Harald y sus guerreros, recuperar el gran salón y volver a poner de pie a Hakon?

Los pensamientos sobre su familia eran como dagas que le rozaban las costras de una herida que jamás se había terminado de sanar. La mano de Ella sobre la suya se sentía como un bálsamo. Había perdido a su familia, pero ella encontraría a la suya, y eso valía todo. Porque su alegría y su felicidad eran lo único que le importaba.

—¿Al menos reconoces alguna de las casas? —le preguntó mientras parpadeaba para quitarse unos ligeros copos de nieve del rostro.

—Creo que sí —repuso Ella apartándose el borde de la capucha del abrigo de piel para mirar a la izquierda—. Lo más importante es no pasarme de mi casa.

Había nieve por doquier. Channing la sentía en los ojos, en el cuello y en la nariz. El viento le robó el aliento y le arrojó unas ráfagas fuertes al rostro.

A pesar de la nieve y el silencio, lo que más le preocupaba era que habían llegado a un tiempo en la que la mafia se había apoderado de su puerto, y eso le decía dos cosas. Para comenzar, la policía se encontraba lo bastante debilitada como para haberlo permitido. Por otra parte, las drogas estarían circulando libremente por la ciudad. Esas drogas provenían de los cargamentos que habían sobrevivido a las tormentas, que habrían sido mucho peores en alta mar. Eso significaba que habría más crimen. La policía se encontraría indefensa, si no lo estaba ya.

«Hermanos matándose entre ellos. Los vínculos de sangre entre padres e hijos colapsando». Más muertes. El Ragnarök estaba ganando.

Durante una décima de segundo, recordó la sensación del tronco de madera implacable y congelado contra la mejilla y la hoja afilada del hacha del verdugo a punto de caer. Ese habría sido el final. En cualquier momento, hubiera ido al gran sitio desconocido. ¿Sería el Valhalla u otro lugar?

En los últimos momentos, la vida le había pasado por delante de los ojos. No había pensado en lo que debería haber hecho diferente ni en cómo enfrentarse a los dos vikingos que lo sujetaban. En el ojo de la mente, solo había visto un rostro. Unos ojos de color celeste glaciar bajo unas alargadas pestañas rubias oscuras. Unos destellantes dientes blancos detrás de una sonrisa de labios rosados. Qué hermosa que era y qué afortunado era de haberla tenido en su vida, a su lado. En ese instante final, deseó haber tenido más. Más tiempo con ella. Más momentos sujetándole la mano. Más besos. Más sexo. Más de todo.

Había pasado la mirada por el espacio blanco rodeado de enemigos con el deseo de verla en su último momento. Había estado atrapado entre el amor y la muerte, en un momento que se extendía como la eternidad. Someterse a lo que alguien creía que era su destino iba en contra de su naturaleza, pero una pequeña parte de él sabía que debía de aceptar su destino. El rey Harald quería salvar al mundo erradicando su existencia. Eso hubiera sido lo mejor para todos, pero Ella no se lo permitió. En un momento, Channing la había visto atrapada en los brazos del rey Harald y, al siguiente, no se encontraba más allí. Alguien lo había tocado, y se había sumido en un vacío oscuro. Y luego, al abrir los ojos, vio el puerto de Boston. Estaba vivo, pero ¿debería estarlo?

—Allí. —Ella lo jaló a la izquierda, hacía un punto naranja y verde intenso detrás de una cortina de nieve. Era un edificio.

Las escaleras del pórtico eran un banco de nieve, y hundieron los zapatos en la nieve para evitar resbalarse y caer. Las ventanas se encontraban a oscuras. No fue de sorprender que el timbre no funcionara. Ella golpeó la puerta principal con todas sus fuerzas, pero nadie respondió.

—En mi edificio hay generadores de emergencia. —Channing se detuvo al lado de ella y llamó a la puerta con el puño—. Los

llevaremos a mi departamento.

Su departamento se encontraba en la cima del edificio de cincuenta y cinco plantas Infinity Tower, muy por encima del caos que reinaba en Boston, y sería una fortaleza. Nadie irrumpiría allí, y se mantendría cálido y habría electricidad siempre y cuando los generadores funcionaran. Los generadores estaban hechos para ese tipo de situación; ese había sido uno de sus requisitos cuando mandó a construir el edificio.

La época de los vikingos violenta y ardua, con las casas comunales de madera, los techos de paja y los hogares centrales eran un extremo. Un edificio de tres plantas frío sin electricidad, otro.

—El puerto ya no es más tuyo —masculló Ella—. ¿Quién puede decir que el apartamento aún lo sea?



Luego de la pregunta, reinó un silencio pesado y frío. Channing debía de estar sopesando la posibilidad de haber perdido su negocio y su hogar. A lo mejor, no debería haberlo traído a colación.

En el silencio, aguzó el oído intentando descifrar si oía algunos pasos detrás de la puerta principal o un sonido que delatara que estaban destrabando la puerta.

Cuando al fin oyó pasos en el vestíbulo, el mundo adquirió color. Debía de ser Gloria. Los pasos eran demasiado pesados para tratarse de Ted, y su padre se encontraba en una silla de ruedas. La mirilla se oscureció un instante, y luego no sucedió nada. En el pequeño círculo de cristal convexo, Ella vio el reflejo de dos siluetas compactas y curvadas en abrigos de piel vikingos, cubiertas de nieve y con unas nubes de vapor que se les escapaban de las bocas.

—¡Soy yo! —exclamó.

La puerta se abrió de golpe, y el rostro cenizo de Gloria se asomó en el umbral. Dos suéteres le abrazaban la silueta regordeta y baja. Llevaba el cabello castaño enmarañado, algo muy poco característico de ella, y parecía como si no se hubiera peinado en varios días.

Tenía unas botas de invierno y un gorro. Varias nubes de vapor erráticas le salían de la boca.

Gloria soltó un grito agudo y se le aferró al cuello con la espalda temblando mientras sollozaba. Ella la abrazó, y Gloria se sintió más pequeña y más delicada bajo las palmas, como si fuera una muñeca frágil.

Por primera vez en su vida, las palabras «Mamá, he vuelto» le quisieron surgir de la garganta. Sin embargo, las enterró bien profundo al tiempo que hundía el rostro en el suéter de Gloria y sentía la lana arañándole la piel. Inhaló el aroma familiar a madera vieja, cebollas fritas y ajo. Al cabo de unos instantes, Gloria se apartó y se detuvo en el pasillo oscuro de la edificación de tres plantas, frotándose los ojos con el dorso de las manos.

—¡Pasen, pasen! ¡Por todos los cielos, has regresado!

Ella entró en el pasillo en penumbras que se sentía como un túnel entre dos mundos. Unas gigantescas ráfagas de nieve entraron detrás de Channing cuando la siguió. Gloria cerró la puerta de entrada, y todos se hundieron en la oscuridad. Los aromas a su hogar la rodearon: la esencia química de los productos de limpieza, la fragancia cítrica a madera vieja y el aroma distante de la cocina.

Ella caminó apresurada hacia la luz grisácea que provenía de la puerta del apartamento. Pronto vería a su padre y a su hermano. La anticipación la abrasaba por dentro, junto con el deseo de ver a sus seres queridos que la impulsaba hacia adelante como el viento.

—¡Papá! —exclamó—. ¡Ted!

Dentro del apartamento, dos sombras aparecieron de la luz natural de la sala de estar. Su padre, en silla de ruedas, y su hermano, Ted, un niño de doce años con síndrome de Down. Ella se arrodilló y abrazó a Ted primero. Bryan le sujetó la mano entre sus palmas grandes, con la piel seca y cálida. A Ted se le llenaron los ojos de lágrimas y le temblaron los labios mientras Ella susurraba que había vuelto, que se encontraba bien y que nunca volvería a marcharse.

Mientras Gloria entraba en el apartamento seguida de Channing y cerraba la puerta a sus espaldas, Ted sonrió con los ojos abiertos de par en par clavados en él.

—¿Has venido en un barco grande? —le preguntó Ted.

Channing le devolvió la sonrisa.

—Esta vez no, Ted.

—Hola, papá. —Ella abrazó a su padre, que le envolvió los brazos por el cuello y le dio unas palmadas en la espalda a través del abrigo de piel.

Los labios de Bryan se tensaron en una línea firme al ver a Channing.

—Gracias por traérmela de regreso —le dijo.

Ella había esperado que lo mirara con el ceño fruncido, o al menos que lo regañara por ser el motivo por el que su hija había desaparecido en el tiempo. Pero ciertamente no había esperado que le agradeciera.

—No he hecho nada —le aseguró Channing—. Ha sido ella.

Ella enderezó la espalda. Experimentó un alivio que se sintió como si el sol le estuviera brillando en el estómago.

—¿Están bien? Papá, ¿has comenzado el tratamiento para el cáncer?

El rostro de Bryan se ensombreció.

—Estamos bien. Pasen. Quiero que me cuenten todo. Llamaré a Ricardo, así le puedes agradecer por haber sacado a Hakonson de la cárcel.

La casa estaba fría, y Channing sugirió que fueran a su apartamento, pero Bryan le dijo que en breve regresaría la electricidad.

Mientras Bryan llamaba a Ricardo, Gloria les llevó dos vasos de agua fría, que sabía artificial y a químicos luego de haber probado el agua de la montaña en la época vikinga y, para su sorpresa, Ella anheló el calor de un hogar central, el aroma a leña y la familia de Channing, que era feroz, leal y muy amable. Sería maravilloso tener a las dos familias reunidas, pero eso era imposible.

Cuando su padre, Gloria y Ted estuvieron presentes, Ella comenzó a contarles todo. Evitó los detalles más brutales en la medida de lo posible, considerando que su hermano se encontraba presente. Al poco tiempo, Ted perdió el interés y le pidió permiso a

Gloria para encender la televisión, pero cuando la madre le respondió que no funcionaba, pidió sus libros de historietas de Rolf.

Rolf era un superhéroe con la habilidad de arrojar rayos y con un hacha que podía cortar cualquier cosa. Era probable que el personaje estuviera basado en Thor, y Ella se preguntaba cuánto se hablaría del Ragnarök, de las nornas y de los dioses en las historietas.

En el medio de la historia, se oyó un llamado distante a la puerta. Gloria fue a abrir y regresó acompañada de Ricardo, que jadeaba y tenía los ojos abiertos como platos.

CAPÍTULO
DOS

Cuando Ricardo envolvió a Ella en sus brazos, Channing sintió una puntada de celos en el vientre.

A menudo, la gente se dejaba llevar por la altura baja y la redondez de Ricardo, por sus modales torpes y por su introversión. Pero debajo de ese exterior inofensivo, el detective Ricardo Sánchez era un hombre de acero con una mente afilada y el ojo de un francotirador. Y un corazón que latía por la mujer a la que Channing amaba.

—Chica, ¿dónde diablos te habías metido? —le murmuró con el rostro enterrado en el cabello.

Channing apretó el puño. No debería estar sintiéndose así. Ella y Ricardo habían sido amigos y compañeros en la policía durante muchos años. Ella le pertenecía a Channing. Lo amaba. Estaba comprometida con él. Era en sus brazos donde bajaba las defensas, y a él a quien dejaba entrar. No había motivo para que el pecho le ardiera, y no tenía sentido apretar los dientes hasta sentir dolor, pero el vikingo posesivo que llevaba dentro detestaba que cualquier hombre se le acercara, y tuvo que mantenerse pegado al sofá.

Cuando se liberó de los brazos de Ricardo, Ella estaba destellando, y la tensión se desvaneció del cuerpo de Channing. No podía estar enfadado con nadie que le pusiera semejante sonrisa en el rostro. Ella estiró los brazos a ambos lados.

—¿Dónde me había metido? En la Noruega del siglo IX.

Ricardo se mordió el labio inferior y la miró con los ojos entrecerrados.

—¿Estás segura, chica?

—Sí.

—¿No era un ardid… un programa de telerrealidad retorcido o algo similar? ¿Un lavado de cerebro?

Channing se cruzó de brazos.

—¿Qué pensaste que estaba pasando cuando desaparecí tras tocar el huso de oro? ¿Creíste que era David Copperfield?

La sonrisa se desvaneció del rostro de Ella.

—No era un programa de telerrealidad. Era la realidad. Me dispararon una flecha.

Tanto Ricardo como su familia permaneció congelada.

—¿Cómo has dicho? —preguntó Bryan.

—Estoy bien. —Ella se acercó a Ted y lo envolvió en sus brazos —. Channing me ayudó.

A Ricardo se le dilataron las fosas nasales.

—Maldito bastardo, ¿cómo pudiste permitir que le pasara eso?

—Contén las malas palabras, Ricardo. —Gloria miró a Ted con los ojos bien abiertos.

Ted sonrió.

—Bocasucia.

—Disculpa, Ted —murmuró Ricardo.

Ella se acercó al aparador.

—No fue culpa de Channing. —Abrió un cajón y extrajo un libro de historietas—. Me retuvieron prisionera y sucedió cuando escapé. —Colocó el libro sobre la mesa de la sala de estar, delante de Ted, cuyos ojos brillaron al abrirlo—. Channing me trató la herida y nos llevó de regreso con su familia. Sin él, estaría muerta.

Su mirada se posó en él desde el otro extremo de la habitación. Había tanto amor, calor y aprecio en esos hermosos ojos celestes, que a Channing se le cerró la garganta. Su mujer… No necesitaba preocuparse por Ricardo. Solo tenía que preocuparse de mantenerla viva durante el Ragnarök. Ricardo también lo miró durante un momento prolongado y luego soltó un suspiro.

—En ese caso, me alegro de que haber arriesgado mi trabajo haya rendido sus frutos.

—Oh, cielos —murmuró Ella—. No te despidieron por haber perdido a Channing, ¿no?

—Todavía no. Hay diez criminales por cada policía, así que cada oficial cuenta.

Ella miró a Channing, que supo lo que le estaba preguntando: si le podían contar todo a Ricardo, Bryan y Gloria. Él asintió con la cabeza. Esa era su familia. Él le había contado todo a la suya en la época vikinga, y Ella debería hacer lo mismo.

Sin dudarlo más, Ella les contó toda la historia. Le contó a su padre acerca de las nornas y de la profecía. Les dijo que mientras Channing viviera, el Ragnarök acabaría con el mundo. Tragándose los temores que pesaban como el plomo, Channing observó la reacción de Bryan.

La mirada de Bryan era tan afilada como una hoja. Gloria negaba con la cabeza mientras mascullaba algo acerca de que no podía creer nada, que todas esas tonterías eran material de novelas y televisión, pero no de la vida real. Ricardo detuvo a Ella en varias ocasiones para pedirle detalles y mirarla fijo con incredulidad mientras Ella relataba su visión acerca de la norna.

La sala de estar se iba oscureciendo cada vez más, y la luz tenue de la tarde que se colaba por la ventana era como pasar a través de un glaciar. Ted se acercó al alféizar para leer.

Ella terminó su relato contándoles cómo habían aparecido en el puerto de la ciudad y cómo habían visto que el puerto se encontraba en las manos de la mafia de Boston.

En el exterior hubo un destello seguido del rugido distante de un trueno. Luego una luz cálida iluminó la sala de estar y cegó a Channing. El refrigerador de la cocina rugió enfadado un instante y luego comenzó a emitir su sonido normal.

—¡Es Rolf! —exclamó Ted y soltó una carcajada—. Ha enviado el rayo, y por eso regresó la electricidad.

Gloria se rio.

—No te rías, mamá —la regañó Ted—. Los rayos tienen electricidad.

Gloria se puso de pie.

—No me río de ti, cariño. Tienes razón, tienen electricidad. Aunque por lo general, las tormentas eléctricas suelen cortar la electricidad en lugar de encenderla. Hablando de eso, ahora que hay luz, puedo comenzar con la cena y hacer té y café. ¿Qué les parece beber algo caliente?

La idea de algo caliente en el cuerpo hizo que a Channing le doliera el estómago de anhelo.

—Me encantaría un té, Gloria. Gracias —le dijo.

Ella estiró el cuello.

—¿No te molesta hacer café? Gracias, Gloria. Lo eché mucho de menos.

—Yo no quiero nada —dijo Ricardo al tiempo que se frotaba el mentón.

Alguien llamó a la puerta principal.

—¡Gloria! ¡Bryan! ¡Ha vuelto la electricidad!

La puerta se abrió, y una versión más baja y redondeada de Bryan entró.

—¿Necesitan algún…?

Debía de ser el tío Maurice, en base a lo que Ella le había contado de él. El hombre se detuvo en seco al ver a su sobrina.

—¿Has vuelto? —Corrió hacia la puerta principal y les anunció a gritos a los habitantes de las plantas superiores—: ¡Ella está de vuelta! ¡Ella volvió!

Varias voces se oyeron de la segunda planta, y luego sonaron varios pasos contra los escalones de madera que casi quedaron amortiguados por el rugido de otro trueno.

—¿Ella? —exclamó un hombre joven con el cabello oscuro. Llevaba un bebé apoyado contra la cadera. Debía de ser Rob con su hija, Pamela.

Ella se iluminó y se puso de pie, al tiempo que los recién llegados guardaban silencio y la recorrían con la mirada.

Le había hablado de ellos. Le había contado que a Rob lo habían despedido injustamente del puerto de Channing hacía unos meses y que el tío Mo era el dueño de un bar en el centro de Boston donde, hacía unas pocas semanas, mientras buscaban refugio durante otra

tormenta de nieve, Ella y Channing habían hecho el amor por primera vez.

—¿Qué diablos tienen puesto? —preguntó una mujer embarazada de unos treinta años. Debía de ser Stella, la esposa de Rob.

Una mujer de baja estatura de unos cincuenta años entró en la sala de estar y tocó el abrigo vikingo de Ella.

—Por todos los cielos. No hace tanto frío afuera, ¿no? Parece como si acabaras de llegar del ártico. ¿Dónde diantres te habías metido?

Seguramente, era la tía Cara.

Una mujer joven que parecía una estudiante universitaria asomó la cabeza detrás de Rob. Debía de ser Fiona, la prima de Ella. No dijo nada, pero observó a Ella con curiosidad y a Channing con cautela.

Mientras el apartamento se llenaba de voces de gente que conversaba y hacía preguntas, Channing siguió a Gloria a la cocina para ayudarla a preparar té y café.

Una luz amarilla se reflejaba a través de la ventana y ocultaba las ráfagas de nieve y los destellos de rayos del exterior de la vista de Channing. El Ragnarök parecía una preocupación distante. Si la televisión funcionaba y podían calentar algo de comida, los pensamientos de agitaciones, escasez de alimentos, falta de medicamentos y el puerto en manos de la mafia parecían pertenecer al mundo de la ficción.

Durante un instante, Channing se permitiría relajarse en el sofá del antiguo edificio de tres plantas al lado del amor de su vida, beber té y hablar con su familia. Sentiría la calidez del hogar que Ella le había encendido en el interior, que le sanaba centímetro a centímetro la herida dolorosa en el pecho y llenaba el vacío que llevaba dentro. Al día siguiente trazarían un plan.

Tenía certeza absoluta de algo: la muerte venía por él y, con cada segundo que transcurría, se encontraba más cerca. Pero si alguien podía engañarla, ese era él, el hombre que había desafiado al destino. Porque ahora tenía alguien por quien vivir. Y mientras tuviera a Ella, encontraría el modo de vencer al mismo Ragnarök.

CAPÍTULO

TRES

Luego de cenar, en la sala de estar quedó flotando el aroma a sopa de arvejas. En la cocina anticuada que Ella había conocido toda su vida, el agua salpicaba y la vajilla repiqueteaba contra el fregadero de metal mientras Gloria lavaba los platos.

Eso era muy diferente a la época de los vikingos, en la que los criados tenían que recolectar una gran cantidad de nieve, arrojarla en los calderos suspendidos sobre las llamas para tener agua para limpiar. En el presente, Gloria tenía puestos guantes de goma, mientras que, en el siglo IX, las manos de las mujeres que lavaban los platos estaban rojas, secas y lastimadas. Qué fácil era la vida allí: solo bastaba girar el grifo para tener agua corriente caliente o apretar un interruptor para que se hiciera la luz en cualquier habitación. En la época de los vikingos, conseguir luz y calor era una lucha constante que implicaba cortar leña y mantener las fogatas ardiendo.

Channing se encontraba al lado de Gloria, y los músculos de la espalda ancha bajo la camisa que su padre le había prestado se movían mientras secaba los platos. Las prendas eran demasiado estrechas para él, y Ella se preguntaba si en algún momento las costuras cederían y se desgarrarían.

De solo verlo vivo y moviéndose, se llenaba de una felicidad que se sentía como licor cálido. Era su hombre. El hombre en el que podía confiar, el hombre que había cruzado el tiempo por ella, el hombre que el destino le había llevado a su vida cuando más lo

necesitaba. Sí, era terco y podía resultar bastante controlador, pero tenía un corazón gigante. A su lado, respiraba más tranquila. Las cosas tenían sentido.

Y ahora, allí… en su cocina… su vikingo tenía puesta una camisa a cuadros, una toalla sobre el hombro y otra en la mano con la que secaba los platos. Se veía de lo más doméstico. Era fácil imaginar el hogar que podrían tener. El aroma a él, una masculina fragancia primitiva mezclada con su jabón de cuerpo. Era atractivo y grande, tanto confiable como impredecible. Leal y ambicioso. Seguro de sí mismo y profundamente vulnerable.

Desde que su madre se había marchado, Ella se había sentido vacía. Ninguna persona que conocía tenía sueños extraños, nadie más podía manipular el tiempo y ni tampoco había sido abandonado por su madre. Ella había sentido que había algo mal en ella, con esos curiosos poderes y esos extraños sueños. Y no podía hablar del tema.

Aun con la casa llena de gente, con las tres familias que vivían bajo un mismo techo en el edificio de tres plantas, se había sentido sola. Y Channing también. Y juntos, encajaban. Le había contado todo acerca de su vida, y él había visto lo peor de ella y, aun así, la amaba. No la había dejado. Únicamente con él no tenía ese sentimiento profundo de rareza e incomodidad. Por primera vez, no se sentía sola, sino que se sentía aceptada. Sentía como si perteneciera.

No la dejaron secar los platos por la herida del hombro, y su padre estaba secando los vasos a su lado en la mesa de la cocina. Tanto Ricardo como el resto de la familia se habían quedado a cenar. Ella les había dicho que la habían secuestrado y que Channing, con la ayuda de Ricardo, se las había ingeniado para ayudarla a escapar. No le gustaba mentirles, pero no creía que hablar de viajes en el tiempo y del Ragnarök con el tío Mo y su familia fuera a generar más que incredulidad y confusión.

Luego de que todos se marcharan, Ella llevó a Ted a la cama, lo observó quedarse dormido y se le ciñó el corazón. Aunque la tormenta eléctrica había pasado, aún seguía nevando, y en la habitación de Ted reinaba la paz. Ella había observado las mejillas

rellenas y relajadas mientras su hermano respiraba, y las pestañas oscuras que se estremecían mientras los ojos se le movían debajo de los párpados.

El fin del mundo la perseguía a ella y a Channing. Habían escapado del rey Harald, y había salvado al hombre al que amaba, pero ahora que veía a su hermano, que seguía siendo un niño dulce e inocente, una idea oscura se le formó en la mente. ¿Valía la pena? ¿O debería haber dejado caer el hacha? ¿Qué había de las vidas de millones de niños por todo el mundo? Niños como Ted, que no habían tenido la oportunidad de vivir una vida plena…

Se detestaba por pensar en eso. No, se dijo. Era seminorna. Las tres nornas eran los seres más poderosos del mundo. Definían los destinos de la gente. Y ella tenía algunos poderes gracias a su madre norna, aunque no los entendiera por completo. Pero sabía que tenía que hacer algo con ellos. Si alguien podía ayudar al mundo, era ella y Channing.

Con la mente distraída, guardó los cubiertos en el cajón con el brazo sano.

—Papá —comenzó Ella—. Dime qué tan loca estoy con todo eso del fin del mundo. El Ragnarök. Y mi madre, que es una norna. Dime qué piensas.

—Qué pienso… —Bryan se rio entre dientes y negó con la cabeza —. Lo que pienso es que soy un hombre moribundo, y si a mi edad no puedo ver la verdad, soy un tonto. —Con cautela, apoyó el vaso en la mesa y el material se deslizó contra la madera—. Y no soy ningún tonto.

Channing dejó de secar y lo miró por encima del hombro.

—¿Y entonces? ¿Nos crees? ¿Crees todo lo que te contamos?

Bryan lo miró con dureza.

—Les creo. Eso no quiere decir que me agrade, pero creerles, les creo.

Ella guardó un cuchillo de cocina en el cajón de los cubiertos. Las hojas, desafiladas por el tiempo y el uso, reflejaban la luz amarilla de las bombillas de bajo consumo. ¿Llegaría el día en que tuviera que usarlas para proteger a su familia de los vecinos con los que había crecido? ¿Contra su propia familia, que vivía arriba? Ese día, todos

habían sido amables, pero las cosas se pondrían peor. El hambre podía hacer que la gente hiciera cosas horribles. Ella guardó otro cuchillo en el cajón.

—¿Y también crees que Channing es el motivo del Ragnarök?

Bryan volvió a tomar el vaso.

—No sé si estoy de acuerdo con eso. Pero asumo que puede ser posible, sí. La máquina para viajar en el tiempo que has creado… veo la lógica de que pueda enfadar a las nornas. Has utilizado la ciencia para hacer lo que hace su magia. Eso podría alterar la realidad o lo que sea. Y el reactor nuclear que has importado es peligroso, hombre.

Channing tomó otro plato húmedo de las manos de Gloria y se quedó petrificado durante unos instantes.

—Ya lo sé.

El plato hizo un ruido sordo cuando lo colocó sobre la pila que no dejaba de aumentar, y todos lo miraron.

—Precisamente. Lo sabes y, a pesar de todo, lo importaste y pusiste en riesgo a todo Boston. —La voz de Bryan sonaba enfadada —. Pero culparte solo a ti por los problemas del mundo no es justo. ¿Tú qué crees, Ella?

Ella se quedó quieta sosteniendo una cuchara en la mano.

—Ahora que sabemos que tu madre es una norna, alguien que desafía al destino —continuó su padre—, probablemente tú seas una de las mejores personas para saber si hay algo de cierto en todo esto.

Ella tragó con dificultad sintiendo tres pares de ojos encima. El ruido de los platos se detuvo, y en la cocina solo se oyó el zumbido del refrigerador. Con cautela, guardó la cuchara en el cajón.

—No lo sé. No sé nada, papá. Lo que sea que pueda hacer como norna, no tiene nada que ver con conocer el destino o desafiarlo.

Su padre se apoyó contra el respaldo de la silla de ruedas y la miró a través de las pestañas.

—Creo que te equivocas.

Ella parpadeó. Channing se volvió hacia Bryan mientras secaba un plato con movimientos circulares lentos.

—¿Por qué?

Bryan miró a Gloria.

—Amor, espero que no te moleste que hable de la madre de Ella.

Gloria lo miró por encima del hombro y jaló el tapón del fregadero. El agua sucia burbujeó mientras circulaba por las cañerías.

—Diles lo que quieras, mi amor.

Bryan tomó una profunda bocanada de aire y clavó la mirada en el espacio.

—Sé que eras demasiado pequeña como para recordarlo, Ella, pero tu madre siempre te observaba. Y bordaba y, aunque tú eras demasiado pequeña como para intentarlo, te contaba en qué estaba trabajando. La imagen de Odín siendo colgado de ese árbol… las escenas del Ragnarök… y luego ese sitio, al lado de las raíces del Yggdrasil… En ese entonces, no sabía qué significado tenía todo. Pensaba que era su manera de contarte cuentos clásicos y de mantener su legado noruego vivo. Le encantaba ese bordado, y te habló de las nornas en muchas ocasiones… A lo mejor haya alguna pista en ese bordado.

Con el pecho tenso, Ella intentó hacer memoria de ese recuerdo. Los ojos de color celeste glaciar de su madre que destellaban mientras hundía la aguja en la tela de un lado al otro y los labios que se movían. La luz dorada que se reflejaba sobre su cabello rubio, el misterioso aroma a hierbas que tenía y le remitía a un campo de flores silvestres al lado del mar. Pero no lograba recordar las palabras de su madre.

—¿Como qué, papa?

Su padre entrecerró los ojos mientras pensaba.

—Tenemos que mirar el bordado…

Gloria se secó las manos con la toalla de la cocina y la dejó sobre la mesa.

—Iré a buscarlo —dijo por encima del hombro al tiempo que se apresuraba a salir de la cocina sin que nadie la viera. Ella frunció el ceño. —¿Se encuentra bien? —le preguntó a su padre, que clavó la mirada en la puerta abierta.

—No lo sé.

Gloria regresó y le dio el bordado a Ella.

—Aquí tienes.

Luego, con los ojos humedecidos, se dio vuelta para marcharse, pero Ella le sujetó el brazo.

—Gloria, ¿qué sucede?

—Yo… solo siento… Cielos, Ella. Estaba muerta de preocupación por ti. Tu madre te dejó, dulzura. Sea norna o no, con o sin poderes, te dejó. A ti y a Bryan. Fui yo quien te crio, no ella. Fui yo quien cuidó de ti y de tu padre. Y ahora… hablan de ella como si fuera una diosa… como si lo fuera todo.

A Gloria se le ruborizó el rostro y se le formaron unas arrugas profundas alrededor de los ojos mientras intentaba contener las lágrimas. Su querida Gloria, que había aparecido en su vida a los tres años de la desaparición de su madre. Y Ella la había detestado al principio. Nadie podría reemplazar a su madre jamás… Pero Gloria lo había intentado. La había cuidado sin cesar, había sido amable siempre, le había hecho obsequios importantes y dado pequeños indicios de amistad. Con el transcurrir de los años, se había ido convirtiendo en su madre.

—Gloria… —susurró Ella al tiempo que dejaba una cuchara y el bordado—. Te quiero. Eres mi familia.

Gloria se sorbió las lágrimas y se enterró el rostro entre las manos, al tiempo que Ella la envolvía en sus brazos. Olía a verduras cocidas, a detergente y a hogar.

—Es solo que… —susurró temblando en sus brazos—. Tu padre está enfermo, y tú desapareciste, y apenas encontramos comida, y me preocupo por Ted todo el tiempo…

Ella sintió una lágrima que le caía por la mejilla. Gloria tenía razón. Su padre se estaba muriendo, y cuando no se encontrara más con ellos, solo se tendrían la una a la otra.

—Eres lo mejor que nos ha pasado a mí y a papá —le susurró al oído—. Lamento mucho haberte preocupado.

Gloria suspiró y se apartó con cautela para acariciarle la mejilla. La máscara de pestañas oscura destellaba alrededor de los ojos castaños de Gloria.

—Yo también te quiero, cariño. Dime qué puedo hacer para ayudar. —Miró a Channing—. No dejes que mis sonrisas te engañen,

joven. Si le rompes el corazón, te mataré.

Channing arqueó las cejas.

—Sí, señora.

Gloria se secó los ojos y dio un paso hacia atrás.

—Me iré a acostar… —Posó la mirada en el bordado que yacía sobre la mesada de la cocina—. Todas tienen husos, las tres —señaló—. Apuesto que no pueden hacer nada sin los husos.

Mientras Ella estudiaba el bordado con el ceño fruncido, notó distraída que Gloria le daba un beso en la mejilla, luego a Channing y a su padre y se despedía antes de marcharse de la cocina. Ella conocía cada centímetro de ese bordado de memoria: en el transcurso de los años, lo había mirado tantas veces, que temía haberle perforado huecos con los ojos. Si tan solo hubiera sabido que una de las siluetas femeninas ensombrecidas sobre los tres husos de oro debajo del árbol gigante era su madre… y que las otras dos, eran sus tías. Debajo de ellas, se encontraba el Urðarbrunnr, el pozo que alimentaba el árbol Yggdrasil, que era un fresno blanco enorme. El agua oscura y quieta del pozo reflejaba a las tres mujeres con sus husos como un espejo negro. A sus espaldas, se encontraba un hermoso gran salón dorado. El agua debía de ser sagrada y sanadora, y los dioses andaban sobre el puente de arcoíris Bifröst para reunirse frente al pozo. Las nornas habían reunido agua del Urðarbrunnr y barro y lo habían vertido sobre el Yggdrasil para que las ramas y las raíces no se pudrieran.

«Apuesto que no pueden hacer nada sin los husos», había dicho Gloria.

Ella miró a Channing y luego a su padre.

—La máquina para viajar en el tiempo. Todo comenzó porque Channing creó su propio huso.

Su padre entrecerró los ojos y tamborileó los dedos contra la mesa.

—¿Crees que el Ragnarök no hubiera ocurrido si no lo hubiera creado?

Los ojos verdes de Channing destellaron.

—Creo que no. Pero ahora la máquina se encuentra en manos de la mafia.

—Tenemos que hablar con Ricardo —dijo Ella—. Necesitamos la ayuda de la policía.

Bryan negó con la cabeza.

—Las cosas han empeorado mucho desde que te marchaste, Ella. —Rodó la silla de ruedas hacia la mesada, tomó la pila de platos limpios que Channing acababa de secar y se la puso sobre el regazo —. La policía está tan indefensa como unos gatitos con todo lo que está pasando. Tienen que mantener a la gente alejada de los supermercados y los depósitos, hay entradas forzadas a casas, robos y cada vez más crimen organizado, así como también llamadas por abuso doméstico. La situación no está nada bien.

Ella alzó la cabeza.

—En ese caso, ya sabemos lo que tenemos que hacer, Channing. Tenemos que recuperar esa máquina para viajar en el tiempo.

CAPÍTULO
CUATRO

Más tarde esa noche, Channing estaba acostado mirando a Ella en su cama y acariciándole el cabello mientras dormía. La mujer a la que amaba era hija de una norna…

Ella tenía los ojos cerrados, y la tenue luz blanca de la nieve que caía afuera le iluminaba el rostro. Su piel casi parecía de porcelana en contraste con la suya de tono oliva que delataba su oscuro legado. Aún no le había dicho que Leo Esposito, el jefe de la mafia de Boston, era su abuelo. Y que su padre había abusado de su madre y la había violado. ¿Se quedaría a su lado si descubría que estaba más enredado con el mundo del crimen de lo que pensaba?

La casa a su alrededor se encontraba sumida en el silencio, y Channing era consciente de cualquier ruido. La tormenta se había calmado, y oía algunos coches en la distancia, así como también los gritos y llantos de varias personas. En la planta superior, en el apartamento del tío Mo y la tía Cara, el parqué crujía bajo los pies de alguien.

En el siglo IX, no había plantas superiores, ni ventanas, ni tampoco calefacción central. En el siglo IX, donde había vuelto a dejar a su familia… ¿Habría sobrevivido su padre? ¿Y sus hermanos se habrían recuperado del humo que habían inhalado y las quemaduras que habían sufrido?

El hueco en el pecho le dolía. Era un hueco que jamás se llenaría sin ellos. Su honorable padre y su bondadosa madre. Sabía que su hermano se convertiría en un líder fuerte algún día y que tomaría el

sitio de su padre como *jarl*. Su hermana se convertiría en una guerrera feroz como siempre había deseado.

—Por la mañana regresaremos al puerto —le susurró Ella sin abrir los ojos.

Algo cálido le recorrió las venas mientras le pasaba la mano por la curva de la cintura. Con algo de suerte, algún día tendría su propia familia con ella. Tendría hijos de los que preocuparse y días felices con su esposa por el resto de su vida.

—Ella, la mafia… Podrían descubrirnos.

Al recordarla en los brazos del rey Harald, con un arma apretada contra la sien, a Channing le ardió la mirada. El temor de perderla lo quemaba y lo congelaba al mismo tiempo, lo hacía moverse y lo paralizaba a la vez. Nunca había experimentado tanto miedo en la vida y no podía permitir que eso volviera a ocurrir.

Ella lo miró con los ojos transparentes como diamantes azules que destellaban en la luz plateada.

—¿Y qué otra opción tenemos? Si el huso es el modo de operar de las nornas, tenemos que acercarnos a él. No sé cómo, pero la respuesta yace con el huso. Lo puedo sentir.

Si podía sentir eso, ¿qué más podría sentir? ¿Qué más podría descubrir? ¿Tendría alguna forma de revelar la relación que él tenía con el jefe de la mafia? Aunque, lógicamente, ¿cómo podría descubrirlo a menos que él mismo se lo contara? Nadie lo sabía. Ni siquiera Leo. Y Channing tenía certeza absoluta de que no quería que Ella supiera que era descendiente de la familia criminal más grande de Boston.

Hizo la preocupación a un lado y le depositó un beso en la nariz.

—Si lo sientes, debe ser cierto.

Ella le obsequió una sonrisa que le encendió la hoguera en el centro del corazón y no logró contener una sonrisa propia.

—¿Qué vas a hacer con respecto al puerto? —le preguntó adquiriendo una expresión más seria—. Es tuyo. No pueden quitártelo sin más.

Con la sonrisa desvanecida, Channing se recostó de espaldas y se colocó un brazo debajo de la cabeza. La sensación de las almohadas suaves de la cama de Ella y el aroma limpio de las

sábanas era agradable, pero se seguía sintiendo extraño tras haber pasado varias semanas durmiendo en el suelo o en colchones de paja y pieles.

—La verdad es que no me importa para nada el puerto si el mundo se está acabando. —La miró y le acomodó un mechón de cabello detrás de la oreja—. ¿Qué hay de tu trabajo en la policía?

Le apoyó el mentón sobre el pecho y le depositó un beso suave. Cuando los senos redondeados le rozaron el torso desnudo, soltó un gruñido.

—Tengo que regresar —le respondió y le dio otro beso. La piel cálida y aterciopelada y los labios suaves le encendieron la sangre—. Y ver si puedo ayudar. No puedo quedarme de pie observando cómo se desmorona el mundo. Necesitan toda la ayuda disponible.

—¿Por la hipoteca? Yo me puedo encargar de pagarla.

Ella se apoyó sobre el codo y lo miró.

—Sí, claro que por la hipoteca.

La familia de Ella había estado en aprietos desde antes del Ragnarök, y el ingreso de Ella era la fuente principal de ingresos que mantenía un techo sobre sus cabezas y ponía comida en la mesa. Pero a pesar de no tener mucho dinero, los años de amor habían convertido la edificación de tres plantas en un hogar acogedor. La habitación de Ella era pequeña, sencilla y femenina, y también algo extravagante, como ella. Tanto las cortinas de color gris paloma que cubrían las ventanas como las sábanas celestes le recordaban a sus ojos. Las dos fotografías grandes sobre la pared eran hermosas, aunque era evidente que las había tomado un fotógrafo aficionado. El océano se veía demasiado azul, el cielo casi blanco leche, y la playa de piedras muy marrón. ¿Eran fotografías de la costa de Nueva Inglaterra? ¿Las habría tomado ella? Hasta los colores le remitían a ella… a su cabello rubio, sus ojos celestes y su piel pálida. En una esquina de la habitación, había una estantería hecha con madera amarillenta que tenía algunas plantas de interior entre los libros. Al lado de un escritorio organizado, había una cómoda. Al igual que en el resto de la casa, los muebles no eran nuevos; las superficies estaban rayadas, desvanecidas y descoloridas en algunos sitios. Pero estaban bien cuidados y era evidente que estaban allí para durar.

Channing le recorrió el brazo con los nudillos.

—Yo me puedo encargar de la hipoteca. Estás lastimada. Tenemos que concentrarnos en tu sanación y…

—No. He mantenido a mi familia a flote durante muchos años. Solo porque tú aparezcas…

Channing la detuvo.

—¿Aparezca? ¿Eso es lo que piensas de mí? ¿Que simplemente aparecí?

—Claro que no. Solo quise decir que no quiero depender de ti. No quiero depender de nadie.

Channing la alzó y la sentó a horcajadas sobre él. Al sentir su peso, sus curvas femeninas y el trasero redondo y firme, se le endureció el miembro. Ella movió la cintura y se apoyó contra su erección para provocarle más placer. Por Odín, estaba dispuesto a enfrentarse al mundo entero mientras la tuviera en sus brazos.

—Mujer… —Le recorrió la espalda con las manos—. Aprecio tu independencia, pero tienes que ser razonable. Puedo ayudarte. No me rechaces.

Le tomó el rostro entre las manos.

—No te rechazo a ti, vikingo terco. Rechazo ser cualquier cosa que no me permita valerme por mí misma.

Channing negó con la cabeza.

—Mi mujer hermosa y terca.

Eso era lo que tanto le encantaba de ella, así como también lo que tanto lo frustraba: su independencia. Su fortaleza. A pesar de la riqueza, de la fortaleza física y de los logros, él no creía merecerse todo el respeto que ella sí se merecía. Ella era quien servía y protegía a la gente. Ella era la persona a la que admiraba. A la que adoraba. A la que alababa.

Soltó un suspiro. Tenía que ceder y dejarla ser, sin importar cuánto le costara.

—De acuerdo.

Ella sonrió y le empujó el pecho para sentarse erguida sobre él. Acto seguido, se quitó la camiseta por la cabeza, y los senos quedaron expuestos ante él. Los pezones rosados se le endurecieron

rodeados de la piel de porcelana translúcida de los senos. El miembro se le estremeció. Channing le acarició el cabello.

—Tú… esto… me haces sentir en casa.

Se relajó contra él. Con cuidado de no irritar la herida que le seguía sanando en el hombro vendado, le acarició el otro hombro y le succionó un pezón. Saboreó la piel aterciopelada con la lengua. Ella se estremeció, aunque la reacción fue casi imperceptible, la sintió contra la lengua, los labios y el pecho. Oh, Freyja… eso era lo que era Ella para él: su hogar.

Su fragancia a dulzura femenina y su deseo húmedo se colaban por los pantalones del pijama.

—Tesoro —le murmuró contra el pecho—. Que el mundo acabe. —Ella arqueó el cuello—. Tú eres lo único que importa.

Le recorrió la piel aterciopelada con la lengua y se deleitó con el sabor dulce de la piel limpia y le lamió el espacio entre los senos. A Ella se le escapó un sonido de placer. Luego se estremeció y lo miró con los labios entreabiertos y respirando entre jadeos. Los ojos celestes eran como zafiros oscuros.

Channing la recostó de espaldas y la sintió ligera y flexible como una gata. Ella se abrió a él y separó las piernas que aún tenía cubiertas con los pantalones del pijama. Al verle las vendas sobre el hombro, intentó imaginarse qué tipo de dolor habría tenido que atravesar… y recordó el dolor que habían atravesado juntos cuando le limpió y cauterizó la herida.

Se movió por su estómago y la fue besando, mordisqueando y lamiendo.

—Mi reina guerrera. —Le introdujo la punta de la lengua en el ombligo y la giró. Ella arqueó la espalda contra él—. Mi Freyja.

Ella gimió y se cubrió la boca con la mano para contener un gemido, al tiempo que le envolvía las piernas por los hombros.

—Mi todo.

Entonces llegó al sexo. El aroma limpio e intenso hizo que se le estremeciera el miembro y se le tensaran los testículos.

—Channing… —gimió.

Alzó la mirada hacia ella.

—¿Qué?

—Por favor…

Al oírla soltó un sonido que fue mitad gruñido, mitad ronroneo. La necesidad y el anhelo en su voz se asemejaba al suyo. Le encantaba volverla loca de esa manera. Siempre había creído que eso sería increíble: conocer a su mujer, saber lo que le gustaba e, incluso mejor, lo que le encantaba. No le interesaba tener una aventura de una noche con una persona a la que jamás volvería a ver, sino estar para siempre con una mujer de la que sabía todo. Con delicadeza, le separó los pliegues y le lamió el sexo húmedo. Ella jadeó y se estremeció.

—Eso es, tesoro —murmuró—. Ruega, pídeme, espera y dime qué quieres.

—Esto…

Channing la volvió a lamer más profundo.

—Oh, cielos, sí. Esto.

Cada palabra le rozaba la sangre como si fuera fuego en contacto con gasolina. La deseaba tanto que se le hizo agua la boca. Se llevó su sexo a la boca. La lamió y la succionó aferrándose a ella y luego se apartó. Le acarició los muslos, se los masajeó con las manos y los sintió estremecerse bajo sus dedos.

Cuando la oyó soltar gemidos llenos de anhelo y necesidad y la sintió arañarle los hombros como si intentara jalarlo hacia ella, no hizo falta más. De inmediato supo lo que necesitaba. Lo mismo que necesitaba él. Tenía el miembro más duro que una condenada piedra. Abrió el cajón de la mesa de luz y extrajo un condón. Con las manos rígidas, rompió el envoltorio y se lo colocó. Ella lo observó con los ojos oscuros llenos de lujuria y los hermosos senos subiendo y bajando mientras respiraba agitada.

Diablos, cómo la deseaba. Quería tomarla. Dominarla. Hacerla suya una y otra vez. Si no hubiera tenido una herida en el hombro, la habría dado vuelta para penetrarla por detrás. A ella le encantaba eso, pero no quería lastimarle el hombro.

Se ciñó sobre ella y se colocó contra su entrada húmeda… Estaba tan húmeda, que había mojado las sábanas. Se deslizó en su interior con un movimiento suave. Ella soltó un jadeo cuando quedó enterrado en su interior estrecho, cálido y húmedo, y lo envolvió con

los brazos y las piernas para aferrarse a él como un koala. Channing la miró a los ojos que se habían tornado del color intenso y profundo de un fiordo.

—Te amo, Ella. Siempre te amaré.

—Te amo —le respondió casi en un eco.

«Te amo…». Las palabras que eran como miel en las venas. Como la esencia misma de la vida.

Sin despegar los ojos de los de ella, se movió. Se retiró para volver a hundirse en ella, observando cómo el placer le teñía las mejillas de color rosado, y el labio inferior se le oscurecía cuando lo mordía con los dientes de color blanco perla.

Una dulzura feroz se le extendió por todo el cuerpo al hundirse en ella. Deseó poder hacer a un lado el condenado condón y sentirla sin ninguna barrera. Pero protegerla era más importante que su propio placer.

En breve, estuvieron jadeando al unísono y respirando como un solo ser. Ella se tornó más estrecha a su alrededor. Luego se tensó, soltó un gemido y se estremeció, apretando el pecho contra el suyo. Llegó al orgasmo un instante antes que él. Channing primero experimentó un único espasmo que pareció durar una eternidad y después comenzó a deshacerse con la sensación repentina de no ser más él mismo.

Se habían convertido en un solo ser. En algún punto del desmoronamiento, había dejado de existir como tal para existir como parte de ellos. En un espacio que no estaba ni en el pasado ni en el presente. En un espacio que era su hogar.

CAPÍTULO
CINCO

El tiempo se ralentizó o se detuvo por completo. Se quedaron acostados, conectados y sin poder dormir.

Channing estaba pesado y cálido, y el cuerpo sedoso de Ella lo hundía en el colchón.

Con la mirada fija en el techo, Channing concentró la vista en una grieta que comenzaba detrás de la cortina. Era gruesa en un extremo, como si fluyera hacia un mar, alimentada por cientos de glaciares invisibles que se encontraban por doquier en el cielorraso. Como un fiordo. El siglo IX jamás se había encontrado alejado de su mente, y como acababa de regresar, ahora veía fiordos imaginarios en los techos. Era evidente que necesitaba dormir. Pero algo que había ocurrido mientras se encontraban en la época vikinga lo acechaba y no lo dejaba descansar. Fue un momento en el que había creído perder cualquier oportunidad con la mujer que amaba. No quería que ninguna discusión que hubieran tenido en el pasado se interpusiera entre ellos. Quería que estuvieran así: felices y unidos para siempre.

La discusión se había debido a que él era muy controlador, por más que tuviera buenos motivos. Ella había decidido quedarse en el siglo IX para descubrir más acerca de su madre y, en consecuencia, había abandonado el plan de encontrar la manera de enviarla al siglo XXI. Durante el intercambio, Channing había perdido los estribos. Se había preocupado de que se encontrara en peligro constante si se

quedaba con él porque el Ragnarök lo seguía como un perro leal. Como uno de esos lobos.

—Te pido disculpas por la discusión que tuvimos en la cabaña.

Ella soltó un suspiro.

—Yo también.

Channing se incorporó y la acercó para envolverla con los brazos. Ella tenía las piernas envueltas en su cintura y los brazos, alrededor del cuello. La entrada suave se apretaba contra su erección. Por Freyja, estaba excitado otra vez y listo para volver a hundirse en ella.

Le acarició la mejilla con los nudillos.

—Te amo, Ella. Todo lo que dije en el pasado, era cierto. Quiero una vida contigo.

A Ella se le suavizaron los ojos y le sonrió.

—O lo que queda.

Channing cerró los ojos.

—Mira. Este no será el fin. Me niego a rendirme a la profecía. Jamás aceptaré ese destino injusto. No cuando acabo de encontrarte.

—Y yo tampoco. —Le pasó los dedos por el cabello—. Lo vamos a resolver. Quizás puedo usar mis poderes para regresar en el tiempo y cambiar algo.

—¿Cambiar algo? ¿Qué?

—Si el problema es la máquina del tiempo, como sugirió mi padre, podría ser capaz de detener su creación.

Channing contuvo el aliento.

—No si eso significa que jamás te conocería.

—Te encontraré.

—No —le dijo—. Porque no tendrás que perderme. Ella, no… No creo que comprendas lo que eres para mí.

Ella contuvo la respiración con los labios entreabiertos, al tiempo que los ojos abiertos de par en par lo estudiaban.

—¿Qué soy, Channing?

—Eres mi alma. Eres mi esencia. Volveré a cruzar cientos de años una y otra vez por un momento contigo. Quizás sea cierto que todo pasa por un motivo. —La besó y bebió de la dulce feminidad de sus

labios, su aroma tan querido y familiar… y vital—. Eres el motivo. Sin ti, no importa nada. Sin ti, el mundo puede arder.

—No digas eso —le susurró con una lágrima rodándole por la mejilla.

Algo se le encendió en el interior, y la ira giró como un caldero a punto de hervir. Channing reconoció el sentimiento de inmediato. Era la ira de batalla de un guerrero dispuesto a ganar o morir. Así era como había sido toda su vida. Así era como su padre lo había criado. La necesidad de luchar y de conseguir victorias le circulaba por la sangre. A lo mejor, también se había encontrado presente en el legado de su padre biológico. No se encontraba solo en las batallas, sino también en los negocios. El deseo de lograr lo que deseara, sin importar más nada. Ese era quien era. Un guerrero. Un conquistador. Un vencedor. No se rendía. Ni ante competidores, ni ante el destino. Ni ante el mismo Ragnarök. Por más que una parte de él comprendiera que otros desearan que lo hiciera.

—Salvaré al mundo —le susurró—. Por ti. Por nosotros. Por nuestro futuro.

—Puede que no haya ningún fu…

—Lo habrá —le aseguró—. La máquina del tiempo provino de una idea. De un pensamiento. Yo hice que ocurriera. Y cumpliré con esto también. Porque te amo.

A Ella se le llenaron los ojos de la misma esperanza que ardía en su corazón.

—En la cabaña, te pregunté si te casarías conmigo en otra vida, si las circunstancias fueran diferentes. ¿Recuerdas lo que me respondiste?

—Sí.

—¿Qué respondiste, Ella?

Ella tragó con dificultad con los ojos destellando llenos de emoción.

—Respondí que sí.

La respuesta le recorrió las venas como una droga y le cargó todas las células de electricidad.

Ella sonrió. Cielos, daría un brazo a cambio de verla sonreír todos los días. A Channing también se le asomó una sonrisa a los labios.

—En ese caso, eso es todo lo que necesito. Detendré el Ragnarök. Haré posible que tengamos un futuro, cualquier futuro que queramos.

Detener el Ragnarök era imposible. Ir en contra de las nornas era una locura. Desafiar al destino era inútil. Pero él era quien convertía lo imposible en posible. De pensar en sostener a los niños que tendría con Ella, sintió un cosquilleo en la piel seguido del impulso de salir corriendo a hacer lo que fuera necesario para detener el Ragnarök. La mujer a la que amaba era suya, y quería una vida con él.

Tendrían un futuro. El mundo tendría un futuro.

Él se aseguraría de eso.

CAPÍTULO

SEIS

Ella cerró la parte rota de la cerca soldada a sus espaldas y la oyó hacer ruido. A unos treinta metros de distancia, al otro lado del puerto cubierto de nieve, se detuvieron dos matones de la mafia. A su lado, Channing se quedó petrificado al tiempo que ella contenía el aliento. Entonces, se agacharon en la nieve. Los hombres estaban de espaldas a ellos.

La tormenta que se había desatado la noche anterior había dejado a Boston peor que nunca. Había pocas quitanieves en las calles por la escasez de gas. Y, debido a la nieve, habían ocurrido varios accidentes en las carreteras que ahora se encontraban bloqueadas por docenas de automóviles, y los camiones con suministros no podían circular por ellas. Al menos los aviones estaban volando otra vez, y los barcos podían anclar ahora que el mar se había calmado. Pero esa no era la única zona ni tampoco el único país enfrentándose a problemas debido a las condiciones climáticas. La tormenta de nieve había llegado hasta los estados del sur. Texas, que era uno de los productores agrícolas más importantes, había perdido la mayoría de las cosechas de frutas y verduras. Los supermercados se encontraban vacíos de productos frescos y carne debido a las compras inducidas por el pánico y a la interrupción en la distribución de alimentos, y solo se podían comprar productos disecados o enlatados.

Y como el Fimbulvetr acababa de comenzar, las cosas solo empeorarían. Pasarían tres años sin verano y sin sol. Grandes

batallas devastarían al mundo. La codicia haría que los hermanos se mataran entre ellos y que los padres e hijos perdieran los vínculos de sangre… Así era como las sagas nórdicas describían el Fimbulvetr.

Sin volverse, los dos matones con rifles en las manos conversaron y luego siguieron andando. Ella soltó el aliento y asintió hacia la siguiente edificación que servía de depósito. Avanzaron a toda prisa, moviéndose entre la nieve que les llegaba hasta las rodillas. A Ella le dolía el pecho y respiraba entre jadeos cuando llegaron al depósito. Se apoyó contra la pared para recuperar el aliento.

—¿Qué tan lejos estamos de la edificación M05? —le preguntó a Channing, que se había pegado a la pared y respiraba con calma. Maldito vikingo. Había crecido acostumbrado a los inviernos largos y nevados durante los primeros dieciocho años de su vida—. Por favor, no me digas que tendremos que avanzar entre toda esta nieve hasta llegar.

Channing alzó la mirada.

—Dos depósitos más. —Señaló a la izquierda, donde la nieve se acumulaba como crema batida entre dos edificaciones. En la parte trasera del tercer depósito, había una camioneta medio cubierta de nieve—. Este es el camino más seguro.

Ella soltó una maldición y asintió con la cabeza. ¿Dónde estaban los zapatos para la nieve de la época de los vikingos que parecían raquetas de tenis cuando los necesitaba? Bueno, quizás en breve los zapatos de nieve se convertirían en la norma en todo el mundo, aunque probablemente no debería desear eso.

—De acuerdo. —Asintió—. Vamos.

Subió las piernas en alto, y avanzaron con dificultad entre la nieve.

Esa misma mañana, habían ido al apartamento de Channing, donde, como bien había predicho, no había cortes energéticos. Mientras él se cambiaba la ropa, Ella había observado la ciudad cubierta de nieve desde la planta cincuenta y cinco. Había sentido como si estuviera mirando el mundo desde las murallas de un castillo impenetrable. Todos los problemas parecían encontrarse muy lejos, y mientras Channing la abrazaba por detrás y la hacía apoyar

el cuerpo contra el suyo, que era fuerte y duro, la embargó una sensación de seguridad y calidez. Ella admitió que, si las cosas no mejoraban, su padre, Gloria y Ted debían mudarse allí.

Podrían tenerlo todo. La noche anterior, Channing le había contagiado su esperanza con su compromiso para lograr lo imposible a cualquier costo. La sensación era como una obsesión, como un febril estremecimiento muscular. Le dolía la cabeza, como si una migraña distante se le estuviera formando, al tiempo que una voz le preguntaba si era una tontería guardar esperanzas por una vida normal durante el apocalipsis. Si era una tontería permitirse amar al hombre que podría morir para detenerlo. Y considerar casarse con él o pensar qué color de ojos tendría su futuro bebé. ¿Verde o celeste glaciar? ¿Tendría el cabello rubio o castaño? ¿La piel oliva o pálida? ¿Sería niño o niña?

Para cuando llegaron a la edificación M05, los pulmones le ardían, el hombro le dolía y sentía como si una aguja le estuviera perforando el lateral.

—Quédate detrás de mí —le dijo Channing mientras se agachaba en la nieve al lado de la entrada trasera. Al cabo de unos pocos minutos, extrajo una llave. Mientras abría la puerta, Ella extrajo la antigua pistola Glock de su padre.

—No, tesoro, tú quédate detrás de mí.

A Channing se le infló y desinfló el pecho rápido.

—Ni en broma.

Avanzó hasta el depósito, y Ella le susurró enfadada:

—No llevas arma. ¡Ni siquiera tienes tu espada!

Como Channing no le respondió, lo siguió. Dentro de la edificación, reinaba el silencio y estaba oscuro. La luz natural se colaba por las claraboyas. Las unidades de almacenamiento estaban vacías. Varias filas se habían caído y yacían apiladas unas sobre otras como dominós. La policía se había llevado todo lo que había encontrado en el depósito para examinarlo en busca de evidencias. Mientras se movían de un estante al siguiente y se acercaban a la apertura en el suelo que conducía al sótano secreto, Ella vio cada vez más agujeros de bala tanto en las estanterías metálicas como en las paredes.

El corazón se le aceleró al recordar la última vez que había estado en ese edificio y cómo sus colegas de la policía sufrían heridas o morían a manos de la mafia. Ella también había estado sujeta a la muerte, en el medio de la balacera. Y, cuando todo acabó, tocó el huso dorado y acabó viajando en el tiempo…

Unos halos de luz y unas voces amortiguadas se oían a través de la gran apertura cuadrada en el suelo, que conducía al sótano. Cielos. Ella había esperado que la mafia hubiera dejado el huso en paz y siguiera enfocada en el negocio de las drogas. Sin embargo, seguro que no habrían tomado a los dos científicos de rehenes a menos que quisieran usar la máquina para viajar en el tiempo.

Channing se detuvo y se volvió hacia ella con el ceño fruncido.

—Acerquémonos a escuchar —le susurró Ella.

Channing asintió con la cabeza y, sin hacer ni el más mínimo ruido, avanzaron hacia la apertura.

A unos tres metros del borde del hueco cuadrado, Ella vio la cabeza de alguien. Un hombre se encontraba de pie sobre las escaleras que conducían al sótano. Jaló del abrigo de Channing para hacerlo detener y le apuntó con el arma a la cabeza.

Channing asintió e indicó una unidad de almacenado que se encontraba cerca, donde aún quedaban algunas herramientas y algunos repuestos. Se apoyaron contra la pared y echaron un vistazo alrededor de la esquina.

~

Channing contuvo el aliento mientras oía las voces interrumpidas que provenían del sótano.

—¿… cuándo pueden hacerlo…? —Era una voz mayor… con acento de Boston… y le resultó más familiar de lo que le habría gustado.

—… no podemos prometerlo… —Una voz femenina… fría, calma y casi desapegada… ¡Georgina!

—… lo que sea que necesiten…

Tenía que acercarse más. Lo sentía en los huesos: la conversación que tenía lugar abajo era crucial. Tan importante como tomar la siguiente bocanada de aliento. Tan vital como la sangre.

Channing dio un paso al frente con cautela y se alejó de la estantería, ignorando a Ella que le jalaba de la manga para hacerlo ocultar.

—¡Channing! —exclamó, pero el susurro desesperado no logró detenerlo.

Nada lo detendría. Se fue acercando al borde y a la luz cada vez más hasta que pudo ver los hombros y la espalda de un hombre. Dio un paso más y… lo vio. A nueve metros de profundidad, en el sótano, el huso se encontraba de pie sobre su eje, con unas runas nórdicas y unos tallados de dragones y lobos enlazados entre los hilos del destino. A su lado, se encontraba Leonardo Esposito, como siempre, en un perfecto traje de vestir confeccionado a medida. Llevaba el cabello blanco inmaculado y una expresión cortés en el atractivo rostro rasurado al ras. A pesar de que detestaba el pensamiento, Channing veía las similitudes entre él y su abuelo biológico. Los rasgos faciales, la estructura ósea y el tono de piel.

Al lado de Esposito, se encontraba Georgina, pero en esta ocasión no llevaba puesta una bata de laboratorio. Munchie se encontraba de pie a su lado en un gesto protector, entre ella y Leo. Y, aunque Channing admiraba el heroísmo de su científico graduado del MIT, si uno de ellos tenía que proteger al otro, Georgina tenía más chances que Munchie enfrentándose a la mafia. En ese momento, tenía los hombros erguidos y el mentón en alto. Munchie era pálido, y tenía los ojos oscuros fijos en Esposito.

—Quizás esto los persuada a trabajar más rápido —dijo Leo. Acto seguido, extrajo el móvil y apretó varios botones antes de mostrárselo a los científicos.

Georgina apretó los labios en una expresión despiadada y furiosa.

—Patán. ¡Deja a mi familia al margen de esto!

Oír la maldición de Georgina era más preocupante que ver a Leo al lado del huso. ¿Qué querría con Georgina y Munchie? ¿Obligarlos a producir drogas? ¿O a usar el reactor nuclear que le brindaba

energía a la máquina para viajar en el tiempo para algún propósito perverso? ¿Hacerlos desensamblar el huso?

—Te he dicho que necesitamos tiempo para descubrir cómo enviarte al 2019.

«¡No!». Leo se había dado cuenta de lo que podía hacer con el huso. Pero ¿por qué querría ir al 2019?

—Tengo entendido que los dos son graduados del MIT —dijo con calma—. Y han diseñado esto. —Señaló el huso—. Para que la gente pudiera viajar en el tiempo.

Esposito deslizó el dedo hacia la izquierda sobre la pantalla del móvil varias veces y luego se detuvo para mostrarles algo.

—Este es mi único hijo, Daniel. Lo asesinaron en su yate en el verano del 2019. El asesino secuestró a la novia de Dan, que estaba embarazada con mi nieto, y no he oído nada de ellos desde entonces.

A Channing se le congeló el corazón. Por la saliva de Loki. No podía estar ocurriendo eso.

—Espero que ninguno de ustedes tenga que conocer el dolor de perder a un hijo. No hay nada peor. Así que, si los viajes en el tiempo funcionan, el único objetivo de mi vida es regresar al pasado antes de la muerte de mi hijo y detener a su asesino. Quiero recuperar a mi familia y sostener la manito de mi nieto.

Channing sintió como si estuviera flotando por encima de su cuerpo y se mirara parado en las sombras al tiempo que oía cómo se volvía realidad lo peor que le podía pasar. Su madre, Mia, había matado a Daniel Esposito en el yate cuando su padre, Hakon, había viajado en el tiempo para liberarla de las manos de un monstruo. Ese monstruo era su padre biológico. A los pocos meses de eso, su madre había viajado en el tiempo para estar con Hakon en el siglo IX, y había dado a luz allí.

Si Leo evitaba la muerte de Daniel, todo se desharía. Channing nacería en el siglo XXI y, en ese momento, tendría dos años. Crecería con la mafia, observando cómo Daniel abusaba de su madre. Nunca conocería a los vikingos. Nunca conocería a Hakon, el hombre que lo había criado. Nunca conocería a Ella, el amor de su vida. Nunca provocaría el Ragnarök.

Georgina enderezó la espalda aún más.

—Lamento mucho tu pérdida, pero si quieres a tu familia, confío en que no permitirás que le ocurra nada a la nuestra. Lo descifraremos. Solo danos un poco de tiempo.

Channing se apartó unos pasos sin sentir las piernas. Algo le zumbaba en los oídos, como un enjambre de avispas furiosas. La vista se le nubló. Distraído, se dio cuenta de que había golpeado algo duro con la espalda, y una explosión metálica resonó en el depósito. Las balas comenzaron a volar a su alrededor mientras un guardia le disparaba, y Ella devolvió los disparos.

De repente, el hombre soltó un grito y se oyó un golpe pesado contra las escaleras metálicas que conducían al sótano. Ella debía de haberlo herido.

Channing recuperó los sentidos, y echaron a correr. Más balas asestaron contra las paredes y las estanterías a sus espaldas mientras avanzaban al exterior del depósito y se sumergían en la blancura cegadora para moverse entre la nieve hacia la entrada secreta al puerto.

No podía permitir que su padre biológico viviera porque no podía permitir que su madre atravesara años de abuso. No podía ser parte de la mafia. Y no podía no conocer a Ella.

Mientras abría la parte rota del cerco soldado para que Ella saliera, supo lo que tenía que hacer. La única manera de detener el Ragnarök era destruir el único objeto que le daba la oportunidad de regresar al pasado a ver a su familia. Tenía que destruir la máquina para viajar en el tiempo.

Pero, para hacerlo, tenía que hacer otra cosa imposible. Algo que podría poner en peligro su relación con Ella. Unirse a la mafia.

CAPÍTULO

SIETE

Al día siguiente…

—Me gusta lo que has hecho con el lugar. —Channing miró alrededor de su oficina en el puerto de Boston.

Sentado en la elegante silla de Channing con el brazo largo estirado, Leonardo Esposito hizo un ademán para que se sentara.

Técnicamente, no había cambiado nada en el interior de la oficina. Seguía siendo el espacio de ciento veinte metros cuadrados en el que Channing había pasado la mayor parte del tiempo durante los últimos seis años.

El puerto cubierto por la nieve se extendía más allá de los ventanales que llegaban hasta el techo y se unían en una esquina. Solo dos de las diez grúas del puerto se encontraban en funcionamiento y levantaban contenedores de dos barcos. Una única camioneta avanzaba por una calle bloqueada. Las siluetas oscuras de algunos hombres de la mafia se encontraban de pie alrededor de la edificación M01, que, según Channing suponía, Leo estaría utilizando para almacenar y distribuir las drogas contrabandeadas.

¿Acaso al hombre le importaba que aún se transportara comida a Boston por mar? ¿Tendría a alguien ocupándose de eso? Aún contaba con Van Beek, el encargado del puerto, que había estado contrabandeando a escondidas desde el comienzo.

Ahora que el mundo entero se había sumido en el frío y sufría ataques de tormentas, todos los países se enfrentaban a desafíos. No se podían permitir desperdiciar los escasos alimentos que había, porque en breve habría aún menos.

—Channing Hakonson —dijo Esposito recorriéndolo con la mirada.

Channing llevaba puesto un traje que le quedaba un poco grande porque había perdido peso en el viaje a la época de los vikingos. Los trajes eran como armadura en el mundo de los negocios, y él había ido a encontrarse con Esposito listo para la batalla.

Una parte de él lamentaba no poder contarle a Ella la verdad acerca de su plan de infiltrarse en la mafia. En cambio, le había dicho que iría a reunirse con su abogada, Giana Kilpatrick, para hacer algo legal para recuperar el puerto. Era una idea de lo más inútil, a decir verdad. Al fin y al cabo, ¿qué significaba la ley cuando no había nadie para imponerla ante quienes la quebraban? Pero Ella sabía que necesitaba que Giana limpiara su nombre, porque aún se enfrentaba a cargos de importación de sustancias nucleares ilegales, aunque habían retirado los cargos por contrabando de drogas.

—Llegas un poco tarde para hablar de nuestro acuerdo —le dijo Esposito—. Ya no te necesito. Tengo tu puerto.

Channing caminó hacia él y se detuvo ante la mesa de café. La obra de arte compuesta con trozos de madera flotante colgaba de la pared por encima de Leonardo. Era una obra a la que era proclive. Le recordaba a unos patrones nórdicos entretejidos que decoraban el huso, las piedras con runas, las casas comunales y los *drakkars*. La obra era como él: un pasado nórdico mezclado con el presente.

A sus espaldas, se encontraba la caja fuerte, donde Leonardo había colocado una bolsa de cocaína luego de que Channing se había negado a trabajar con él y permitir que se traficara cocaína a través de su puerto. Por eso, habían decidido contrabandearla sin él.

Sin embargo, el hecho de que se hubiera encontrado cocaína en la caja fuerte de Channing había bastado para convencer a la policía de que el dueño del puerto era responsable del contrabando. Lo habían arrestado y lo habían acusado de contrabandear cocaína y materiales radiactivos. Gracias a su querido abuelo, estaba por

convertirse en un criminal. Y el hombre no tenía ni idea de que era su abuelo.

Su oficina olía como siempre: a productos de limpieza, madera, papel y un elegante perfume de ambientes que había escogido su asistente. Pero, ahora que Leonardo se encontraba sentado en su silla, ese lugar ya no le pertenecía más. Se sentía vacío. Las paredes de vidrio con vistas al puerto se veían frágiles. Los cromados muebles modernos de colores blancos y grises cálidos se percibían sosos, como si los hubiera escogido alguien que quería aparentar ser más importante de lo que era. Alguien que quería encajar donde no pertenecía.

—No tienes mi puerto. Aún me pertenece.

—Según los papeles, sí —admitió Esposito y se inclinó a un lado para extraer el teléfono del bolsillo de la chaqueta—. ¿Quieres que llamemos a la policía para pedirles que lo confirmen? Estoy seguro de que les encantará saber que el criminal que importó cocaína en un reactor nuclear ilegal ha regresado luego de darse a la fuga.

—Claro. —Channing se cruzó de brazos. Había tomado una decisión y no podía echarse atrás. Por más que detestara cualquier asociación con ese hombre y con sus negocios, tenía que hacerlo por Ella. Por ellos. Estaba determinado. Estaba desesperado por lograrlo. Sin importar qué hiciera falta. —Llama a la policía y diles que encierren de por vida a tu único nieto.

La sonrisa arrogante se desvaneció del rostro de Leo.

—¿Qué has dicho?

Channing tomó una profunda bocanada de aire y se sentó en el sillón de cuero blanco frente a él. Las palabras le supieron a veneno en la lengua:

—Soy tu nieto.

—Mi nie… —A Esposito se le arrugó el rostro—. Has perdido la razón. Eso ni siquiera tiene sentido lógicamente. Solo tuve un hijo, y hoy tendría tu misma edad.

La necesidad febril de hacer algo le arañó la garganta. Channing se puso de pie y acudió al aparador, sobre el que había una jarra de agua. El pequeño huso de oro que Georgina y Munchie habían utilizado para hacer pruebas destellaba sobre el aparador adyacente.

Deseó tocarlo, recorrerlo con las puntas de los dedos y sentir las marcas y el poder de ese objeto que le había dado a los seres humanos la posibilidad de viajar en el tiempo. En lugar de eso, se sirvió una copa de *whisky* y la vació de un sorbo. Detestaba eso. Detestaba entrar en la guarida de un león hambriento, cerrar la puerta a sus espaldas y arrojar la llave a un lado. Pero tenía que hacerlo.

Se volvió a Esposito.

—¿Cómo te enteraste de los viajes en el tiempo?

—Los hombres de Van Beek te vieron desaparecer luego de que ese oficial de policía te llevara ante el huso. Oyeron a los dos científicos conversando sobre el tema. No entendieron mucho; de hecho, casi nada. Pero se lo contaron a Van Beek, que me lo contó a mí. Y luego los buscamos… y los persuadimos de que nos dijeran la verdad.

—¿Y les creíste?

—Sí.

—¿Por qué? La mayoría de las personas no lo creería. Son viajes en el tiempo.

Leo soltó un bufido.

—Por el tipo de cosas que usamos para convencerlos de que hablaran… estaban diciendo la verdad. Además, tú mismo desapareciste. Tres hombres te vieron.

Channing se sirvió otra copa y le preguntó a Leo si quería una asintiendo con la cabeza hacia la botella de *whisky*.

—Y entonces —prosiguió Channing mientras servía la bebida. El aroma intenso y ahumado del brebaje le produjo un cosquilleo en las fosas nasales—. Si crees en los viajes en el tiempo, ¿cómo puedes estar tan seguro de que no puedo ser tu nieto?

Tomó las dos copas y las llevó hasta el escritorio. Mientras Leo lo estudiaba con una pesada mirada intensa, Channing colocó las dos copas sobre el escritorio y le deslizó una a su abuelo. Acto seguido, tomó asiento y bebió un sorbo sin despegar los ojos de los de Leo.

—¿De qué diablos hablas? —le ladró Leo.

—De la novia embarazada de Daniel, Mia. Desapareció luego de su muerte, ¿no? Se estaba escondiendo de los tuyos y viajó en el

tiempo estando embarazada para escapar de ti y de la mafia. Me dio a luz en la Noruega del siglo IX, donde me crie como vikingo.

Incrédulo, Leo negó con la cabeza y siguió escuchando. Su expresión facial era como si Channing apestara.

—Cuando tenía dieciocho años, tuve que viajar al futuro y, créeme que no quería saber nada con eso. Cuando abrí los ojos, me di cuenta de que había llegado antes de mi concepción. Ahora tengo treinta y dos años y, sí, me parezco a tu hijo porque soy su fruto de su semilla. Biológicamente.

Leo soltó un bufido.

—¿Piensas que me creo esta estupidez?

Channing se encogió de hombros.

—¿No me crees? Hagamos una simple prueba de ADN. Hace tiempo me dijiste que te recordaba a tu hijo. Si investigas mi pasado, estoy seguro de que tendrás muchas preguntas.

Leo bebió el *whisky* y se puso de pie.

—Eres un bastardo jugando con la pena de un anciano. ¿Acaso crees que soy un idiota?

—Creo que eres muchas cosas, pero no un idiota.

—¿Qué quieres? ¿Por qué me vienes con esta historia conmovedora?

Channing soltó un suspiro, se inclinó hacia adelante y se apoyó los codos sobre las rodillas.

—Regresé en el tiempo y vi a mi familia. Vi a mi madre, a mi padre, el hombre que me crio, Hakon Ulfson. Vi a mi hermano y a mi hermana. Durante toda mi vida, nunca quise tener nada que ver contigo. Pero tuve que regresar aquí, a esta época, porque sabía que ya no pertenecía a la época vikinga.

—Claro. —Esposito avanzó hasta el aparador y se sirvió otra copa de *whisky*.

Channing se volvió hacia él.

—Y si quiero vivir en este siglo, eres la única familia que tengo.

La boca de Esposito formó una mueca de luto. Bebió el licor y apoyó la copa con un golpe seco.

—¿Y?

—Y… quiero entrar.

—Ya no te necesito.

—Quiero entrar… en la mafia. —Channing apretó más los dientes al decir eso—. Daniel está muerto. Quieres un heredero. Quieres recuperar a tu familia. Yo soy las dos cosas.

Leo no dijo nada, sino que se limitó a fulminarlo con la mirada por debajo de las cejas antes de servirse otra copa y beberla.

—Puede que esté perdiendo la razón —dijo—, pero lo veo en ti. Los ojos… algo en el rostro…

Channing apretó los puños en el intento de contener la furia. Detestaba que lo compararan con su padre biológico como si eso fuera algo bueno. Como si fuera algo digno de enorgullecerse. Pero lo estaba haciendo por Ella. Por él y por ella. Por una oportunidad de estar juntos.

Leo colocó la copa sobre el aparador y avanzó hasta la puerta de vidrio.

—Al diablo. Una prueba de ADN. Estoy seguro de que los graduados del MIT pueden hacerla. En los tiempos que corren, el mundo entero se está volviendo loco. ¿Por qué no creerle a un lunático? Un hombre tiene que darse sus gustos.

Mientras Channing atravesaba la puerta, Esposito lo siguió.

—Pero si la prueba da negativa, maldito bastardo, te juro por Dios que eres hombre muerto —le aseguró Leo.

Habían llegado al elevador, y Channing apretó el botón.

—Vamos, abuelo. No hay nada más que prefiera hacer.

CAPÍTULO

OCHO

Dentro de la comisaría, solo hacía unos grados más que afuera. La nieve sucia se convertía en barro mientras Ella caminaba por el pasillo soltando nubes de condensación. Las luces del techo estaban encendidas, pero titilaban. La comisaría parecía un mercado ajetreado y ruidoso. Había gente con y sin esposas, sentada sobre los bancos a lo largo del pasillo o de pie, acurrucándose en busca de calor. Ella apostaba que a la mayoría no le importaba que los arrestaran si la alternativa era permanecer en la calle.

Mientras entraba en el sitio donde solían estar su escritorio y el de Ricardo, la embargó una profunda nostalgia. No había transcurrido mucho tiempo desde la última vez que había estado allí, pero se sentía como otra vida. Dentro de la oficina equipada para veinte detectives, solo había tres policías. El resto debía de estar afuera, lidiando con todo lo que estaba ocurriendo en las calles. Al observar a sus colegas inclinados contra las computadoras y hablando por teléfono, se preguntó si estaría tomando la decisión adecuada o si no se estaría distrayendo del principal trabajo que debería estar haciendo: aprender a comprender sus poderes e intentar todo lo posible para detener el Ragnarök. Y en lo más profundo del alma, supo que eso era exactamente lo que estaba haciendo. Eso también ayudaba. La gente necesitaba protección. La gente necesitaba orden, en especial cuando el caos llamaba a las puertas de todos como en ese momento.

Nunca lo había visto tan claro como el día anterior, cuando ella y Channing irrumpieron en la edificación M05. Tenían que detener a la mafia. Y no solo por el huso de oro, sino porque estaban trayendo más crimen, sufrimiento y muerte.

Ricardo estaba inclinado sobre un papel al lado de un matón y lo perforaba con un bolígrafo mientras le gritaba al hombre. Luego alzó la mirada y dejó de hablar. Casi esbozó una sonrisa.

—Detective O'Connor.

—Detective Sánchez. —Ella asintió con la cabeza al detenerse al lado del escritorio de Ricardo.

El matón se volvió a mirarla por encima del hombro. Tenía la cabeza calva y la palabra «Surtr» tatuada en un lateral del cráneo con unas letras que parecían runas vikingas. Surtr… el nombre le resultaba familiar.

Ricardo se apoyó contra el respaldo de la silla.

—Qué bueno verte aquí.

Ella asintió con la cabeza y miró su escritorio con anhelo. Estaba al lado del de Ricardo y, a juzgar por el nuevo lapicero con forma de balón de fútbol americano y la fotografía de una familia que no reconoció, otra persona lo había tomado. Dos pilas de papeles amenazaban con caerse al suelo mugriento.

Ella miró alrededor.

—Las cosas van mal, ¿no?

—Sí.

—¿Está Wilson? —Echó una mirada hacia por la oficina y se detuvo en la puerta con vidrio empañado.

—Sí, acaba de regresar.

—¿Sabe que estoy de vuelta?

—Sí, se lo he dicho. Para asegurarnos de no desperdiciar ningún recurso.

Ella asintió con la cabeza.

—Aunque nadie me buscó demasiado, excepto tú.

Ricardo hizo un ademán alrededor de la oficina.

—Como puedes ver, estamos todos ocupados.

—De acuerdo. Veamos si puedo ayudar.

Avanzó hacia la oficina de Wilson sin dejar de pensar en una palabra. Surtr… Surtr…

Miró hacia atrás y encontró a Ricardo fulminando con la mirada al matón.

—Así que pirómano, ¿eh? —le preguntó.

—Nos estábamos congelando.

—Así que confiesas el incendio premeditado.

Incendio… Surtr… De repente se dio cuenta. Caminó hasta el escritorio de Ricardo y miró al hombre. Tenía el rostro y la cabeza rellenas, una boca grande y una nariz enorme.

—¿Por qué tienes esa palabra tatuada en la cabeza? —le preguntó.

El hombre entrecerró los ojos.

—¿Surtr?

—Sí.

—Ella… —advirtió Ricardo.

—¿Qué significa para ti?

—Es de la mitología nórdica. Surtr es un gigante que suscitará las llamas que consumirán la tierra.

Ella estaba convencida de que había conocido a Fenrir, el lobo gigante que era uno de los hijos de Loki. La bestia había arrastrado a Channing de un agujero en el hielo en la época vikinga y le había salvado la vida. Además, había lobos comunes y corrientes que seguían a Channing y lo ayudaban sin ningún motivo aparente. ¿Podría ese sujeto ser una representación del mismísimo gigante Surtr?

—Surtr Enterprises es el mayor productor de explosivos del mundo —dijo Ricardo con un tono sombrío—. Sus oficinas centrales se encuentran aquí, en Quincy.

Algo frío y oscuro se volcó en el vientre de Ella.

—¿Trabajas allí?

—Sí.

—¿Qué haces?

—Soy mecánico.

—¿Por qué tendrías el nombre de la empresa para la que trabajas tatuado en la cabeza? —le preguntó Ella sintiendo ácido en la

garganta.

El sujeto soltó una carcajada y se echó hacia atrás cruzándose de brazos.

—Diferentes personas tienen diferentes creencias. Yo creo que es hora de ver arder el mundo.

Los ojos profundos del sospechoso brillaron con oscuridad y le produjeron un escalofrío tal, que se volvió a mirar a Ricardo.

—¿Tiene antecedentes?

Ricardo soltó un suspiro y negó con la cabeza.

—No. Es su primera infracción. —Alzó la voz—. ¡Y sabes que podrías pasar la vida encerrado!

El hombre se volvió a reír.

—Me llamo Sean Gleeson. Y si quisiera cometer un incendio premeditado, ya podría haber quemado a la ciudad entera.

La puerta de la oficina de Wilson se abrió, y el capitán salió con el rostro rojo y furioso y los puños apretados. Posó la mirada en Ella y frunció el ceño aún más al tiempo que se detenía en seco.

—O'Connor. ¿Qué haces aquí? No tengo tiempo para ti. Deja el informe de dónde has desaparecido y lárgate.

Ella dio un paso adelante.

—He vuelto a trabajar.

—¿A trabajar, O'Connor? ¿Acaso Hakonson se encuentra encarcelado? No. Has fracasado.

Ricardo se puso de pie.

—Eso es injusto, señor. Ella lo arrestó.

—Y tú permitiste que se te escapara de entre los dedos, Sánchez. Es un milagro que sigas teniendo un trabajo, así que no deberías estar hablando.

Ella se tragó el enfado y se aclaró la garganta.

—Señor, con todo respeto, necesita toda la ayuda que pueda conseguir. Y aún soy detective, ¿no?

Wilson cruzó los brazos por el pecho y le dirigió una mirada afilada.

—Únicamente porque no tuve tiempo de hacer el papeleo. ¿Dónde has estado? ¿Cómo es que desapareciste sin más?

Ella y Ricardo intercambiaron una mirada llena de advertencia. No habían hablado de cómo iban a explicar su ausencia, pero Ella lo había pensado. Evidentemente, no podía contarle a Wilson que había viajado en el tiempo, ni tampoco que había estado con los vikingos o que Channing era el motivo del Ragnarök. De modo que tenía que mentir.

—La mafia me secuestró, señor.

Wilson frunció el ceño.

—Oh. Pero hay testigos que aseguran que en un momento te encontrabas allí y, al siguiente, te habías esfumado.

—Fue un truco. No estoy segura de qué pasó porque perdí la consciencia. Lo único que sé es que un día me desperté y me encontraba cautiva en un sótano. —Se abrió la camiseta y se bajó la manga derecha para mostrarle el vendaje que le cubría el hombro. Wilson frunció el ceño.

—Me torturaron para extraerme información acerca de lo que sabemos de ellos. Y tras quienes vamos.

Al oírla, una mueca de empatía atravesó el rostro del capitán.

—¿Estás bien?

—Sí, me quedará una herida de quemadura fea, pero me han dicho que no me impedirá usar el brazo.

—¿Te quemaron? Por todos los cielos. ¿Y qué les dijiste?

—Nada, señor.

—Hummm. —La recorrió de arriba abajo con la mirada sin darle crédito a su respuesta—. ¿Una mujer que no ha dicho nada?

Ricardo dio un paso hacia adelante y alzó la mano.

—Señor, con todo respeto…

—Ricardo, por favor —lo interrumpió Ella. A veces, tenía que recordarle que era perfectamente capaz de luchar sus propias batallas—. Sí, soy una mujer. Y también soy una agente de la policía, una excelente disparadora —«y una seminorna que puede hacer cosas con el tiempo»—, y puedo soportar más que muchos hombres. No les dije nada, señor.

—¿Cómo lograste escapar?

—Los mafiosos se distrajeron, y me liberé y luché para escapar de allí. —¿Quedaría satisfecho con esa explicación tan difusa?

El teléfono de Wilson zumbó y, cuando miró la pantalla, frunció el ceño aún más.

—Maldita sea.

Sin detenerse a mirarla, emprendió el camino hacia la puerta.

—¡Capitán Wilson! ¡Señor!

El capitán se volvió y soltó un suspiro.

—¿Qué?

—¿Me permite regresar? Solo quiero volver a trabajar y ser útil.

Wilson tomó una profunda bocanada de aire.

—De acuerdo. Necesitamos todas las manos disponibles. Pero cuando esta locura termine, espero un informe completo de lo que te pasó y si has descubierto algo de utilidad. De momento, comienza con los casos de Sánchez. Todos están saturados de trabajo. Los criminales están cada vez más fuertes. Hay rumores de cargamentos de armas ilegales y de armas de fuego en las calles. La mafia. La banda irlandesa. Todas las pandillas callejeras. Ellos son quienes están a cargo ahora. El FBI tampoco puede hacer nada. ¿Has oído algo de Washington?

—No —repuso Ricardo.

—Están irrumpiendo en la maldita Casa Blanca en este preciso momento. Recuerden lo que les digo, en cualquier momento acudiremos a la ley marcial si no logramos recuperar el control.

Ella se mordió el labio al tiempo que sentía un escalofrío de terror en la columna vertebral. La ley marcial significaba que valía todo con tal de lograr restablecer el orden. Se restringirían libertades, les quitarían cosas a la gente, y los militares podrían recurrir a las armas y la fuerza, de ser necesario, para restablecer el orden.

Oh, cielos, ¿y qué había de Channing? Seguía siendo un sospechoso. Había cometido un crimen. Y tendría que enfrentarse a las consecuencias. Y Wilson esperaría que lidiara con él cuando todo eso acabara.

En ese momento, Channing estaba trabajando con su abogada para limpiar su nombre, y Giana lo defendería en la corte cuando le asignaran una fecha.

—Bueno, entonces vamos a asegurarnos de no llegar a eso —dijo Ella.

—Comencemos con la mafia —decidió Wilson—. Han tomado el puerto. Controlan el suministro de bienes, gasolina y comida.

—De acuerdo, capitán —repuso Ella.

—Terminen con este tipo. —Wilson señaló al matón tatuado con la cabeza—. Y pónganse a trabajar. Bienvenida de vuelta, detective O'Connor. Espero que no se arrepienta de haber regresado.

CAPÍTULO
NUEVE

Tras completar el trabajo administrativo, Ella recuperó su insignia y su arma. Luego pasó todo el día respondiendo a llamadas al 911 y poniendo multas o dando advertencias. Los agentes de guardia habían recibido instrucciones de arrestar únicamente a los casos más serios, porque las celdas de retención eran limitadas y ya triplicaban la capacidad legal.

Había muchos formularios que llenar. Mientras había electricidad, no estaba mal. Pero en la tarde, se cortó la luz durante dos horas, y Ella tuvo que llenar los reportes con papel y bolígrafo como en los viejos tiempos.

Ricardo había estado en la calle asegurándose de que se mantuviera el orden lo mayor posible. El protocolo usual de dos compañeros trabajando juntos se había roto para lidiar con la cantidad de casos sin precedentes. Los turnos normales tampoco funcionaban más. Ella debería haber terminado su turno a las siete de la tarde, pero se quedó más tiempo, al igual que el resto de los policías.

Cuando Channing la llamó para decirle que la iba a recoger en cinco minutos, se frotó los ojos, guardó el reporte y se apoyó contra el respaldo de la silla, deseando que se le pasaran el dolor en el hombro y el mareo en la cabeza. Se despidió de Ricardo, que la miró con anhelo mientras se marchaba, y escogió interpretar su mirada como el deseo de irse a casa también.

Cuando se subió a la camioneta de Channing, sintió todo el cansancio del día. Había tomado calmantes en la oficina, pero aún no le habían hecho efecto.

—Hola —la saludó, y se derritió.

El coche olía a él: deliciosos aromas a mar, a madera y a cuero. Ella se sintió como si se hubiera sumergido en el siglo IX. Hacía tan solo dos días, habían regresado de la época vikinga. Dos días, y ya anhelaba la simplicidad de la vida en el pasado, la importancia de la piedra, el hierro y la madera. La conexión con sus raíces. Eso era lo que representaba él para ella.

—Hola, vikingo. —Le sonrió y lo besó. Channing le devolvió una sonrisa radiante que solo había visto en contadas ocasiones mientras salía del estacionamiento. El apodo era nuevo, íntimo e idílico. Mientras avanzaban por las oscuras calles de Boston, se dio cuenta de que se había abierto a él mucho más de lo que jamás creyó posible. Se encontraba vulnerable y receptiva, y tanto su alma como su felicidad se encontraban completamente a merced de él.

—¿Cómo estuvo tu día? —le preguntó con una nota juguetona en la voz.

El tablero del coche le iluminaba el rostro atractivo con pómulos altos y nariz romana y le tornaba los ojos fijos en la noche hibernal que se extendía más allá de los faros de un tono obsidiana.

—No me lo preguntes. —Soltó un suspiro—. Digamos que me alegra estar haciendo algo para ayudar con todo el caos.

Channing le tomó la mano y se la apretó.

—Estoy seguro de que estás ayudando más de lo que sabes.

Ella se derritió con sus palabras y su caricia. El calor de la ventilación del coche le soplaba contra las piernas y, de a poco, se fue relajando en ese paraíso, con Channing sentado a su lado y apretándole la mano. Se sintió lista para enfrentarse a lo que fuera. Y se acordó de la cena.

—Gloria me envió un mensaje más temprano —le dijo—. Me pidió que comprara algunas cosas para la cena.

—Creí que iríamos a mi casa —le dijo—. Quiero tenerte para mí solo.

La necesidad en su voz era una ebriedad que le debilitaba las piernas.

—Aún podemos hacerlo —murmuró—. Podemos llevarles la comida e ir a tu casa.

Channing la miró con una necesidad tan profunda que casi le rozó la piel.

—Me gusta ese plan.

—¿Cómo estuvo tu día? ¿Algún progreso?

Su rostro perdió la expresión relajada y juguetona.

—Me encontré con Giana hoy. Tenemos que hacer muchos trámites primero. Es una maldita pérdida de tiempo si me lo preguntas a mí. La cita en la corte es dentro de ocho meses. Para entonces, el mundo estará muerto o lo estaré yo.

—Channing, no digas eso.

—En fin. Hay cosas legales que puedo hacerle a la mafia, pero quería ver si podía encontrar una solución con ellos sin involucrar a la policía o a los abogados. Tuve una reunión con Leo Esposito.

Un gusano de preocupación se le retorció en el vientre.

—No me gusta eso.

—A mí tampoco. Pero es lo que tengo que hacer.

Llegaron a la tienda New Family Max, que se encontraba a tres manzanas de la calle Ripley. Mientras el coche se detenía en la oscuridad de tonos índigos y dorados bajo las luces del estacionamiento, Ella se bajó del coche. Llevaba la Glock en el cinturón, debajo de la chaqueta, y la sentía más pesada que de costumbre tras haber estado tanto tiempo sin un arma.

Un pequeño coche que había entrado en el estacionamiento detrás de ellos se detuvo en el centro de un carril. La mujer que se veía por las ventanillas movía las manos en un intento claro de hacer arrancar el vehículo.

—Ve —le dijo Channing—. Veré si puedo ayudarla y luego voy a la tienda.

—Está bien. —Le dio un beso en la mejilla—. Tengo la lista.

Mientras caminaba hacia la pequeña tienda, la nieve debajo de los pies se sentía congelada como un bloque sólido. Unas nubes de condensación le salían de la boca al tiempo que se cerraba la

cremallera de la chaqueta hasta el rostro. Las ventanas de la tienda estaban iluminadas con intensidad y proyectaban cuadrados amarillos sobre la nieve.

Gloria le había pedido que comprara varias cosas, pero lo más importante había sido pan, leche y carne. Sin embargo, Ella solo encontró carne curada enlatada, frijoles y maíz. La mayoría de las estanterías estaba vacía y, como había varios clientes en la tienda, Ella sintió un tonto sentido de competencia por las últimas latas de maíz vencido que quedaban. A pesar de eso, solo compró dos.

Cuando salió de la tienda con una delgada bolsa de papel, algunos grupos de hombres se habían reunido alrededor del supermercado y fumaban mientras se acurrucaban dentro de las chaquetas acolchadas. Mientras pasaba por delante de ellos, cinco hombres se separaron de la multitud y avanzaron hacia ella con un andar arrogante y una expresión amenazante en los rostros. La nieve crujía debajo de sus pies, y soltaban unas nubes de condensación mientras la seguían.

Ella se llevó la mano a la pistola. Pero cuando el primer hombre se encontró lo suficientemente cerca como para verle el rostro, se relajó. Era Nick Murphy, el chico de uno de los edificios de tres plantas de su calle. Habían tenido algunas citas, pero lo había dejado al darse cuenta de que podría estar involucrado con la pandilla de Freddie Dublin.

Como descendiente de irlandeses que había crecido en Dorchester, el cliché de que cada familia tiene un sacerdote, un policía y un pandillero no podía ser más acertado. Todos en la calle sabían quién podría estar involucrado con las pandillas. Pero esos mismos «chicos malos» les compraban alimentos a las ancianas y protegían a los niños de matones.

Cuando Nick la reconoció, las cejas se le subieron hasta la línea del cabello. Miró a sus amigos con una sonrisa. Entre ellos vio más rostros familiares del vecindario. El tío Mo les había enseñado a uno o dos de ellos a luchar en el patio trasero cuando tenían su edad.

—¡Es Ella O'Connor! —exclamó Nick y la abrazó—. Oí que habías desaparecido. Me alegro de verte.

Los otros la saludaron con sonrisas amables y asintieron con la cabeza. Ella soltó una risa débil y los recorrió con la mirada.

—¿Qué hacen, chicos?

—¿Aún eres policía? —le preguntó Nick.

Ella se cruzó de brazos abrazando la bolsa de papel.

—¿Por qué?

Uno de los hombres masculló:

—Aunque lo fuera, no importaría.

Nick se le acercó más.

—No queda más carne en la tienda, pero Freddie Dublin tiene carne curada y otros alimentos. Sus hombres han estado recolectando comida durante días. Debería bastar para sobrevivir a las tormentas. Si Bryan quiere algo…

Ella abrió la boca.

—Deben estar bromeando. La gente se está muriendo de hambre en las calles, ¿y ustedes se quedan con la comida?

Nick la miró con frialdad.

—No se la quitamos a la gente en la calle. Robamos depósitos.

Los rostros de los hombres de repente perdieron toda arrogancia. Una sombra creció a su lado.

—¿Está todo bien? —Como siempre, la voz de Channing le produjo un estremecimiento cálido en el cuerpo. No necesitaba su protección, pero eso no quería decir que no disfrutara el aturdimiento que vio en el rostro de Nick y su pandilla cuando su vikingo apareció a su lado.

Ella se volvió a mirarlo. Su perfil era una máscara de piedra y los ojos de acero no se despegaban de los hombres que tenía en frente. Se encontraba indefenso. Sin dudas, tenían armas. Y, a pesar de todo, él era el lobo, y ellos, los conejos temblorosos.

—Está todo bien, Channing —le aseguró y movió la bolsa de papel—. Conseguí todo lo que necesitaba. Vamos.

Ella y Channing se dieron vuelta para alejarse.

—Ella… —la llamó Nick.

Ella lo miró por encima del hombro.

—Ni una palabra más, Nick. Ojalá estuviera en guardia para arrestarlos a todos.

Mientras ella y Channing caminaban hacia el coche, oyeron los gritos enfadados a sus espaldas:

—¡Púdrete!

—¡Maldita policía!

Unas carcajadas burlonas la siguieron, y supo que no debería estar haciendo nuevos enemigos. Además, sentía la tensión de Channing como si fuera propia.

—No solo la mafia se está volviendo más fuerte, sino también las pandillas irlandesas.

—¿Ellos están en una pandilla? —le preguntó.

—Sí. Los irlandeses y la mafia son las organizaciones criminales más fuertes. También hay varias pandillas callejeras. Con tanta agitación, podrían unirse a los jugadores más importantes o juntarse todos…

Channing tomó la bolsa con alimentos y le abrió la puerta de la camioneta.

—Mierda.

Ella se subió y aguardó a que él también entrara en el vehículo. Tras subirse, Channing colocó la bolsa de alimentos en el asiento trasero y encendió el coche mientras Ella se frotaba las manos delante de la calefacción.

—No es solo en Boston —le dijo—. Hoy en oído en la comisaría que también en Nueva York, Filadelfia, Washington, Chicago, Los Ángeles… En todos lados, en el país y en el mundo, el crimen está aumentando a nivel exponencial. La policía, el FBI, la CIA y el ejército no dan abasto.

Channing apoyó la muñeca en el manubrio y miró adelante pensativo.

—He oído las noticias hoy. No dejan de hablar de la policía que está fracasando, de la gente que está siendo asesinada o sufriendo sobredosis, de la cantidad de peleas callejeras y de todo el tumulto. No solo aquí. En todo el mundo.

—Esto tiene que parar —susurró Ella—. Tengo que aprender a utilizar mis poderes para detener el Ragnarök.

«Por nosotros», le había dicho Channing. Porque la amaba. Porque ella lo amaba a él. Porque querían un futuro juntos.

Channing salió del estacionamiento. Cuando las luces del vehículo iluminaron a Nick y su pandilla, los rostros amenazantes destellaron blancos en contraste con la oscuridad.

La voz le sonó aterciopelada cuando le preguntó:

—¿Ese Nick es tu ex?

Ella casi se queda sin aliento.

—¿Mi ex?

—Cuando fui a tu casa por primera vez, Ted me preguntó si era Nick. ¿Ese era el Nick al que se refería?

La tensión en su voz era como el rugido de un tren. Distante y baja, pero poderosa e inminente.

—Eh… —Ella le estudió el perfil intentando leerlo y entender qué estaba sucediendo en su cabeza—. Salí con él algunas veces, eso es todo.

Channing no despegó la mirada de la calle oscura que se extendía frente a ellos.

—¿Eso es todo?

—Sí. Crecimos en la misma calle. Fuimos a la misma escuela. Jugamos juntos. Conoce a Rob…

—Conoce a Rob…

—Sí, a toda la familia.

—Pero Ted no sabía qué aspecto tenía.

—Ted no lo vio mucho. Y tiende a recordar solo a las personas que le importan.

A Channing se le pusieron los nudillos blancos mientras sujetaba el volante.

—¿Besaste a Nick?

A Ella le dio un vuelco el estómago.

—¿Por qué quieres saber eso?

—Porque eres mía, y quiero saber si tu ex te besó.

Era suya… Algo en el vientre se le estremeció más de lo que creyó que se le estremecería.

—No es mi ex.

—Si salió contigo, en lo que a mí concierne, lo es. Puede que todavía sienta algo por ti. Podría ser peligroso para ti.

Nick la había besado, pero bajo ningún punto de vista se lo diría.

—Solo fueron unas pocas citas —le dijo—. Me di cuenta rápido de que jamás podría estar con él. El resto no es asunto tuyo. Yo no te preguntó por tus ex.

Channing no dijo nada. Como habían llegado, aparcó la camioneta. Sin decir más nada, Ella tomó la bolsa y la llevó dentro. Al cabo de unos minutos, regresó al vehículo, donde él seguía con la mirada fija en el frente.

Mientras conducían a su casa, Ella soltó un suspiro.

—No significa nada para mí. Deberías saberlo.

Por unos instantes, Channing no dijo nada. Luego, con la voz fría como un témpano, añadió:

—Sé que Nick no es una amenaza para lo que tenemos. Pero si hace algo para lastimarte, lo mato.

CAPÍTULO

DIEZ

Al día siguiente, Ella pidió la tarde libre para llevar a su padre al hospital. Luego de la cita, condujo con su padre y Ted a casa. Era la primera consulta con el doctor, y Bryan había accedido a regañadientes a comenzar el tratamiento de quimioterapia con la nueva droga experimental. Todo se había demorado porque el hospital estaba saturado con una cantidad inusual de casos de congelación, heridas de bala y de dagas.

Su padre había ido con la condición de que le examinaran la herida en el hombro a Ella. El médico de la sala de emergencias se había mostrado anonadado, pero le había asegurado que había sanado bien y había enviado a una enfermera para que le cambiara las vendas.

En el camino a casa, en una angosta calle del sur de Boston cubierta de nieve, los vio. Mientras pasaban por delante de las edificaciones de tres plantas que parecían una prisión, captó un destello de algo peludo y gris contra la acera por el rabillo del ojo. Los lobos habían regresado. Bajo el mural de diversos rostros coloridos, con las palabras grandes que decían «Fe», «Esperanza» y «Justicia» sobre la pared de ladrillo rojo, los lobos comían algo. Algo que llevaba puesto una chaqueta roja. Ella apretó el freno tan rápido, que la silla de ruedas de su padre salió disparada hacia adelante en la parte trasera de la camioneta. El vehículo se patinó sobre la calle congelada unos segundos antes de detenerse.

—¡Ella! —exclamó su padre.

—Lo siento… —Ella extrajo la Glock—. Aguarden aquí.

Tras tan solo unos pocos días de haber regresado al trabajo, la sensación del arma se le había vuelto más familiar que nunca. En el transcurso de los últimos días, había tenido que sacar el arma tantas veces como en toda su carrera antes del comienzo del Ragnarök.

—¿Ella? —se oyó la voz preocupada de Ted que provenía del asiento trasero cerca de la silla de su padre.

Mientras Ella abría la puerta del conductor, su padre echó un vistazo por la ventanilla más cercana intentando ver qué le había llamado la atención.

—No te atrevas a ir. Esos son animales salvajes.

—Puede que esa persona siga viva —dijo—. Ted, quizás tenga que disparar, así que cúbrete los oídos. Pero todo estará bien. Solo quiero ayudar a esa persona, ¿de acuerdo?

Ted asintió con la cabeza y se cubrió los oídos al tiempo que cerraba bien los ojos.

—Ella, déjalo. ¡Míralo! —Su padre le pasó un brazo por el hombro a Ted y le dio una palmada.

Con el corazón lleno de remordimiento, recordó el día en el puerto en el que ella, Channing y Ted quedaron rodeados por una multitud enfadada y había tenido que disparar. Ted había gritado aterrado, sin poder procesar lo que estaba ocurriendo. En esa oportunidad, había tenido que usar el arma para salvarle la vida a Channing. Y ahora iba a tener que ayudar a esa persona también. Al parecer, ya no podía ir a ningún lado sin un arma.

Se bajó del vehículo y alzó el arma para disparar a modo de advertencia contra el cielo gris. Los lobos huyeron y desaparecieron por un pequeño callejón entre dos edificaciones. Tenían las mandíbulas rojas de la sangre. Ahora que los lobos se habían marchado, lo veía con claridad. El cuerpo no podía estar vivo. El estómago estaba abierto, y el rostro medio comido.

—Papá, no lo dejes mirar —le advirtió.

Quizás podía regresar en el tiempo y salvar a esa persona… Se tensó y recurrió a algo en su interior, recordando momentos en los que había logrado volver el tiempo hacia atrás estando despierta y dormida. En silencio rogó que el tiempo se detuviera para

rebobinarlo… Pero no ocurrió nada. Un cuervo soltó un graznido. Un lobo aulló desde un punto no tan distante. Oyó el motor de un coche que pasaba a una manzana de allí. Una ráfaga de viento empujó un columpio que crujió. En las ventanas, se movieron algunas cortinas y se asomaron unos rostros a mirarla. Una sensación de horror le recorrió la columna vertebral. Era pleno día, y se encontraba en una calle sobre la que vivía gente. Eso había ocurrido frente a ellos.

—¿Qué les pasa? —les gritó—. ¿Por qué no salvaron a esta persona?

Pero la respuesta era obvia. Había una bolsa de papel madera al lado del cuerpo sin vida. Una hogaza de pan, seis paquetes de yogur y un cartón de leche larga vida yacían en el suelo. Como buitres, las personas aguardaban a que los lobos se marcharan para poder ir por la comida. A Ella le ardieron los ojos llenos de tristeza.

—Vengan a buscar su botín —susurró mientras regresaba al coche.

Cerró la puerta y encendió el motor. Mientras conducía, su padre no despegó la mirada del cuerpo sin vida.

—No sabía que los lobos habían empezado a atacar a la gente.

A través del espejo retrovisor, Ella vio cómo las personas salían corriendo de las casas y se apresuraban hacia los alimentos. Tomaron la comida. Dos sujetos jalaron de la hogaza de pan en direcciones opuestas hasta que uno la soltó para darle una bofetada en el rostro al otro.

Ella concentró la mirada en la carretera. Las lágrimas le ardían en los ojos, y la ira que sentía hacia esas personas le abrasaba el estómago. Por el espejo retrovisor vio que su padre sacudía a Ted por los hombros hasta que su hermano abría los ojos.

—Está bien, ya pasó —le dijo.

—Gente de mierda… —masculló Ella.

Lo peor acerca del Ragnarök no eran las tormentas ni la falta de comida o energía. Era que sacaba lo peor de la gente. Habían perdido el lado humano, y lo que quedaba en su lugar eran entes. Animales. Tal y como esos lobos.

Los dedos le dolieron de la fuerza con la que sostenía el volante y los aflojó para estirarlos.

—Necesitamos el huso.

Su padre se sonó los dedos.

—Mira, estaba pensando. A lo mejor no tiene que ser de oro. No te puedo hacer un huso de oro, pero te haré uno de madera.

¿Uno de madera?

—No estoy segura si funcionará. No quiero que pierdas el tiempo.

—De cualquier modo, no estoy haciendo nada. Déjame ser de utilidad. Mi padre me enseñó a trabajar la madera cuando era niño.

Ella dudaba de que fuera a funcionar, pero… tenía razón. Podría intentarlo.

—¿Qué diablos? —Miró a su padre a través del espejo y le sonrió con calidez—. Gracias, papá.

—¡Quiero ayudar! —exclamó Ted.

Mientras conducía, deseó que Channing hubiera hecho más progreso recuperando el puerto. El mismo puerto en el que se encontraba el huso de oro que necesitaba con desesperación. Dudaba que un huso de madera fuera a ayudar, pero sería algo con lo que practicar.

Esa misma noche, su padre le enseñó el huso de madera que había hecho. Rob, que se daba maña y tampoco tenía nada que hacer, se había ofrecido a ayudar. Su padre y Ted habían entallado algunos patrones y runas en base a las notas que Channing le había enviado por correo electrónico. Las runas no eran tan precisas como las del huso que había en la máquina para viajar en el tiempo, pero, aun así, estaban presentes.

—¿Tienes un nuevo pasatiempo, Ella? —le preguntó Rob al tiempo que le entregaba el huso.

Ella no lo tomó. ¿Y si lo tocaba y volvía a desaparecer en el tiempo?

—Sí, algo por el estilo.

Al cabo de unos instantes de silencio, su padre le dijo:

—Déjalo sobre la mesa, ¿de acuerdo?

Rob se aclaró la garganta y colocó el huso sobre la mesa con suavidad.

—Seguro… —El huso rodó un poco y se detuvo al tiempo que su primo se aclaraba la garganta—. ¿No lo vas a probar? Me gustaría

ver si funciona. Nunca había hecho uno de estos.

A Ella se le entumecieron los dedos. Al recordar el vacío y la oscuridad que se la habían tragado para transportarla a otra época, sintió una migraña distante.

—Eh. —Dio un paso más hacia ella. No se le había ocurrido pensar que se mostraría dubitativa y temerosa—. No tengo lana. Tengo que conseguirla.

Rob se guardó las manos en los bolsillos.

—Oh. Es que esto sonaba urgente.

—Lo es. Lo probaré y te diré si funciona bien, ¿de acuerdo? —Le ofreció una sonrisa tranquilizadora—. Muchas gracias por la ayuda.

—Oh, no es nada. Es bueno que quieras aprender a tejer. ¿Quién sabe si podremos comprar ropa en unos meses? ¿No has oído? En China y Taiwán han cerrado las fábricas de ropa.

Ella se acercó un paso más a la mesa.

—No, no lo sabía.

—Sí, por las tormentas que hay en todos lados no pueden recibir combustible. Sin las materias primas, no pueden producir telas.

Por todos los cielos, todo estaba empeorando. Si el huso era la respuesta, Ella estaba perdiendo tiempo. Debería tomarlo para ver qué pasaba. Pero si terminaba viajando en el tiempo, quería despedirse primero. La última vez no había podido hacerlo.

Cuando Ella iba a decir algo, Rob soltó:

—Tío Bryan, Ella, es probable que no lo aprueben… pero… Freddie Dublin está buscando hombres. Nick me vino a ver esta mañana para que me uniera a ellos.

Ella sintió un escalofrío gélido en la columna vertebral.

—Rob… no. La pandilla de Freddie está robando comida de los depósitos, y la gente que la necesita no tiene acceso a alimentos.

El rostro de Rob perdió la sonrisa débil.

—Necesitamos comida, Ella. Tengo una esposa embarazada, una niña que está aprendiendo a caminar y un niño en camino que la necesitan. Y mis padres, mi hermana y ustedes también.

Su padre acercó la silla de ruedas.

—Rob…

—¡No! —Rob alzó la mano para detener a Bryan—. ¿Sabes lo que es ser un adulto y no poder mantener a tu familia?

La expresión de Bryan se tornó sombría.

—Sí.

Rob se sonrojó.

—Disculpa, no quise… Ya sé que tú lo entiendes, por supuesto, pero…

Bryan señaló a Rob.

—¿Crees que no he deseado haber esquivado esa bala todos los días de mi vida? ¿O haberme ocultado detrás de una condenada esquina como un policía cauteloso en lugar de intentar impresionar a mis superiores con mi arrogancia y echando por la borda los protocolos de seguridad?

Ella parpadeó.

—Papá… No sabía…

—Ojalá no estuviera atascado en esta maldita silla de ruedas. —Miró a Rob—. Pero no lo puedo cambiar. Y tú tampoco podrás cambiar si escoges mal.

Rob soltó un suspiro prolongado.

—No quería señalar tus circunstancias, tío Bryan. Lo que te pasó no es tu culpa.

—No lo hagas, Rob —le advirtió Bryan—. Hay otras maneras de sobrevivir.

Rob se pasó una mano por el cabello y miró a Ella.

—Pero ¿cómo?

La policía tenía que intervenir y detener a las organizaciones criminales que acumulaban los productos alimenticios. Mientras aprendía a usar sus poderes, tenía que ayudar de formas más prácticas.

—Encontraremos el modo, Rob. Aún tienes comida en la nevera, ¿no? No están pasando hambre, ¿o sí?

—Bueno… no. Gracias a ti, por supuesto. Pero un día, no podremos comprar más nada. Y no solo por el dinero, sino porque no quedará más nada en las tiendas. Todo acabará en las manos de los más fuertes. Y los más adinerados.

Y los más fuertes y los más adinerados de Boston eran la mafia, la pandilla irlandesa y otras bandas criminales. Ellos eran los lobos que se alimentaban de los pobres. Eran los gigantes que se enfrentaban a los dioses y los derrotaban.

Ella se aferró el respaldo de la silla que tenía en frente y se inclinó hacia adelante.

—Puede que tengas razón. Pero si hay algo que nos vuelve ricos y fuertes es ser nosotros mismos y tomar decisiones como esta. Los O'Connor siempre han estado del lado de la justicia y el orden. Por eso somos policías, dueños de negocios honestos y padres trabajadores como tú.

Y una seminorna…

—Nos cuidamos mutuamente —continuó—. Somos creativos. Mantenemos la cabeza en alto. Pero no nos vendemos al mundo del crimen. Jamás te perdonarás si lo haces.

Rob bajó la mirada y asintió con la cabeza.

—Prométeme que no te unirás a ellos.

—Te lo prometo.

Ella se le acercó y le dio una palmada en el hombro.

—Muy bien. Y yo te prometo que tengo un plan.

Cuando Rob se marchó, Ella sintió que podía hablar libremente.

—Papá, ¿en serio deseas no estar en una silla de ruedas? —le preguntó.

—Por supuesto, Ella. Ojalá pudiera ayudarte. Ojalá pudiera protegerlos a ti, a Gloria y a Ted. Ojalá pudiera quitarte el peso de tener que cuidarnos. Ese es el deber de un padre, y es lo que quiero hacer por ustedes.

Se había adaptado tan bien a la silla de ruedas. Sin dudas, Ella sabía que no había sido fácil para él. Se había sentido frustrado con sus limitaciones. Ella había visto los hábitos autodestructivos, la amargura y la desesperación que solo se agravaron con la edad. Tener que abandonar el papel de proveedor y protector de la familia había sido muy difícil para él. De hecho, nunca se había recuperado de eso. Se había adaptado a una vida nueva que jamás había aceptado. La conversación que habían tenido hacía unas semanas,

cuando le dijo que no quería seguir viviendo, le produjo un estremecimiento que le caló hasta los huesos.

Si las nornas definían el destino y todo se encontraba en el tapiz antes de que la gente naciera… ¿cómo podrían haberle tejido una vida tan dura? ¿Y qué había de la pobre persona con la chaqueta roja que había sido asesinada por los lobos en una calle de la ciudad?

Ella no sabía nada acerca del destino, pero lo que había visto le parecía cruel. Deseó poder cambiar las cosas. Y supo que podría ser la única persona capaz de hacerlo. Pero ni siquiera sabía cómo activar sus poderes. Cada vez que había podido controlar el tiempo estando despierta, había sido en respuesta a algún peligro: cuando tenía que actuar porque, de lo contrario, Channing habría muerto. Sin embargo, cuando tocó la máquina para viajar en el tiempo no había sido porque Channing se había encontrado en peligro. A lo mejor se debía a lo que había dicho… algo acerca de viajar en el tiempo.

Miró a su padre. El zumbido de la nevera en la cocina resonaba en la sala. El reloj antiguo marcaba el paso de los segundos. Su padre se veía solemne bajo las tenues luces amarillas de la sala de estar. Ted tarareaba desde el otro lado de la pared de su habitación mientras jugaba.

—Te quiero, papá. Si esto funciona y desaparezco en un instante, quiero que sepas que te quiero. Y que siempre has sido mi héroe.

Su padre se puso serio.

—Ella…

Ella se acercó a la mesa y colocó la mano sobre el huso.

—Ojalá pudiera viajar en el tiempo.

Tras decir eso, tomó el huso de madera.

CAPÍTULO
ONCE

La misma noche…

APOYADO contra la columna con un martini en la mano, Channing contó ocho adultos en la habitación. Leo había reunido a los miembros de la familia para usarlo como ejemplo, en cuyo caso, saldría de allí muerto… O para presentarlo como su heredero. Fuera como fuese, Channing no se marcharía de allí siendo el mismo hombre.

La mesa en el comedor de Leo Esposito estaba preparada para diez personas, y había una mesa adicional para cinco niños. Tres niños y dos niñas de entre cuatro y diez años chillaban y gritaban entusiasmados mientras correteaban por la sala de estar llena de muebles clásicos y obras de arte que colgaban de las paredes de mármol. Las únicas dos mujeres presentes eran hermosas y delgadas, se habían arreglado y conversaban tranquilas al tiempo que arrojaban miradas llenas de curiosidad hacia Channing o acallaban a los niños.

Leo estaba discutiendo algo con los cinco hombres que se encontraban al lado del bar redondo. La pintura en la que había estado trabajando la última vez que Channing había estado allí seguía sin terminar, aunque había adquirido más tonos oscuros en el cielo y ahora se veía una tormenta que se acercaba a la playa iluminada y al único velero.

Una de las niñas, que debía tener unos cuatro años y llevaba puesto un tutú rosado, se alejaba corriendo de un niño de unos ocho años que la perseguía con una destellante espada y un parche de pirata en un ojo. Riendo a carcajadas, la niña corría y daba vuelta la cabeza para ver a su perseguidor. Pasó por delante de una mesa baja en el medio de una conversación entre los adultos.

—¡Chloe! —exclamó una de las mujeres, y Channing miró a la niña—. ¡Matteo! ¡Deténganse!

Pero ninguno de los dos se detuvo. Channing recordó con dolor cómo él y sus hermanos habían crecido jugando en la época vikinga. Recordó cómo a menudo habían luchado con espadas y cómo su propia madre les había pedido a gritos que se detuvieran y tuvieran cuidado.

La niña no les prestaba atención. En pleno éxtasis infantil, siguió corriendo. Channing lo vio antes que ella. Había tres escalones antes de llegar al punto donde conversaban los adultos.

—¡Chloe! —volvió a exclamar la mujer.

A pesar de que Channing se encontraba a diez pasos de distancia y no podría llegar a la niña a tiempo, salió disparado para intentar evitar que cayera.

Pero Leo Esposito reaccionó más rápido. Era el que se encontraba más cerca, aunque estaba sumido en una profunda conversación. Chloe se tambaleó con el primer escalón y comenzó a caerse hacia adelante, contra las afiladas esquinas de los otros dos escalones de mármol. A pesar de su edad, Leo se lanzó al suelo con un gruñido de dolor y la atrapó. Acto seguido, la balanceó y la tranquilizó en el suelo.

—Malditas rodillas… —masculló por lo bajo—. ¿Estás bien, Chloe?

—Estoy bien, abuelito.

«Abuelito…». ¿Y eso en qué la convertía para Channing?

Leo lo miró mientras hablaba con la niña.

—No soy tu abuelo, cielo.

Chloe se sentó en el escalón jadeando.

—Pero si eres el hermano del abuelito Joe, debes ser mi abuelito también.

Joe «Aceituna» tenía rasgos similares a los de Leo, pero en lugar de ser esbelto como su hermano, era redondo como una aceituna. Sin contar a los niños, era el más ruidoso de los presentes y no dejaba de hacer bromas acerca de los vagabundos y la bestialidad. Al oírlo, Channing no podía dejar de apretar los puños.

—Es tu tío abuelo, Chloe —le dijo Sam. Fred y Sam eran mellizos de edad mediana y musculosos, con rostros de alcohólicos que las narices infladas y los párpados flácidos delataban. Ya se habían tomado una botella de vino cada uno.

—Pero ¿qué importa? —preguntó Chloe—. Lo he llamado abuelito toda mi vida. A nadie le importó antes.

En la habitación reinó el silencio, y Channing sintió los ojos de todos sobre él. Una de las mujeres, Gabriela, extrajo el móvil y tipeó algo rápido antes de que la talentosa voz de Pavarotti resonara por toda la habitación. A lo mejor, había esperado aliviar la tensión, pero la música no ayudó. Todos regresaron a sus conversaciones con las voces tranquilas y los rostros céreos.

Al cabo de unos minutos, fueron invitados a tomar sus asientos en la mesa. Los niños se sentaron en la mesa pequeña, y los nueve adultos tomaron asiento en la mesa principal.

Las mujeres se encontraban en el extremo opuesto, y Channing se sentó a la izquierda de Leo. Se preguntó si eso se debía a que sería la manera más fácil de que su abuelo tomara el arma y le disparara si la prueba de ADN que se encontraba en el sobre blanco inmaculado frente al plato vacío de Leo resultaba negativa.

Uno de los cuatro hijos de Joe, Joseph «Mentón», se encontraba a la izquierda de Channing. Era un hombre delgado y de aspecto triste que casi no tenía mentón y parecía un contador. Channing supuso que el apodo era irónico. Y, por último, estaba Albert, un hombre de estatura baja que parecía como que todo lo enfadaba. El entretenimiento principal era Albert intercambiando insultos enfadados a los gritos con Fred. ¿Sería alguna especie de ritual antes de comenzar a hablar de algo serio?

A Channing le resultaba difícil ignorar los paralelos de poder con los de la época vikinga. En el gran salón de su padre, había una mesa de honor para su padre, que era el *jarl*, y su esposa. Luego los

invitados se sentaban en orden de importancia en las mesas alargadas. Aunque aquí todos compartían la misma mesa, la familia Esposito se sentaba igual. Leo estaba a la cabeza de la mesa. Channing se encontraba a su izquierda, seguido de Joe. La silla a la derecha de Leo, frente a Channing, se encontraba vacía. ¿Sería la silla que solía ocupar Daniel?

Leo Esposito miró a los invitados en silencio, con el pecho subiendo y bajando rápido. No había bebido ni una gota de su vino, solo se limitaba a girar la copa para que el líquido rojo se moviera en una dirección o la otra. En la habitación pendían los aromas a carne ahumada, ajo y aceite de oliva. Los miembros de la familia habían comenzado a servirse las entradas: *carpaccio* delgado, *prosciutto* y aceitunas que destellaban gracias al aceite.

Channing se había servido una *bruschetta* con tomates frescos y cebolla, un poco de ensalada *caprese* que, a pesar de la dificultad para conseguir alimentos frescos, estaba hecha con *mozzarella* de búfala, tomates frescos y hojas de albaca. Sin embargo, no podía tocar la comida y, al igual que su abuelo, no había probado el vino tinto. ¿Cuál era el punto? Esa noche no tenía nada digno de celebrar o lamentar. Simplemente tenía que sobrevivirla.

Lamentablemente, estaba seguro de que Leo Esposito era su abuelo, pero siempre existía la posibilidad de que algo hubiera salido mal durante la prueba de ADN, en especial considerando que se había hecho a las apuradas frente a los hombres armados de Leo. El error humano siempre era una posibilidad. O algo más que escapaba de su control. Como el destino.

—¿Lo puedes abrir de una vez? —le preguntó Channing en voz baja, bajo una carcajada de Joe.

Leo lo miró de reojo.

—Ya lo sé.

Channing se apoyó contra el respaldo de la silla y bebió el primer sorbo. El vino le supo suave y rico, y la calidez del alcohol se le extendió por las venas.

Leo extrajo el arma y la colocó sobre la mesa con un golpe seco. Los invitados dejaron de hablar, y solo Albert siguió masticando *prosciutto* mientras observaba el arma. Tres camareros entraron en

la sala con platos de pasta y pizza, y durante los siguientes instantes, solo se oyeron los sonidos de los platos que colocaban frente a los invitados.

Cuando los camareros se marcharon de la habitación, nadie tocó la comida. Desde los parlantes, sonaba «O sole mio» de Pavarotti, y su hermosa voz se oía alarmantemente alegre. Con una mano apoyada en el arma, Leo se llevó la otra mano al bolsillo del chaleco y extrajo algo. Colocó el papel cuadrado sobre el plato vacío a su izquierda, y el rostro atractivo de Daniel miró a Channing. Su padre biológico tenía cabello castaño, ojos verdes, mentón cuadrado y pómulos altos. Y el característico mechón de cabello que siempre se había revelado del prolijo corte de hombre de negocios.

—Por todos los cielos, Leo —dijo Joe—. ¿Es su cumpleaños? ¿Me olvidé?

—No —le aseguró Leo—. No.

Todos guardaron silencio y pasaron la mirada de Leo a la fotografía de Daniel.

—Vamos, Leo, ¿qué sucede? —preguntó Gabriela.

Leo la miró durante un largo instante.

—Todos saben lo mucho que lo echo de menos.

La familia asintió.

—¿A quién echas de menos? —le preguntó Chloe.

—Calla —le dijo Matteo—. Al abuelo no le gusta hablar de él.

—No soy tu abuelo —repitió Leo con tono cansado—. Y Matteo tiene razón. No me gusta hablar de mi hijo. Duele demasiado. Y no recordarías al tío Dan, Chloe, eras demasiado pequeña.

Alzó el arma, y todos los presentes en la mesa se removieron en los asientos antes de quedarse congelados.

—Esta era su arma —prosiguió Leo.

Channing sintió una ola de adrenalina similar a la explosión de un arma. Los puños se le cerraron alrededor de la silla suave y tallada.

—Falleció hace dos años. —Leo acarició el arma con un pulgar y miró la fotografía de Dan—. Pero siento como si siguiera entre nosotros. —Alzó el sobre y se lo mostró a todos—. Porque me lo envió a él. —Señaló a Channing con el arma—. Este hombre es familia. Esta prueba de ADN es positiva. Es sangre de mi sangre.

A Channing le dio un vuelco el corazón. Unos jadeos de sorpresa recorrieron la mesa. Leo se puso de pie, dio vuelta el arma y se la entregó por el mango a Channing. Cuando la aceptó, Leo lo hizo ponerse de pie para envolverlo en un abrazo.

—Bienvenido a la familia —le dijo Leo—. Les diré que eres mi hijo. No puedes ser mi nieto. Y eso mismo le diremos a Dan cuando regresemos en el tiempo y evitemos su muerte.

Channing se apartó del abrazo.

—Pero estoy aquí. Ya no necesitas más a Dan.

Leo se rio.

—¿Crees que dejaré pasar la oportunidad de evitar la muerte de mi hijo?

Mientras los nuevos miembros de su familia se reunían para felicitarlo, darles palmadas en los hombros y besos en las mejillas, miró los ojos fríos de Leo. El arma de Dan le producía escozor en la mano. Quería arrojarla por la ventana al océano y dejar que se hundiera en un abismo.

—Eso es bueno —dijo Fred mientras le daba una palmada en el hombro—. Ahora que nos estamos expandiendo al tráfico de armas, necesitamos más ayuda.

—¿Tráfico de armas? —A Channing se le formó un nudo en el estómago.

—Bueno, sí —dijo Leo—. Gracias a ti, hijo. Cuando Clicker se las ingenió para contrabandear tu reactor nuclear, abrió un nuevo mercado. Armas militares. Explosivos. ¿No has oído? Todo el mundo está colapsando. Todos necesitan armas.

A Channing se le congeló la sangre en las venas.

—¿Cuándo va a hacer el juramento, *omertà*? —preguntó Joe.

—Esta noche —repuso Leo dándole la espalda a Channing—. Cuando te hayas convertido en un *made man*, podrás lidiar con los negocios de la mafia. Mañana tengo una reunión con Luca. Es nuestro distribuidor, y me debe una buena suma de dinero. —Concentró la mirada en Channing—. Demuestra que eres parte de la familia con tu juramento y luego consígueme el dinero por el medio que sea necesario.

Eso quería decir que tenía que amenazar al sujeto. Y quizás hasta llegar a matarlo. ¿Sería capaz de hacer algo como eso? Matar a hombres en una batalla y proteger su vida y la de sus seres queridos era una cosa, pero matar a sangre fría porque alguien no había saldado una deuda era otra. ¿Podría vivir consigo mismo tras eso? ¿Podría mirar a Ella a los ojos si lo hacía?

Se recordó que estaba haciendo eso para detener el Ragnarök. Pero ¿valía la pena acabar con una vida para salvar muchas otras? ¿Y para tener una oportunidad de salvar su propia felicidad?

CAPÍTULO

DOCE

Ocurrió algo.

Ella lo sintió en cuanto tocó el huso. La vibración en el aire, el rostro nublado de su padre como si lo hubiera cubierto una neblina.

La realidad se le escabulló. Tenía la habilidad de detener el tiempo en las puntas de los dedos, invisible, pero tan tangible como una ráfaga de viento cálido. Fue como si el aire se hubiera vuelto más denso alrededor de su mano… Casi podía sujetarlo. Literalmente casi podía tocarlo como si fuera un hilo y enredarlo con la punta del huso. Si lo lograba, podría detener el tiempo y rebobinarlo.

Pero no lo logró. Se puso tensa, y los hombros le dolieron por el esfuerzo. Cuanto más se tensaba, más perdía la habilidad. Los tendones se le estresaron. Y luego el instante desapareció. La neblina se esfumó, y volvió a ver a su padre con claridad. La cálida luz amarillenta llenaba la sala.

—¡No! —protestó.

Su padre se le acercó con la silla de ruedas.

—¿Qué sucede?

—Lo tenía. ¡Lo tenía! Diablos.

—Eso es genial, ¿no?

Entre jadeos, se secó el sudor de la frente con el dorso de la mano.

—¿Quieres volver a intentarlo? —le preguntó su padre.

Ella miró el huso que sostenía en la mano. No lo había soltado, pero no ocurría más nada.

—Sin dudarlo.

Colocó el huso sobre la mesa, y rodó medio centímetro. ¿Cómo funcionaba? ¿Qué había hecho en concreto? Y, más importante aún, ¿por qué no lo había logrado hacer? ¿Se debería a que era un huso de madera y necesitaba uno de oro?

Channing tenía una reunión con Leo Esposito ese día para intentar recuperar el puerto. Ella no había oído nada aún. «Channing, espero que consigas acceso al huso de oro hoy…», masculló por dentro. Y esperaba que no se estuviera poniendo en más riesgo enfrentándose a la mafia, pero tenía que confiar en que sabía lo que estaba haciendo.

Soltó un suspiro y miró a su padre. El primer intento con el huso la había dejado cansada y sin aliento. Pero tenía que seguir intentándolo hasta no poder más.

—Quiero viajar en el tiempo —dijo y tomó el huso.

Mientras los dedos se le cerraban alrededor de la madera tallada, una explosión invisible de una sustancia llenó el aire. Su padre se volvió a nublar, y pudo sentir el aire denso alrededor de la mano. Sabía que, si pudiera sujetarlo, lograría detenerlo y controlarlo. Pero sin importar cuánto se esforzaba, solo logró mover la mano física. Y tenía que sujetarse a otra cosa… sin importar lo que fuera ese aire denso. Con algo que iba más allá de su cuerpo físico.

Una capa de sudor le cubrió la espalda. El estómago se le endureció. Fue como si estuviera empujando contra un tren. Rugió intentando sujetar algo. Varios segundos transcurrieron. El tiempo no se ralentizó. Cuando el dolor en los músculos le resultó insoportable, se relajó.

De inmediato, todo se volvió nítido a su alrededor. Dejó el huso sobre la mesa y se apoyó las manos en las rodillas en el intento de recuperar el aliento.

—¿Algo? —le preguntó su padre.

—No.

—Bueno, es hora de tomarse un descanso.

Ella caminó a lo largo de la mesa del comedor.

—No. Lo que no entiendo es… en mis sueños, no hago ningún esfuerzo. Cuando estaba despierta y toqué el huso, ni siquiera era consciente de lo que iba a hacer… más allá de mis habilidades físicas. No hice nada en absoluto. Simplemente lo toqué. Y, cuando salvé a Channing de los protestantes y de la flecha, ni siquiera tenía un huso en la mano.

—Pero ¿este huso ayuda?

—No lo sé. —Enderezó la espalda y encuadró el hombro sano.

—¿Por qué estás sudando? —le preguntó su padre.

—Porque estoy intentando sujetar algo que está fuera de mi alcance.

—¿Con el cuerpo?

—Claro. ¿Con qué más?

—Bueno… ¿lo sujetaste cuando viajaste en el tiempo la otra vez?

—No.

—Entonces quizás deberías intentar sujetarlo… sea lo que sea… sin usar el cuerpo físico.

—Claro. Qué fácil de decir.

—¿Quizás sea como disparar un arma? Tienes que mantener el cuerpo relajado y la respiración pareja. No haces ningún esfuerzo. Solo mantienes el ojo en el objetivo.

Ella tomó la camiseta y se abanicó con la tela, moviéndola hacia adelante y atrás para refrescarse.

—De acuerdo. Volveré a intentarlo.

Se puso de pie y tomó el huso. Esta vez, nada se nubló ni hubo ningún cambio en el aire. Miró a su padre.

—Ni siquiera tengo certeza de necesitar esta cosa.

—Puede que no lo necesites.

Lo volvió a apoyar en la mesa para volver a sujetarlo.

—No, se siente bien. Es como si necesitara sujetarme de algo.

Su padre asintió con la cabeza.

—Como un arma. Algo con lo que disparar hablando metafóricamente. Tiene sentido.

—Quiero viajar en el tiempo —dijo.

Y de pronto sintió la nubosidad y algo en la punta de los dedos. Como su padre había sugerido, no se tensó ni intentó sujetarlo con

el cuerpo físico. En lugar de eso, respiró y esperó. Respiró y esperó.

«Quiero viajar en el tiempo. Quiero viajar en el tiempo. Quiero viajar en el tiempo».

Cuanto más relajaba el cuerpo físico, más se nublaba la realidad, y más se ralentizaba todo a su alrededor. Estaba entrando en un extraño estado de ensueño en algún sitio entre estar despierta y dormida. Como le pasaba en ocasiones en una situación peligrosa. Hasta que el tiempo se ralentizó por completo y… se detuvo. Sintió el aire denso en la mano; lo sentía delgado y largo, como un hilo grueso e invisible.

Se puso nerviosa y, cuando se le tensaron los músculos de los hombros, se volvió a encontrar en la realidad. Veía todo nítido. Oía el tictac del reloj. Y su padre la miraba con los ojos abiertos de par en par.

—¿Y? —le preguntó.

Ella miró la mano con la que sostenía el huso. No había nada en la punta.

—¿Y qué?

—¿Cómo que «¿Y qué?»? ¿Qué pasó?

—Disculpa. Estoy algo aturdida. Lo pude tocar. Tenías razón. Necesitaba estar relajada y tranquila. ¿Por qué?

—Porque medio que…

—¿Qué?

—Comenzaste a desvanecerte.

Ella miró el huso.

—¿Desvanecerme?

—Durante unos segundos, sí.

Había comenzado a desvanecerse… casi había desaparecido.

—Tengo que volver a intentarlo.

No estaba segura si decir las palabras «Quiero viajar en el tiempo» funcionaría, pero no sabía qué más intentar. Las repitió sin cesar, sosteniendo el huso y obligándose a relajarse para ir a ese punto en el que podía sentir el aire denso y hacer hilos con el tiempo, pero no pasó nada. Fue como si hubiera asustado al canal o lo que fuera con sus nervios. Como un animal salvaje sobresaltado,

había desaparecido. La ansiedad le tensó los músculos. ¿Y si jamás podía volver a acceder a él?

Le dolían los músculos de la tensión. En la distancia, notó que Gloria llegaba a casa del trabajo y recostaba a Ted. La herida le dolía mucho. El cansancio le pesaba como una manta pesada.

Se le asentó una sensación de fracaso en la boca del estómago al meterse en la cama. Miró el móvil, pero no había ninguna noticia de Channing. ¿Dónde diablos estaría? Además del correo electrónico acerca de las runas, no la había contactado en todo el día.

Ella apoyó la mano sobre la almohada donde Channing había pasado la noche cuando llegaron del pasado hacía tres días. Con las yemas de los dedos, recorrió la tela suave.

Suponía que ese día había hecho progreso. Se las había ingeniado para detener el tiempo por un instante. Deseaba tener el poder de decir «Channing, regresa a mí» para tenerlo a su lado. Para que la tomara en sus brazos, la besara y le enterrara el rostro en el cabello.

Sin embargo, no era una buena norna, ni tampoco una buena bruja. De lo contrario, el Ragnarök ya se habría detenido.

CAPÍTULO

TRECE

Sostuvo la espada de Channing en sus manos, y él se arrodilló delante de ella. El cielo estaba negro. La tierra, en llamas. Vio tres barcos vikingos anclados en el muelle del puerto de Boston que se mecían sobre el mar ardiente con los cascos y las velas encendidas.

En el aire, pendía el hedor a carne, cabello y madera quemada. Olía a sangre y a hierro caliente. Los lobos luchaban contra la gente…, la policía…, el FBI… y los vikingos. Los miembros de la mafia les disparaban a todos. Ella sabía que era el final.

—¡De pie! —le gritó—. ¡De pie!

Unos brazos fuertes le envolvieron la cintura y le apretaron la espalda contra un torso duro.

La visión desapareció, y se relajó. Solo había sido un sueño tonto.

—Mmm —gruñó Channing y le enterró el rostro en el hueco entre el hombro y el cuello.

—Después de todo sí te manifesté, ¿no? —Sin abrir los ojos, se movió hacia su abrazo. Le acercó el trasero a la entrepierna y sintió la erección a través de la tela de los pantalones.

—Te sientes muy bien —murmuró.

Channing le recorrió el cuerpo adormecido y pesado y le introdujo la mano debajo de la camiseta que se había puesto para dormir, remitiéndola a algo fogoso y caliente. Le acarició el estómago y le tomó un pecho entre las manos. Ella soltó un jadeo al tiempo que una ola de placer se le derramaba como miel cálida.

Channing comenzó a rozarle un pezón, y se mordió el labio mientras arqueaba la espalda y hacía un movimiento circular con el trasero para frotarse contra su erección.

—Ay, mujer —gruñó—. No me provoques. No quiero que tu padre tenga que matarme.

—No te matará —le susurró y se rio—. Somos como adolescentes…

Channing le besó el cuello y se acercó más a su cuerpo.

—No puedo negar que te deseo como un adolescente caliente de catorce años.

A Ella se le estremeció algo por dentro, y sintió el deseo que se le acumulaba en la entrepierna.

—No luches contra esto —le susurró—. Yo también te deseo.

Jamás había sido una seductora ni tampoco había iniciado el sexo. Pero nunca había deseado a nadie como lo deseaba a él. Con él, el sexo era cada vez mejor. ¿Cómo sería tener una vida entera de eso? Una vida entera en la que conocieran sus cuerpos, supieran cómo darse placer, cómo llevar al otro al orgasmo…

Channing le volvió la cabeza hacia él para besarle la boca. Sus labios sabían hambrientos y voraces, y Ella se derritió contra él. Con los dedos, le masajeó los pechos y jugueteó con los pezones, mientras la envolvía con el otro brazo como si fuera un anillo de hierro y le devoraba la boca. Ella se disolvió en él.

—¿Qué quieres, Ella? —le gruñó contra la boca.

En respuesta, con el brazo sano, se estiró hacia atrás para rozarle el cinturón y abrírselo.

—A ti.

—Ya me tienes. Siempre me tendrás.

El calor le latía entre las piernas, y el corazón le latía acelerado en el pecho. Se estaba abriendo a él. Ya lo había hecho, pero con cada palabra y con cada roce, cedía más y se rendía por completo a él.

Creía que era suyo. Y si era suyo, podía confiar en él como en nadie más en todo el mundo. Podría tener esa felicidad que tantas mujeres en el mundo tenían. Ella también podía tenerla. Y, de hecho, ya la tenía.

Sintió que se bajaba los pantalones y los calzoncillos por las piernas, y la erección cálida se le apretaba contra la cadera.

—Quítate la camiseta también —le susurró haciendo un gran esfuerzo para encontrar las palabras.

Channing se apartó y se movió, y cuando volvió a su lado, sintió el pecho y el vientre duro; era como una aterciopelada piedra cálida contra su cuerpo.

—La ropa interior —le dijo con la voz llena de deseo.

Volvió la mirada hacia él. Channing tenía los ojos oscuros y llenos de deseo, pero también algo de temor. Parecían los ojos de un lobo salvaje. El pulso se le aceleró doloroso.

—¿Qué pasa con la ropa interior? —le preguntó con inocencia al tiempo que le apretaba las nalgas contra el miembro.

A Channing se le alteró la respiración. El pecho le subió y le bajó rápido contra la espalda y los ojos se le oscurecieron aún más. Una sonrisa lenta le asomó a los labios.

—¿Me estás provocando, tesoro?

—Te gusta —le dijo y no era una pregunta, sino un hecho.

Le gustaba porque era un guerrero. Le gustaba porque era un conquistador. Le gustaba porque Ella lo desafiaba. Porque era un desafío. En lugar de responder, le deslizó las manos por el cuerpo. Algo se desgarró, y las caderas le quedaron completamente desnudas.

Ella soltó un jadeo al sentir el desgarro de la tela que le resonaba en el sexo y le producía un palpitar. Channing le tomó un muslo y se lo alzó. Con la otra mano, se le acercó a la entrepierna. Con el pulgar y el índice, le separó los pliegues y la frotó hasta producirle una intensa ola de placer en todo el cuerpo.

—Mierda, estás empapada —le susurró.

Ella gimió y puso los ojos en blanco.

Luego Channing la soltó, se recostó de espaldas, y Ella oyó un paquete que se abría. Al cabo de un instante, regresó a su lado, le volvió a alzar la pierna y le acercó el miembro al sexo.

Ella ardía de deseo, y cuando se deslizó en su interior, gimió ante la placentera sensación de estar llena y conectada con él. Una dicha dulce y cálida le recorrió el cuerpo cuando comenzó a embestirla.

Channing estaba en toda su longitud apretado contra ella, acurrucándola, y con una mano le frotaba el clítoris.

Cegada de deseo, no dejaba de estremecerse. Se sintió increíblemente plena con su miembro grande y duro en el interior, con su mano acariciándole el sexo, con la cercanía de su cuerpo, con su aroma a almizcle masculino, colonia elegante, sudor fresco y sexo y con esa conexión que le calaba hasta el alma y que parecía ser de otro planeta. Sentía como si hubiera alcanzado algo divino. Como si hubiera encontrado su paz. Como si estuviera plena.

El orgasmo la arrasó como un tsunami. En la mente le reinó el caos y el vacío, al tiempo que unas explosiones dulces la mecían como olas en medio de una tormenta.

Cuando el cuerpo se le calmó, respiraron entre jadeos. Los brazos de Channing eran como dos varas de hierro a su alrededor.

—Te amo, Ella —le murmuró con el rostro enterrado en el cabello —. Lo eres todo.

—Y yo a ti —le respondió envolviéndolo en sus brazos.

Al cabo de unos minutos, se le aclaró la mente y se volvió hacia él.

—¿Cómo te fue hoy? ¿Dónde estabas? No he oído de ti desde que me enviaste la información acerca de las runas.

El atractivo rostro se le ensombreció, y los ojos se clavaron en el techo.

—No preguntes.

—¿Te encontraste con Leo Esposito?

—Sí.

—¿Y? ¿Qué hay del huso de la máquina para viajar en el tiempo?

—Aún no tenemos el huso.

—¿Qué pasó?

Algo oscuro y terco le pasó por los ojos, pero no respondió. En lugar de eso, se inclinó hacia ella y la besó para acallarla. Ella lo hizo a un lado y lo miró.

—No, no. Esta vez no me vas a distraer con tus besos y tu cuerpo perfecto. —Ella se sentó en la cama—. ¿Qué diablos pasó con la mafia?

Channing se recostó sobre la almohada y se pasó una mano por la cabeza.

—¡Channing!

—Ella…

Ella se puso la camiseta, se alejó de la cama caliente y comenzó a recorrer la habitación. Los tablones de madera resonaron bajo sus pisadas.

—¿Qué demonios? ¿Por qué no me lo quieres contar? Sabes que estás empeorando las cosas, ¿no?

—Baja la voz. Vas a despertar a tu familia.

—¿Estás bromeando? Estabas con la mafia, en peligro, y no me cuentas nada, ¿y quieres que baje la voz?

Channing se puso de pie desnudo y la abrazó. Su aroma le derritió los huesos.

—Solo estuve un rato con ellos.

Ella se resistió al abrazo y sacudió la cabeza antes de empujarlo.

—¿Y?

La expresión de Channing cambió y se alejó de ella.

—Es complicado. También pasé mucho tiempo con Giana, intentando resolver asuntos legales en relación con mi arresto y los cargos que enfrento. La policía es mucho más lenta ahora, y los juzgados prácticamente no funcionan, así que de momento no soy su principal preocupación. Por eso estamos intentando sacar a la mafia del puerto por la vía legal.

Ella le tomó el rostro entre las manos y lo obligó a mirarla a los ojos.

—¿La vía legal? ¿Cuando los juzgados no están funcionando? No hablas en serio. ¿Qué es lo que no me estás contando?

Channing tomó los calzoncillos y se los puso.

—Es mejor que no sepas todo.

Había mucha vulnerabilidad en su voz y un dejo de algo frágil y roto.

—Estás bromeando, ¿no? Me pasé la noche intentando activar mis poderes. Me ayudaría mucho saber si ese huso de oro gigante funciona o no. Creí que éramos un equipo.

Channing se pasó la mano por el cabello.

—Somos un equipo.

Ella le volvió a tomar el rostro entre las manos.

—Qué bueno. Ahora dime la verdad.

Channing le besó la palma y le acarició el rostro, pero no dijo nada. Ella insistió:

—Estamos juntos en esto, ¿no? No te atrevas a ocultarme nada. ¿Recuerdas lo que pasó cuando no me contaste acerca de la máquina para viajar en el tiempo?

—Un desastre.

—Sí, un desastre.

Ella vio el momento en que casi se abría a ella, el momento en que abría la boca… Pero el instante pasó, y Channing bajó la cabeza y negó con la cabeza.

—Cuanto menos sepas, mejor. Y no pueden sospechar que estamos juntos. No pondré en riesgo a tu familia.

—Solo es cuestión de tiempo para que se enteren. La mafia conoce a las familias de los policías.

Channing se alejó un paso de ella y se colocó los pantalones del traje.

—Exacto. Solo es cuestión de tiempo, y me gustaría usar el tiempo que tenemos. Me voy a casa. ¿Vienes conmigo?

Ella negó con la cabeza sintiendo el peso de la impotencia. ¿Cómo podía llegar hasta él si se negaba a abrirse a ella?

—No. Tengo que levantarme temprano para trabajar.

Channing se puso la camisa y se la abotonó con los ojos oscuros e imperturbables fijos en ella.

—¿Qué pasó con tus poderes?

Ella negó la cabeza.

—No mucho. Supongo que hice algo de progreso. Mi padre, Rob y Ted hicieron un huso de madera, y funcionó un poco… pero creo que el huso de oro es la respuesta.

Sentía la distancia entre ellos como un abismo helado. Luego de la conexión de almas que habían experimentado al hacer el amor, ese abismo le produjo un escalofrío.

Esa sensación era nueva. En el pasado, habían discutido. Al principio, se habían detestado, o al menos ella lo había detestado a

él. Pero esto… Ni siquiera cuando habían discutido en la cabaña, se había sentido alejada de sus pensamientos y sus sentimientos. Channing le estaba ocultando algo. Casi lo podía oler.

Como si pudiera oírle los pensamientos, Channing redujo la distancia que los separaba y se ciñó sobre ella.

—Ven conmigo. Olvidémonos de todo. Solo tú y yo. Nada más. Te necesito. Necesito sentirte. Necesito saber que sigues siendo mía.

Ella alzó la mirada hacia él.

—Por supuesto que sigo siendo tuya. ¿Por qué no lo sería?

Una tristeza le llenó los ojos.

—Puede que no lo seas si lo sabes todo.

—Me dijiste que tu lealtad estaba conmigo.

Channing le dio un beso en la frente.

—Recuérdalo. Por favor, recuérdalo.

Al cabo de un instante, se había marchado.

CAPÍTULO

CATORCE

Al día siguiente, la comisaría se encontraba aún más caótica. Las celdas estaban tan atestadas que los oficiales habían tenido que seguir su propio criterio. Los criminales menos severos obtuvieron fianzas y advertencias y fueron liberados, mientras que los que enfrentaban cargos de asesinato, violación y robo quedaron encerrados en las celdas abarrotadas.

Para la hora del almuerzo, a Ella le dolía la cabeza. El ruido de las personas que conversaban y los teléfonos que no dejaban de sonar en la oficina le resultaron ensordecedores. La habitación olía a prendas húmedas y sudor. Había varios charcos de nieve derretida por doquier, y el suelo estaba sucio. Ella se frotó la frente con la mirada fija en el ordenador, pero sin ver nada en la pantalla que tenía delante.

Se tomó un calmante con un café instantáneo que se había servido en una taza de plástico e hizo una mueca. El brebaje le supo amargo y químico.

La conversación que había tenido con Channing la noche anterior la preocupaba. Sin embargo, lo que la inquietaba no era que no le contara lo que había ocurrido con la mafia, sino la mirada que había tenido en los ojos. Como que lo que fuera que hubiera ocurrido, era algo malo. Y la distancia entre ellos le generaba nudos en el estómago.

Estaba a punto de ponerse de pie para ir a buscar al siguiente criminal y procesar el caso cuando Ricardo entró en la oficina. En

lugar del rostro relajado de costumbre, su compañero estaba pálido. Se estaba poniendo la chaqueta y la miraba.

—¿Qué sucede? —le preguntó.

Ricardo se acercó a su escritorio.

—El pirómano Gleeson me acaba de dar información acerca de Surtr Enterprises —le dijo en voz baja.

A Ella le dio un vuelco el estómago.

—¿Qué información?

—Hoy va a haber un gran intercambio de armas. Me dio la dirección en Quincy.

—Mierda. —Ella se puso la chaqueta y estudió el arma—. ¿Estamos seguros de que la información es legítima?

—Para nada. No tengo pruebas de nada. Así que no puedo acudir a Wilson.

—Está bien, pero iré contigo.

Ricardo miró alrededor.

—Wilson dijo que necesita la mayor cantidad posible de oficiales para procesar casos.

—Ya lo sé, pero estamos hablando de tráfico de armas. Si no los atrapamos, puede que haya un cargamento entero de armas ilegales en las calles. Eso no ayudará en nada con la cantidad de casos que tenemos.

—Está bien. Vamos.

Además de lo que le había dicho a Ricardo, Ella estaba segura de que Surtr Enterprises guardaba alguna conexión con el Ragnarök. El nombre no podía ser una simple coincidencia.

Cuando llegaron al estacionamiento, sonó el móvil de Ricardo. Tras responder, se puso pálido.

—Ya voy —repuso y colgó—. Me tengo que ir, Ella. Mi hermana me acaba de llamar… Hay lobos atacando gente en mi vecindario.

—De acuerdo. Iré contigo.

—No. Alguien tiene que ir a ver Surtr y conseguir evidencia para detener lo que sea que están tramando. ¿Puedes ir?

—Sí, claro, pero ¿estás seguro de que no quieres mi ayuda?

Ricardo ya se encontraba en el asiento del conductor.

—Sí. Pero ten cuidado.

Tras cerrar la puerta, encendió el coche y se marchó.

La dirección era en una zona industrial de Quincy, un barrio en los suburbios del sur de Boston. El depósito se encontraba abandonado y descuidado. Faltaban partes de las paredes, y unas barras de acero sobresalían de las paredes de hormigón como las piernas de una araña en busca de una víctima. ¿Cómo podía ser que esa fuera la dirección de una empresa operativa? A lo mejor, ese solo era el sitio donde llevarían a cabo la transacción.

Estacionó en el terreno que daba a lo largo de la pared del depósito, detrás de lo que en otra época debió de ser un arbusto decorativo y ahora crecía fuera de control. En el estacionamiento, había varios coches oxidados con las ventanillas rotas. Era un sitio bastante bueno para pasar desapercibida. El arbusto brindaba suficiente protección para permitirle agacharse si alguien miraba hacia ella.

Por fortuna, no tuvo que aguardar mucho tiempo. A través de las ramas desnudas, vio tres camionetas negras que se acercaban al edificio levantando nieve debajo de los neumáticos. La primera camioneta se detuvo, y varios hombres vestidos de traje se bajaron. Uno de ellos era Leo Esposito.

Detrás de él, sosteniendo un arma, se bajó Channing.

CAPÍTULO

QUINCE

A dentro, en el depósito, reinaba el silencio.

El día anterior había nevado aún más. Más temprano esa mañana, los *made men* habían ido a buscar a Channing con coches con cadenas en las ruedas que circulaban por las calles cubiertas de nieve sin ningún inconveniente. Por supuesto que tampoco tenían ningún problema para conseguir gasolina. Todas las gasolineras les vendían primero a ellos, y el resto de la población sufría.

Mientras los miembros de la mafia se movían con estilo, convirtiendo el mundo en un lugar peor, los hospitales no podían enviar ambulancias a recoger a la gente enferma o herida y los camiones no podían entregar la comida que tanto se necesitaba. A Channing le había sorprendido ver a varias personas montando a caballo por Boston y hasta algunas carretas en las calles.

Las paredes internas del depósito estaban cubiertas de manchas de óxido y barro. La luz del día se colaba por el hueco gigante en el frente, que estaba tapado con hollín negro. Parecía como si una explosión hubiera desgarrado la parte delantera del edificio, y varias barras de acero sobresalían de la estructura venida a menos. En el borde del punto negro, se leía la palabra Surtr en letras rojas oscuras y algo desvanecidas, como si fuera una antigua mancha de sangre.

En la entrada, se habían formado unos bancos de nieve, pero, adentro del edificio, el suelo de cemento estaba despejado. Unas franjas amarillas delineaban senderos que nadie más volvería a

circular. En una esquina, yacía una pila de estanterías industriales con tablones rotos. Unas cadenas colgaban de las vigas de metal y se mecían y chirriaban al compás del viento gélido. El olor a hierro le recordó a la sangre y a cada batalla en la que había luchado en la época de los vikingos.

Leo se encontraba de pie detrás de él, y sentía su mirada calculadora como si fuera el atizador de un hogar. A sus espaldas, había varios hombres y guardaespaldas. Todos iban armados y todos aguardaban.

Al cabo de unos instantes, oyeron el susurro de unos neumáticos en el exterior, y varias siluetas masculinas llenaron la entrada. Mientras los hombres se acercaban al centro del depósito, el aire se llenó de pisadas.

Encabezando la procesión se encontraba Luca Bertino, un hombre sorprendentemente grande y musculoso para ser un traficante de drogas. Aunque Channing se recordó que recientemente se había convertido también en un traficante de armas. Era calvo y tenía una oreja perforada. El tatuaje de un ángel con las alas extendidas le cubría la mejilla izquierda y la parte trasera de la cabeza.

A sus espaldas, iban tres hombres en una formación que a Channing le dio la impresión inmediata de un *skjaldborg*, un muro de escudos. Pero no les prestó demasiada atención a ellos; su concentración estaba en Luca.

Channing se volvió hacia Leo y le murmuró:

—¿No podías escoger a un sujeto más fácil de recordar para el trabajo? Apuesto a que figura en todos los reportes habidos y por haber de la policía.

Leo se encogió de hombros.

—Cierra el pico. Es un capo, leal como un perro.

Capo era un rango medio de la mafia. *Made man* era el rango más bajo. El día anterior, Channing se había convertido en un *made man* luego de la cena. Se había iniciado como un miembro de la mafia. Cumplía con los requisitos: era descendiente de italianos y tenía el apoyo no solo de un miembro de la mafia, sino del mismísimo jefe.

Al lado de Leo, se oyó el ruido de una granada.

—¿Quién lo iba a decir? Un *made man*.

Clicker era un hombre alto que tenía un gorro de lana y una chaqueta de cuero. No parecía para nada un hombre de la mafia. Todos los demás llevaban puestos trajes de negocios y cortes de pelo pulcros. Ese hombre era salvaje. Hacía varias semanas, había hecho los arreglos necesarios para que Channing recibiera su reactor nuclear.

Channing lo miró con amargura. Ahora que se encontraba de pie con el arma de Dan Esposito en la mano y una docena de matones y *made men* vestidos con elegantes trajes, se sentía poderoso. Sentía la fuerza de la hermandad. Una hermandad a la que le había hecho un juramento de sangre. Había hecho el juramento de la *omertà*, el código de silencio de la mafia. Y eso significaba que no podía hablar con las autoridades ni traicionar a la mafia. De lo contrario, acabaría muerto. Ni siquiera podía compartirlo con Ella. Por su bien y por el de ella. Por su seguridad.

En el siglo IX, le había hecho un juramento a su padre, el *jarl* vikingo. En esa época había sido un adolescente y había creído que dedicaría su vida a servirle a su padre y que, en el futuro, se convertiría en el siguiente *jarl*. Luego le había hecho un juramento a Ella, la mujer a la que amaba. La mujer a la que quería convertir en su esposa. El juramento de lealtad a la mafia era el tercer juramento que hacía en la vida. Y, como era un hombre de palabra, le sería muy difícil quebrarlo. Por más que fuera un juramento horrible. Sin embargo, un día iba a tener que hacerlo. Porque lo había hecho por ella y por la posibilidad de estar juntos. Y, de algún modo, tendría que permanecer con vida.

—Soy un *made man* —dijo—. Y no necesito haber estado en la mafia durante años para saber que Luca no es leal como un perro. De lo contrario, no estaríamos teniendo esta reunión.

Leo arqueó una ceja y ocultó una sonrisa antes de dar un paso hacia atrás.

Channing soltó un suspiro y estudió a Luca, que se encontraba de pie y lo miraba con tranquilidad, con la espalda erguida y las manos apretadas. Por extraño que fuera ese encuentro, con tantos

hombres apuntando armas y en un depósito decrépito cubierto de nieve, esa situación era similar a un gerente general teniendo una reunión con un empleado que estaba descuidando sus responsabilidades. Eso era un asunto de negocios, y Channing había tenido muchas reuniones de ese tipo.

—Y bien, Luca —comenzó Channing y se guardó el arma de Dan en la parte trasera de los pantalones de vestir—. Le debes doscientos mil dólares a la familia, ¿no?

Luca asintió con la cabeza sin cambiar la expresión

—Sí. El último cargamento de ATI GSG se vendió como pan caliente. Surtr tomó una buena decisión al comenzar a producir los rifles alemanes en Boston.

Channing se le acercó más.

—Y entonces… —Se detuvo a un paso de Luca y lo miró fijo a los ojos—. ¿Dónde está el dinero?

Luca se encogió de hombros.

—No tengo el dinero.

Parecía sereno y relajado, casi indiferente, con los hombros encuadrados y los pies separados. Pero la vena de la frente suave le latía acelerada, tenía los ojos algo agrandados y se mecía suavemente de un lado a otro. Estaba nervioso. Estaba listo para salir huyendo. A pesar de que los habían revisado en busca de armas, Channing se preguntó se tendría algo oculto en algún lado. Luca se golpeaba el dorso de la mano con el dedo índice, como si sintiera el impulso de tomar un arma y defenderse.

Channing soltó una carcajada.

—No tienes el dinero. De acuerdo. ¿Y dónde está?

Luca miró a Leo.

—No lo tengo, jefe. Mis distribuidores no me han dado las ganancias. Lo juro por Dios.

Channing aún no era una autoridad allí. Esa era la primera vez en la vida que veía a Luca, mientras que Leo era el líder del capo.

—Mientes —dijo Channing, y Luca lo miró con el ceño fruncido y una expresión de ira en el rostro. No le temía a Channing, le temía a Leo.

—No miento. ¿Quién mierda eres y por qué carajo debería reportarte algo a ti?

A espaldas de Channing, Leo se rio.

—Excelente pregunta. ¿Qué le respondes, Channing Hakonson?

Channing soltó una maldición por lo bajo. Sabía que ese era un sistema basado en el poder. En el mundo vikingo, el padre de Channing había heredado el título de *jarl* de su padre, pero sus hombres lo respetaban porque era uno de los mejores guerreros que conocían. Porque era un hombre poderoso y justo que protegía a su gente. Porque era un hombre de honor.

De manera perversa, la misma jerarquía aplicaba allí. El poder y la fuerza de la palabra de una persona lo eran todo, aunque esos principios estuvieran manchados por los crímenes que cometían. Esas personas le servían al modelo de negocios equivocado. Pero seguían siendo guerreros, y seguían un código de conducta como en cualquier organización militar o policial. Channing tenía que demostrarles que era uno de ellos.

—Puede que sea nuevo aquí —repuso—, pero eso no quiere decir que me deje engañar. —Se volvió hacia uno de los matones que lo había llevado allí—. Ottavio, tráeme el estuche del maletero.

El aludido asintió con la cabeza y se dirigió a la camioneta.

Channing se volvió hacia Luca.

—Mientes porque tú mismo me lo has dicho de cierta forma. Conozco a los hombres como tú. He despedido a varios a lo largo de los años. —Asintió hacia la pared desmoronada del depósito—. El mundo se está hundiendo en el caos, y crees que te puedes salir con la tuya. Pero no puedes. No te lo permitiré.

Sintió que alguien lo miraba fijo como si se encontrara debajo de un microscopio, y dirigió la mirada hacia los hombres que se encontraban detrás de Luca. Cuando se detuvo en un rostro familiar, se quedó petrificado. Al principio, no pudo comprender quién era de la conmoción. Alto, atractivo, con pómulos altos y ojos verdes pálidos… Nick Murphy. El ex de Ella. Un miembro de la pandilla irlandesa.

Channing no había estado involucrado en la mafia el tiempo suficiente como para conocer la política de las organizaciones

criminales, pero estaba seguro de que las pandillas irlandesas no deberían estar relacionadas con Luca. Nick lo observaba sin parpadear, como un animal salvaje, y seguía cada uno de sus movimientos. El pecho le subía y le bajaba acelerado bajo el costoso traje. Estaba afeitado y se había cortado el cabello. Nadie podría sospechar que no pertenecía a la mafia.

Channing miró a los otros dos hombres detrás de Luca. No había nada especial en ellos. Uno era un poco mayor y más grande y relleno, mientras que el otro era más alto y más delgado. Los dos llevaban puestos trajes y parecían bien arreglados. ¿Serían parte de la pandilla irlandesa también? ¿Por qué se encontraban allí?

A Channing no le gustaba eso ni un ápice. En especial porque Nick sabía con quién había estado el otro día. Si Nick decidía contarles que lo había visto con una policía, Channing sería hombre muerto, al igual que Ella y su familia. Una tensión gélida le ciñó el vientre y una capa de sudor le cubrió la espalda.

Durante unos instantes, se miraron fijo. Los dos sabían quién era el otro. Ninguno de los dos debía de estar allí. Y si uno de los dos traicionaba esa información, los dos acabarían muertos. La tensión se cortaba en el aire, como la capa delgada de hielo en el lago antes de caerse.

—Sé que mientes, Luca —le dijo Channing despacio—. Estás traicionando a la mafia. Y tú sabes mejor que yo lo que les sucede a los traidores.

Nick movió la mano al lado del cinturón, sin duda un reflejo para tomar el arma. Luca parpadeó y se inquietó. La pose de poder y protección se había roto. En cambio, pasó al ataque y le clavó un dedo en el rostro a Channing.

—No tienes ni idea de qué hablas. ¡No eres nadie! ¿Por qué alguien te iría a hacer caso?

Ottavio se detuvo al lado de Channing con el estuche. Channing le pidió que lo abriera y la espada destelló en la luz entre blanquecina y grisácea del edificio de hormigón cuando la tomó. Tanto el peso del arma como la sensación del mango de asta bajo los dedos y los hermosos patrones vikingos entretejidos le devolvieron algo. El poder. La fuerza. La furia casi sagrada.

Ese sujeto les había tendido una trampa. A Channing ya le había ocurrido eso en varias ocasiones. Su padre había lidiado con eso también, pero en la época vikinga, había proscrito a los traidores. No los mataba como era la costumbre de otros *jarls*, sino que los echaba de sus tierras y los declaraba fuera de la ley. En la época vikinga, eso los convertía en algo peor que esclavos. Cualquiera podía hacerle cualquier cosa a un bandido. Cualquiera podía matarlo o esclavizarlo sin temer castigo alguno. En las aldeas, se les negaba comida y refugio, y nadie les hablaba ni comercializaba con ellos.

—¿Qué mierda es eso? —preguntó Luca dando un paso hacia atrás.

Channing le apuntó el arma.

—¿Le estás mintiendo al jefe, Luca?

—No.

—Dime algo. Soy nuevo aquí, ¿de acuerdo? ¿Cuál es el castigo por mentir?

Luca tragó.

—Se corta un dedo.

Channing soltó una maldición por dentro. Lo cierto era que no deseaba mutilar ni tampoco matar a nadie. Apretó los dientes. ¿Hasta dónde estaba dispuesto a llegar con tal de detener el Ragnarök?

A Luca se le abrieron los ojos de par en par, y dio otro paso hacia atrás pálido. Nick y los otros dos hombres a sus espaldas intercambiaron miradas de preocupación con las manos rígidas listas para tomar las armas.

Ese día alguien moriría. En el inframundo de Boston, la mafia y las pandillas irlandesas eran contrincantes. Si Luca había llevado pandilleros a una reunión como esa, eso se trataba de una toma de poder hostil. Habían ido a destruir a la mafia. A matar al don.

Channing no tenía ninguna evidencia de eso, solo su instinto. Le apuntó la espada a la mano, y uno de los hombres sujetó la mano de Luca contra una caja.

—Genial. Entonces ¿quién compró las ATI GSG? Estoy seguro de que nos puedes decir eso.

Channing le acercó la espada a la mano.

—No lo sé. Algunas personas. Integrantes de bandas callejeras. Gente de Europa. Todo el mundo las quería.

—Gente de Europa. Alemania las produce, así que me imagino que no debe ser difícil comprarlas allí. ¿Por qué iban a comprarlas en los Estados Unidos? Con tanto trabajo para enviarlas al otro lado del océano…

—Los costos de producción de Surtr son bajos, pero la calidad es la misma.

—Hummm… Parece que son buenos tiempos para el negocio de armas. ¿Qué parte de Europa?

A pesar del frío, a Luca se le formó una gota de sudor en la frente.

—¿Qué parte de Europa, Luca? —repitió Channing más despacio y con calma le apretó el borde de la espada contra el dedo.

Luca tragó con dificultad y desvió la mirada por una décima de segundo. Hacia Nick. Por su parte, Nick frunció el ceño aún más, con el rostro rígido como una máscara. Channing apretó más la hoja, y una pequeña gota de sangre se formó en el borde de acero.

—Irlanda —gimió Luca.

Channing estaba en lo cierto. Había dado en la tecla. La mafia no le vendería armas a Irlanda. Se trataba de la pandilla irlandesa. Luca quería matar a los suyos. Hermanos matándose entre ellos… Incluso entre los criminales, los vínculos sanguíneos no significaban mucho.

Luca estaba dispuesto a matar al jefe de la mafia y mantener la relación comercial con Surtr Enterprises, comercializando armas a través de las pandillas. ¿Qué mejor momento para arriesgarse que en el presente, cuando el mundo estaba llegando a su fin? Channing se preguntó si el resto de la familia también sería un objetivo.

Despacio, Channing volvió la cabeza y miró a Leonardo para pronunciar una palabra casi en silencio: «Escóndete».

Leo dejó de fruncir el ceño al comprender. Entonces comenzaron a llover balas desde detrás de las cajas y las paredes, pero en lugar de agacharse y ocultarse, Leo salió disparado hacia adelante y sujetó a Channing del cuello y los ocultó detrás de un camión volcado.

Apoyaron las espaldas contra el camión mientras Channing respiraba entre jadeos. Su espada era inútil frente a las balas. Mientras las balas rebotaban a su alrededor, Leo extrajo el arma y miró desde detrás de una caja.

Su abuelo bien podría acabar de salvarle la vida.

—¿Estás bien? —le preguntó Channing recorriéndolo con la mirada.

Leo apuntó y disparó.

—Sí.

Tres de los hombres de Leo habían caído y yacían en charcos de sangre. Ottavio era uno de ellos, y ese podría haber sido Channing de no ser por Leo.

Durante una décima de segundo, se imaginó cómo sería tener familia allí. Lo que había visto el día anterior durante la cena no era cómo había imaginado a la mafia. Se había tratado de familia, niños, comidas compartidas y conversaciones acerca del día.

—La pandilla —jadeó Channing—. Uno de los hombres que estaba con Luca es miembro de una pandilla irlandesa. Nos iban a aniquilar. Debían de tener hombres esperando para emboscarnos. Los bastardos ocultaron hombres en el depósito antes de que llegáramos.

A Leo se le abrieron los ojos como platos.

—Mierda. Entonces tiene sentido que le haya vendido las armas a Irlanda. Pero ¿cómo lo sabías?

—Vi al sujeto hace poco robándole alimentos a las personas y lo oí alardear acerca de su pandilla.

Los hombres de Leo se estaban ocultando detrás de estanterías, maquinarias abandonadas, cajas y coches y les disparaban a las cabezas que se asomaban por las cajas cerca de la salida. Podría haber más enemigos afuera del edificio, pero Leo le apuntaba a Luca.

—Cúbreme —le dijo Leo—. Voy a eliminar a los malditos traidores.

Comenzó a gatear detrás del refugio, pero Channing lo jaló del cuello del abrigo.

—Ni en broma.

—¿Cómo que ni en broma? Solo le voy a disparar. ¡Cúbreme!

Hubiera sido mucho más fácil dejar que Leo saliera al peligro del espacio abierto, donde cualquier bala podría acabar con él. Entonces no tendría que preocuparse de que su abuelo viajara en el tiempo para salvar a Dan. Además, podría destruir la máquina para viajar en el tiempo con mucha más facilidad. Sin Leo Esposito, el mundo probablemente sería un sitio mejor. Pero Channing no podía permitirle hacer eso. A lo mejor no era la persona más humana, pero seguía siendo su abuelo… el único abuelo al que había conocido.

—No. Quédate aquí. Eso es un suicidio.

Los ojos verdes de Leo se tornaron más cálidos, y una sonrisa le asomó a los labios.

—Esto es como con Dan. Estaría teniendo la misma conversación con él. —Le dio una palmadita en la mejilla—. Mi chico. Ahora eres familia.

Con un gruñido entusiasmado, le dio una palmada en el hombro y le obsequió una sonrisa radiante. A pesar de las protestas de Channing, salió detrás del camión y, con una rapidez sorprendente para su edad, atravesó el espacio vacío del depósito a toda velocidad. Se ocultó detrás de unas estanterías metálicas, al tiempo que varias balas asestaban en el metal, a la altura de donde tenía la cabeza. Al siguiente instante, echó un vistazo entre las estanterías, apuntó y disparó. Nick cayó detrás de un contenedor y no se movió. Un charco de sangre se formó alrededor de su cabeza.

Los matones de Luca lo vieron y salieron huyendo. Los hombres de Leo lo siguieron. Cuando no se oyeron más disparos, Leo salió de detrás del refugio y se acercó a Channing, que se puso de pie.

—Buen trabajo, chico. Ni Dan hubiera podido asegurarnos que esta porquería nos había traicionado. Ven. —Lo abrazó por el hombro y avanzaron hasta la salida—. Por cierto, me gustó el truco de la espada. Pero no la vuelvas a traer. Ahora eres parte de la familia. Italiano. ¿No?

Channing apretó los dientes.

—Sí.

—De acuerdo. Vamos a cenar y te mostraré los libros. Me tienes que dar tu opinión. Eres un excelente hombre de negocios. Sin

dudas, lo has heredado de mí. Ahora, contigo a mi lado, construiremos un negocio increíble.

Un negocio que vendía armas y drogas ilegales a un mundo que ya estaba al borde del colapso…

Mientras caminaban y Leo seguía hablando, a Channing le subió la bilis por el estómago. Con cada momento que transcurría se sentía más sucio. A pesar de que ese día no había matado a nadie ni había cortado ningún dedo, solo sería cuestión de tiempo hasta que tuviera que hacerlo.

CAPÍTULO

DIECISÉIS

Ella se aferró al volante. Los hombres se estaban disparando, y las balas rebotaban sobre el hormigón. Varios cayeron. Muchos murieron.

La sangre teñía los bancos de nieve y los rastros de neumáticos que habían dejado las camionetas que habían llegado antes al depósito. Uno de los hombres que había aparecido en el segundo grupo de vehículos era Nick.

Nick y Channing se encontraban dentro del depósito. Junto con docenas de hombres con armas, y lo único que podía hacer era sentarse y ocultarse con la esperanza de que nadie la viera. Consideró llamar en busca de apoyo, pero esperaba que Channing pudiera negociar la paz entre ellos… Si la policía llegaba, de seguro habría más tiroteos. Y Channing quedaría en el medio. También consideró extraer el arma para emboscarlos y arrestarlos o hacer algo al respecto… Pero eso sería muy tonto. Los hombres de Nick debían ser parte de la pandilla irlandesa. Se enfrentaría a ellos sola. Bueno, no todos. Channing estaría de su lado… ¿Cierto?

Tenía que hacer todo lo posible para salvar a Channing. Para protegerlo. ¿Quién sabía qué haría al verla en peligro? Quizás hasta terminaba muerto.

Por eso, como una tonta, aguardó. No pasó mucho tiempo, quizás unos cinco o diez minutos, antes de que comenzara el tiroteo. Los primeros disparos provinieron del interior, pero luego vio a varios hombres que se acercaban arrastrándose desde otro

estacionamiento con las armas en alto. Serían unos diez… o veinte y se ocultaron detrás de las paredes cubiertas de hollín, agachados, antes de entrar y comenzar a disparar.

¡Bang!

¡Bang!

Ella se quedó sentada con impotencia, intentando ocultarse, cuando todos los instintos le pedían a gritos que corriera dentro a proteger a su hombre. El corazón se le aceleró. La adrenalina le cubrió la piel de sudor.

Los recién llegados comenzaron a huir. Algunos recibieron disparos y cayeron. Otros murieron. ¿Channing estaría entre ellos? Ella estaba prácticamente temblando y no podía quitarles la mirada de encima.

Luego se hizo el silencio. Era un silencio tan absoluto que podía oír el corazón latiéndole acelerado en las orejas. Le galopaba salvaje. Las manos con las que sostenía el arma estaban sudadas, y los dedos le dolían de apretarla tanto.

De pronto, los hombres de la mafia salieron del edificio. Algunos iban heridos, mientras que otros cargaban cuerpos sin vida. Ella reconoció uno de los cuerpos. Era Nick Murphy. Una profunda conmoción la embargó, aunque había sabido que eso podía acabar de ese modo.

Luego, con su espada en la mano, Channing salió al lado de Leo Esposito, que sostenía un arma. Tenían las cabezas casi pegadas y conversaban. Leo hacía gestos entusiasmados con las manos. Parecían dos jefes discutiendo un nuevo acuerdo importante.

Algo destelló en la otra mano de Channing… ¡Un arma! Oh, cielos, ¿acaso habría matado a Nick? La sospecha fue como si una bomba le hubiera explotado en la mente. Channing había estado celoso de Nick y había amenazado con matarlo. Se había reunido con la mafia, pero no le quería decir lo que había pasado. La mirada oscura, acechada y reservada… La había traicionado. La mente se le destruyó como un cristal hecho añicos. ¿Y el juramento que le había hecho? ¿Acaso no le había dicho que la amaba? ¿Habría mentido acerca de eso también? ¿Y todas las promesas de hacer lo que fuera necesario por ellos? ¿Habrían sido mentira? ¿Acaso el Ragnarök lo

estaría convirtiendo en un monstruo? ¿En un asesino? ¿En un hombre de la mafia?

—Maldito seas, Channing —masculló Ella—. ¿Qué has hecho?

De repente le sonó el teléfono con un tono de llamada que parecía el estallido de una sirena.

—¡Mierda!

Se guardó el arma en el estuche debajo de la chaqueta con las manos temblorosas. Tenía las palmas tan sudadas que no podía alcanzar el teléfono dentro del bolsillo. El aparato no dejaba de sonar. «Por favor, que no lo oigan. Que no lo oigan».

Mientras seguía buscando el teléfono, alzó la mirada. Aún no lo habían oído. Se dio vuelta y por fin lo alcanzó… pero apretó sin querer el codo contra el claxon. Con el teléfono en la mano, se quedó petrificada y apagó el sonido.

Cuando alzó la vista, encontró a Channing, Leo Esposito y unos veinte hombres más de la mafia con la mirada fija en ella.



—¿Y esa quién mierda es? No puede ser la policía, no se atreven a venir aquí… —murmuró Esposito—. ¿Será alguien de Luis? Pero ¿una mujer? —Extrajo el arma y la alzó—. Oye, Angelo, ve con los chicos. Vean qué pasa con ese vehículo.

Mientras cuatro matones extraían las armas, Channing sintió un abismo que se abría bajo sus pies. «Ahora no. ¡Maldita sea, ahora no!». Una ola de pánico se apoderó de él, pero intentó hacerla a un lado y controlarse para pensar con claridad. Tenía que mantenerlos alejados de ella. Necesitaba que Ella se marchara.

—¡No! —Hizo un ademán con el arma de Dan Esposito—. Atrás. Yo iré a ver.

—¿Atrás? —Leo frunció el ceño—. ¿Qué es esto? No tienes que ser un héroe. Tenemos un ejército para protegerte. Vamos chicos, vayan.

Maldición. Los hombres extrajeron las armas y comenzaron a avanzar hacia Ella. Channing se apresuró a interponerse en su

camino.

—He dicho que no.

Los dientes de Leo destellaron cuando los apretó.

—Tú no te opones a mis órdenes. Y no me engañas. Adelante, Angelo.

El aludido pasó por delante de Channing y lo golpeó en el hombro. Acto seguido, alzó el arma y se la apuntó a Ella. Channing lo persiguió y se detuvo entre Leo y Ella. Debía estar perdiendo la razón.

«Haré lo que sea por detener el Ragnarök… Haré lo que sea por estar juntos…». La promesa le produjo un escalofrío debajo de la piel y un dolor febril en los músculos. «Lo que sea…».

La sonrisa de Leo se desvaneció y se puso pálido. Un músculo se le tensó debajo del ojo.

—Apártate de mi camino.

—Esto podría ser peligroso para ti —le dijo Channing.

La puerta del coche a sus espaldas se abrió y se cerró, y oyó los pasos rítmicos sobre la nieve mientras Ella avanzaba hacia ellos. «¡No!». Con la ira olvidada, Leo la observaba desde detrás de Channing con gran curiosidad.

Channing cerró los ojos un instante y dejó caer el mentón contra el pecho. Tenía que calmarse y recuperar el control de la situación. Tenía que protegerla sin importar más nada. Si Leo descubría que era policía…, lo matarían primero a él y luego la matarían a ella. Y a su familia.

Channing se volvió hacia Ella, que tenía una sonrisa radiante en el rostro. Llevaba el cabello dorado sujeto en un moño en la nuca.

—¡Hola! —Movió la mano—. Lamento entrometerme así.

Leo y sus hombres la observaron con disimulo, al tiempo que Ella entrelazaba los dedos con los de Channing y le daba un beso en la mejilla.

—Soy Ella, la prometida de Channing.

«¡No!».

Leo arqueó las cejas hasta el nacimiento del cabello.

—¿La prometida? Bueno, es un placer conocerte. Soy Leo. —Guardó el arma y le ofreció la mano al tiempo que esbozaba una

sonrisa encantadora. —El padre de Channing.

«¡Maldita sea!».

Al igual que Leo antes, Ella arqueó las cejas, visiblemente sorprendida, y le apretó la mano con un gesto automático. Ella parpadeó y miró de reojo a Channing casi fulminándolo con la mirada. A lo mejor creía que era una coartada que se le había ocurrido. ¿Qué pensaría si le dijera que era verdad, que tenía conexión de sangre con la mafia?

—Es un placer conocerte. Disculpen. Estaba preocupada por él y vine a buscarlo.

—¿Cómo lo encontraste? —le preguntó Leo.

Ella soltó una risita e hizo una mueca antes de darle un empujón juguetón a Channing en el pecho.

—Oh, bueno, una mujer nunca revela sus secretos.

Leo le sonrió.

—Sí, corazón, pero en este caso, será mejor que lo hagas porque es un tema de seguridad. Nadie debía estar al tanto de esta reunión.

Ella se aclaró la garganta nerviosa y clavó la mirada en los zapatos.

—Eh… Sí, bueno… —Miró a Channing por debajo de las cejas y apretó los labios antes de acercarse a Leo y añadir en voz más baja —: A veces, me preocupa que me engañe… Y hay una *app* que se llama «Encuentra a tu marido». Él no lo sabía, pero ahora has arruinado mi coartada… así que…

Channing contuvo una maldición. No sabía que Ella podía actuar de ese modo. Esa mujer era un regalo del cielo.

Leo le ofreció una sonrisa torcida.

—Bueno, eres casi familia, ¿no? ¿Por qué me resultas familiar? ¿Te he visto en algún sitio?

Claro que la había visto. Ella había sido una de las agentes que había participado de la redada en el puerto para arrestar a Channing. Le había disparado a la gente de Leo, que había ido a recolectar las drogas que habían contrabandeado dentro del reactor nuclear.

—Oh, probablemente cuando visito a Channing en su oficina. — Envolvió los brazos alrededor del de Channing y le apoyó la cabeza

sobre el hombro.

Leo frunció el ceño.

—Puede ser. Bueno, Channing, tienes una prometida encantadora. Ojalá me hubieras hablado de ella. Ven, Ella, tenemos que conocerte mejor. Déjanos terminar nuestros asuntos acá y espera en el coche. Quiero darte la bienvenida a la familia y saber todo de ti.

CAPÍTULO

DIECISIETE

—¿Qué diablos estabas pensando? —gruñó Channing por lo bajo.

Ella miró las cabezas de los dos matones en el asiento delantero. Ninguno se movió ni dio ninguna indicación de haberlo oído. Leo se encontraba en el coche que iba detrás de ellos.

Conducir por las calles cubiertas de nieve alargaba los tiempos de transportación, aun si los vehículos contaban con cadenas en los neumáticos. Ella vio las casas de Dorchester por la ventanilla. A unas cinco manzanas de allí, a la derecha, se encontraba la calle Ripley, donde estaba su casa.

Ese no era ni el sitio ni el lugar de discutir el asunto, pero la ira le hervía en la boca del estómago. Estaba herida por el engaño de Channing. Sentía un hueco dentro que se abría y la desgarraba. Estaba sola. Nuevamente. La habían dejado. Había quedado abandonada.

Al final, resultó que él no era su hogar. Sin embargo, no podía hablar de eso ahora. No lo haría. Era más lista.

—Me mentiste. —Las palabras le salieron de la boca antes de que pudiera detenerlas—. Me traicionaste.

Uno de los matones le arrojó una mirada afilada a través del espejo retrovisor, y Ella se mordió la lengua.

—¿Lo mataste? —le preguntó en un susurro.

Channing no la miró. El mentón se le tensó, y el perfil se le convirtió en una máscara pétrea. A pocos metros de ellos, tres lobos

cruzaron la calle. Uno de ellos llevaba algo envuelto en un trapo ensangrentado en la mandíbula. Se detuvieron un momento, miraron la camioneta con las orejas paradas y siguieron corriendo.

Los lobos, que jamás se habían visto en la ciudad antes de que Channing construyera la máquina para viajar en el tiempo, se comportaban cada vez más como si Boston fuera parte de la naturaleza. Como si estuvieran corriendo entre los árboles en el bosque y no entre casas.

—Malditos lobos —masculló uno de los matones—. Aunque es una excelente temporada de caza. Estaban olfateando alrededor de mi casa, y les disparé a tres en el pórtico anoche con mi hermano. Y después le disparé a mi hermano porque intentó llevarse al lobo que había matado.

Los matones se rieron, y a Ella se le erizó el vello de la nuca. «Hermanos matándose entre ellos. Otra vez, no».

—Hay lobos en todos lados —dijo el conductor—. Mi primo en Italia dijo que ellos también los tienen.

—Todo el maldito mundo necesita armas —dijo el primero con un tono sombrío—. Pronto, la gente comenzará a cazar personas. Hay guerras por todos lados.

—¿Qué guerras? —preguntó Channing.

El matón lo miró a través del espejo.

—¿Dónde vives? ¿En una cueva? ¿No has visto las noticias?

A Ella se le tensó el estómago. Había estado tan exhausta la noche anterior, que se había quedado dormida sin mirar el móvil.

—No —repuso Channing.

Probablemente, estaba demasiado ocupado con los negocios sucios que estaba haciendo con Leo Esposito como para prestarle atención a las noticias.

—Se acaba de desatar una guerra entre Corea del Norte y China. Nueve barcos zarparon esta noche llenos de armas y explosivos de Surtr Enterprises. Tres barcos más zarparon con dirección a Sudáfrica y, desde allí, se transportarán las armas a otros países del continente africano. Todos roban lo que queda de alimentos y luego se echan la culpa entre todos por las enfermedades y el hambre.

Dos barcos zarparon hacia Brasil, y el resto a Rusia. Kazajistán atacó la frontera rusa.

Ella tragó con dificultad. Estaba tan ocupada intentando lidiar con el crimen en la ciudad, que no le había prestado suficiente atención a lo que estaba ocurriendo en el resto del mundo. Surtr estaba involucrado en el tráfico de armas… y en una escala enorme…

A Channing se le tensó todo el cuerpo a su lado, y miró hacia atrás para ver la camioneta de Leo.

—¿Cuánto falta para llegar?

—¿Con este clima? ¿Media hora quizás?

Ella miró el móvil, que había silenciado. La llamada que la había delatado frente a la mafia había sido de la comisaría. ¿Cómo estaría Ricardo? ¿La habría llamado él o se trataría de otra persona que se preguntaba a dónde habría ido? Cielos, si descubrían que Channing estaba en la mafia… y que ella se había involucrado con él… Apagó el móvil.

—¿Media hora para ir a Cape Cod? —le preguntó Channing—. No puede ser.

—No vamos a Cape Cod.

Channing apretó el puño en el regazo.

—¿Y a dónde mierda vamos?

—A Back Bay. La casa de Daniel.

Channing se puso pálido. Daniel… ¿Y ese quién sería? ¿Algún miembro de la familia Esposito? A Ella se le aceleró la mente hasta que lo recordó. El infame ex jefe de la mafia de Boston, el que había sido asesinado con una espada hacía dos años en su yate en la marina. Con una «espada», no con un arma, ni con un cuchillo…

Daniel era el hijo de Leo, y debía de ser el hermano de Channing…

Ella miró a Channing, que le sostuvo la mirada.

—¿Leo es tu padre de verdad? —le preguntó en un susurro.

Los ojos de Channing se veían duros y oscuros.

—Dan era mi padre, Ella —le murmuró sin quitarle la mirada de encima—. Leo es mi abuelo.

Ella tomó una profunda bocanada de aire que no le llenó los pulmones. Al parecer, al final del mundo, tanto ella como Channing

estaban destinados a encontrar sus raíces. Las de ella yacían con uno de los seres más poderosos del mundo: una norna. Las de Channing, con uno de los hombres más poderosos de Boston: el jefe de la mafia.



CHANNING SE PARÓ entre Ella y Leo rodeado de matones. El chirrido de la reja de hierro abriéndose ante ellos era como una sierra cortándole los nervios. Al otro lado de la reja, al final de un jardín cubierto de nieve, unas pisadas viejas conducían al sendero derecho que acababa en una mansión de arenisca oscurecida. En el pasado, la avenida Commonwealth, en Back Bay, solía cobrar vida con el rugido de los automóviles circulando, los transeúntes y las personas que paseaban a los perros, pero ahora se encontraba desolada.

En el pasado, había sido un vecindario majestuoso, con varias filas de edificaciones de arenisca de tres plantas que ahora tenían las ventanas rotas. Las grandiosas escalinatas de entrada conducían a puertas quemadas o rotas. Entre los pórticos, había vagabundos frente a fogatas quemando los costosos muebles que habían sacado de las casas. La mayoría de las personas que podían permitirse huir de la ciudad, se había marchado a las casas de verano.

La mansión de Dan era una excepción. Una declaración. Como jefe de la mafia, no pertenecía a la clase alta de Boston, en la calle elitista en la que cada casa tenía una historia. Pero Channing no tenía ninguna duda de que allí era donde su padre narcisista había escogido demostrar que no necesitaba encontrarse entre la elite de Boston para ser mejor que todos los demás.

Por Odín, ¿acaso ese sería el sitio en el que su madre había estado cautiva? ¿El mismo en el que Dan había abusado de ella? ¿Sería allí donde lo habían concebido?

La nuez de Adán en el cuello de Leo subió y bajó. De repente, se puso pálido, y el rostro atractivo y envejecido pareció momificado y curtido.

—Sigo aguardando a que abra esa puerta y nos salude. —Alzó la mano—. Aguarden. En cualquier momento…

El silencio se hizo entre ellos. Todos clavaron la mirada en la casa. La preocupación le produjo un cosquilleo en la nuca a Channing. Un cuervo graznó encima de sus cabezas, y una ráfaga de viento movió las ramas negras de los árboles al otro lado de la reja.

—Ese es su coche. —Leo asintió con la cabeza hacia el parachoques rojo que sobresalía de la nieve—. Solo él se atreve a conducirlo.

Pero Dan estaba muerto. ¿Por qué necesitaba el recordatorio? Leo no podría ya haber reparado la máquina en el tiempo, viajado al pasado y evitado la muerte de Dan… ¿Cierto?

Leo empujó la reja y caminó entre la nieve hacia la casa. Estaba inclinado como un signo de interrogación oscuro, con los brazos metidos en los bolsillos del abrigo de lana.

Mientras el resto del grupo lo seguía, y Ella y Channing caminaban a la par, Ella se le acercó para susurrarle:

—Tienes mucho que explicar.

No solo tenía mucho que explicar. Tenía que protegerla. Algo iba mal. ¿Por qué habían ido allí? ¿Por qué se encontraban en la casa de Dan?

—Confía en mí —le pidió en un susurro.

Ella soltó un bufido.

—Eso es muy difícil luego de hoy.

—Ya lo sé. —La miró a los ojos—. Pase lo que pase, eres mi prioridad.

Durante unos instantes, no le respondió nada. Miró hacia adelante mientras subían los escalones, enterrando las botas en la nieve con cada paso que daba.

—Ya lo veremos.

Channing acababa de abrir la boca para decirle que lo era, para asegurárselo, pero Ella le pasó por delante y entró en la mansión. Las sombras detrás de la puerta se la tragaron.

Channing soltó una maldición por lo bajo y fue tras ella, pero se tropezó con una capa de hielo enterrada en la nieve y perdió el

equilibrio. El mundo se le dio vuelta, pero alguien lo sujetó del codo con una fuerza sorprendente. Leo.

—Ten cuidado. No quieres caerte y quebrarte el cuello.

Channing asintió con la cabeza, aunque la inquietud lo embargó como una enfermedad.

—Gracias.

Leo lo soltó y entró en la mansión. Channing lo siguió.

En el interior, había una majestuosa escalera de madera que se alzaba dos plantas más. Para su sorpresa, el interior era moderno y elegante. Cuando Leo encendió la luz y el vestíbulo de entrada quedó iluminado, las superficies de los enormes cuadros abstractos destellaron. Sobre el parqué, no había ni una partícula de polvo. El lugar olía a madera pulida y humo de cigarrillo. Channing notó un cenicero de cristal con varias colillas sobre un aparador. En algún punto de la casa, se encendió la música, y oyeron unas suaves notas de jazz.

Se llevó la mano al arma que llevaba en los pantalones, al tiempo que Ella sujetaba la Glock que llevaba debajo de la chaqueta.

—¿Hay alguien en la casa? —Preguntó con su voz de policía.

Leo entrecerró los ojos para mirarla unos instantes.

—Esto es lo que le gustaba a Dan. Hay sensores, de modo que la música se enciende cuando entra alguien. Jamás lo cambié.

Algún tipo de electrodoméstico pitó desde detrás de las paredes.

—Vengan —les dijo Leo antes de atravesar el arco de entrada a la derecha. Luego se volvió para añadir por encima del hombro—: Quédense aquí, chicos.

Entraron en lo que pareció la cocina de un cocinero profesional, con electrodomésticos de acero inoxidable y ni una sola mancha de grasa o partícula de polvo. Las frutas que había en un centro de mesa sobre la isla de la cocina eran frescas y, cuando Leo abrió la nevera, vieron que estaba llena de alimentos.

—¿Cómo es posible tener todo esto en pleno apocalipsis? —Ella miró alrededor—. ¿Hay alguien viviendo aquí?

—No. —Leo apretó uno de los botones de la máquina de café, que soltó un zumbido antes de moler los granos de café. El aroma a

café molido quedó pendiendo en la cocina. Leo tomó una tabla de madera de una de las alacenas y preparó una selección de quesos.

Luego se llevó un trozo a la boca y lo masticó.

—El gorgonzola era su queso favorito. Es curioso. Nunca me gustó hasta que lo perdí, y ahora es el único queso que disfruto comer.

Colocó uvas sobre la tabla, al lado del queso. Ella tragó con dificultad al ver los alimentos. Con la escasez de comida y el viaje a la época vikinga, no había comido frutas frescas en varias semanas. Y no era la única. ¿Qué había de los niños que necesitaban nutrientes para crecer? ¿Y las mujeres embarazadas? ¿Y los ancianos? A pesar de todo, la mafia tenía una nevera llena en una casa vacía en la que no vivía nadie.

Leo extrajo un alargado cuchillo de pan del taco para cuchillos y deslizó una hogaza de *ciabatta* sobre la tabla de cortar.

—Su madre hacía la mejor pasta casera. La mejor. Todas las madres son excelentes en algo, ¿no, Channing?

Channing sintió la fría superficie de la isla de la cocina debajo de la mano al tomar asiento. ¿Acaso la cabeza de su madre se habría golpeado contra ese borde tras sufrir el abuso de Dan? ¿Alguna vez habría intentado tomar un cuchillo para protegerse? Le gustara o no, esa casa era parte de su oscura y perversa historia. Si su mera existencia era un error, esa casa probablemente era donde ese error había ocurrido.

Ella se sentó a su lado y arrancó una uva para llevársela a la boca. Mientras la masticaba, cerró los ojos unos instantes.

—Sí, todas las madres son excelentes en algo —acordó al final.

El cuchillo rozó la tabla mientras Leo cortaba el pan.

—Se puede descubrir mucho acerca de un hombre no solo al saber cómo es su padre, sino cómo es su madre.

La madre de Channing era una curandera y el ser humano más altruista que había conocido. Sin embargo, él era egoísta, y su ego guiaba cada paso quedaba. ¿Sería ese el legado de su padre biológico? Por Odín y Thor, ¿sería más similar a su padre violento de lo que jamás había deseado ser?

La corteza del pan crujía mientras Leo seguía cortando más trozos.

—Sé quién era tu madre, Channing, pero ¿quién es tu madre, Ella?

Ella se quedó petrificada con una uva de camino a la boca y miró a Channing. Vio el reflejo de Leo, que los observaba desde una de las alacenas. Ella masticó despacio y tragó.

—No la conocí bien.

Leo acomodó los trozos de *ciabatta* en la tabla.

—Hummm, una mujer con una madre perdida.

Channing apretó el puño sobre la rodilla.

—¿Y qué importa?

Leo cortó los trozos de pan a la mitad.

—La madre de Dan siempre estaba allí, presente. Le dio el pecho. Jamás lo envío a una guardería. La pobre Martha había perdido muchos embarazos, y él era el único hijo que tuvo. Como una verdadera madre italiana, quería que se sintiera como un rey. Jamás lo hubiera abandonado. Bajo ninguna circunstancia.

Tomó la tabla y, con el cuchillo aún la mano, la colocó sobre la isla de la cocina.

—Y jamás hubiera traicionado a la familia. —Le ofreció la tabla a Ella al tiempo que la miraba fijo a los ojos—. Mucho menos con la policía.

Ella tomó un trozo de pan y lo masticó. Sin flaquear ni apartar la mirada, repuso:

—Yo jamás traicionaría a nadie.

Debajo de la mesada, cerró la mano en un puño.

Leo apoyó la tabla sobre la isla y dejó el cuchillo a un lado sin quitarle la mano de encima.

—¿Sabes lo que le hacemos a quienes traicionan el voto?

Ella tragó con dificultad.

—¿Los matan?

—No.

Channing sabía la respuesta, y la sangre se le congeló. Al diablo con todo. Si Ella no lo hubiera seguido, Leo no estaría amenazando a Ted, Bryan y Gloria.

—Ella no traicionará a la familia con la policía.

Leo movió el pulgar contra la hoja del cuchillo bajo la palma.

—La mayor motivación para mantener a alguien en línea no es amenazar su propia vida. Daría lo que fuera porque el asesino hubiera acabado con mi vida en lugar de la de Dan.

—Leo… —gruñó Channing.

La mirada fría de Leo se posó sobre él.

—¿Qué darías tú por mantener la vida de ella?

La respuesta era que lo daría todo. Lo que fuera. La epifanía lo azotó como una bofetada. ¿Eso significaba que estaría dispuesto a renunciar a la relación que tenía con ella? No. Ese era el motivo exacto por el que había estado luchando, ¿no? Si no la tenía, no tenía un hogar. Durante todo el tiempo, durante toda su vida, de hecho, no había pertenecido a ningún sitio. En la época vikinga, no era un vikingo. Y en el siglo XXI, no era un hombre moderno. Ella era la única persona que lo hacía sentir él mismo. La única persona que era como él. Ella era la esencia de su sangre, la materia de su alma y el núcleo de sus células.

—Deja de amenazar a mi futura esposa.

—Cálmate, cachorro. Eres como tu difunto padre, con esos estallidos de ira y temperamento de lo más corto.

El estómago le dio un vuelco, y le subió la bilis. ¿Era como su padre? No quería parecerse en nada a él. Y quería que Ella, de todas las personas, lo supiera. La miró, pero ella no despegó los ojos de Leo.

Leo se volvió hacia la cava y extrajo una botella negra.

—No empieces a arrojar botellas contra la pared como lo hacía él.

Leo abrió otra alacena y extrajo tres elegantes copas de vino que colocó sobre la isla de la cocina delante de Ella y Channing.

—Todo este negocio… la mafia… no es nada sin mi hijo. —Apuñaló la etiqueta que rodeaba la boca de la botella con un pequeño cuchillo y la cortó—. Lo he construido todo para la familia. Para él. Para los niños. —Miró a Channing—. Para ti.

A Channing se le tensó el mentón. «Para ti…». Él no necesitaba nada de eso. Ese negocio estaba construido sobre la miseria de

otros.

Leo enterró el abridor de vinos en el corcho y, mientras lo giraba, se oyó el chillido del material.

—¿Alguna vez piensan en el destino?

Channing contuvo la respiración y supo que Ella también. Estaba congelada, petrificada como una estatua de carne y hueso.

—Todo el tiempo —respondió Ella.

Leo extrajo el corcho, que hizo un ruido de pop.

—¿Alguna vez se preguntan si sus vidas hubieran sido diferentes, si hubieran estado en cierto lugar a cierta hora? ¿Qué habrían hecho para cambiar las circunstancias?

Ella tomó una profunda bocanada de aire.

—Más de lo que te imaginas.

Leo sirvió vino en las tres copas.

—Ese era su vino favorito. Tenuta dell'Ornellaia. Cada botella cuesta casi mil dólares. Solía beberlo con los proveedores de cocaína para endulzar el trato. A los colombianos les encanta el *chianti*.

Acercó dos copas hacia Ella y Channing, luego tomó la suya y la rotó para observar el líquido oscuro girar alrededor de la copa y deslizarse por las paredes con gotas púrpuras.

—Echo de menos los tiempos simples en los que solo tratábamos con cocaína. El tráfico de armas es un asunto mucho más complicado.

Se acercó la copa a la nariz e inhaló el aroma cerrando los ojos.

—*Dio*, huele como mi hijo —murmuró antes de mirar a Channing —. Los colombianos no me temen como le temían a él. No hay vino que pueda endulzar un trato ahora. Luca jamás se hubiera cambiado de bando si Dan estuviera aquí. Mi hijo era el puño de hierro que mantenía todo unido. Y que me mantenía a mí unido.

Bebió un pequeño sorbo, tomó aire a través de una redondeada *o* y tragó cerrando los ojos.

—Dan, Dan… —Dejó caer la cabeza y susurró—: Juro que sigue presente en alguna parte de esta casa, observándonos. —Miró alrededor antes de enfocarse en Channing—. Ni siquiera se siente muerto. Jamás estará muerto.

Channing apretó los dedos alrededor de la copa.

—Pero lo está.

Leo negó con la cabeza.

—Por eso hablo del destino. Tú tenías que nacer en otra época para venir aquí y crear la máquina para viajar en el tiempo. Con esa máquina, regresaré y detendré su muerte. Y mataré al bastardo que lo asesinó.

Ese bastardo había sido la madre de Channing. Leo mataría a Mia, que había estado embarazada de Channing en ese momento.

Leo miró a Ella.

—Este es el tipo de familia con la que te estás casando, corazón. Una familia que detesta a la policía, que hace su propia ley y construye su propio destino. Una familia que desafía a la muerte. —Alzó la copa—. ¿Lo puedes digerir?

Ella alzó su copa y, mirando a Leo a los ojos, le respondió:

—Puedes apostarlo.

Luego de brindar, los tres bebieron un sorbo de vino, y Channing pensó que definitivamente podría digerirlo. Sin embargo, ¿cuánto tiempo pasaría antes de que Leo descubriera que Ella era una policía y su padre un expolicía? ¿Cuánto tiempo pasaría antes de que Leo enviara a matarlos a todos?

Prefería que le abrieran el pecho y le arrancaran el corazón a permitir que ocurriera eso. El único modo de protegerla de su abuelo sería hacerlo. Porque eso sería lo que sentiría si la dejaba.

CAPÍTULO

DIECIOCHO

En el camino de vuelta, los siguió un silencio de funeral.

Channing era un hombre de la mafia. Ella, una policía.

Cabía la posibilidad de que Channing hubiera matado a Nick Murphy, el chico con el que había crecido y con el que había salido.

Channing la había traicionado. Le había mentido. Y ahora, no solo ella se encontraba en peligro mortal, sino también su familia. Y la policía no podía hacer nada al respecto porque, como bien había dicho su padre, se encontraba más débil que unos gatitos.

Ella miró por la ventanilla del coche las calles cubiertas de nieve. En circunstancias normales, conducir de Back Bay al centro llevaba unos diez minutos. Ahora, circulando entre la nieve, cada minuto se extendía una eternidad.

Pasaron por delante de edificios con entradas forzadas y ventanas cubiertas con tablones de madera. En los callejones entre las edificaciones, vieron a varias personas acurrucadas alrededor de fogatas en contenedores de residuos. Un cuerpo yacía sobre la nieve. Dos hombres conversaban y agitaban las manos discutiendo y clavándose los dedos.

Si Ella no hacía algo para detener a Surtr y la mafia, ese tipo de discusiones pronto acabaría en tiroteos. La mafia estaba alimentando los conflictos mundiales y las guerras y contribuyendo al fin del mundo. Y Channing estaba contribuyendo al caos, en esta ocasión, por elección.

El dolor le desgarró el alma. Toda su vida, había tenido una herida que le había dejado la creencia de que su madre la había traicionado y abandonado. Channing la había hecho sentir completa. Le había mostrado que no tenía que sentirse de ese modo. Le había hecho creer que podía ser feliz. Que podía ser amada. La herida había comenzado a sanar. Se le había formado una costra y había comenzado a generar piel nueva. Y ahora volvía a abrirse. Ella seguía sintiéndose aterrada de confiar en la gente, pero había confiado en él. Y ahora la había hecho sangrar.

Mientras conducían por el centro y pasaban por delante de la comisaría, vio más gente acurrucada al lado del edificio. Buscaban protección que jamás llegaría. Los cuerpos eran como manchas negras sobre la nieve. La gente no sobreviviría a la congelación, el hambre y la hipotermia.

Miró a Channing, que miraba por la ventanilla con una expresión dura como una piedra. ¿Sentiría culpa? ¿Creería que todo eso se debía él? Una voz traidora le susurró: «¿Lo crees tú? ¿Y si nada puede detener el Ragnarök… excepto su muerte?».

Una parte de ella quería acurrucarse en sus brazos fuertes y grandes, abrazarlo y susurrarle que todo iba a estar bien. Sin embargo, ya no lo sabía con certeza.

Los dejaron en la cochera del edificio de Channing. Cuando el vehículo desapareció por la puerta, Channing avanzó hacia su coche. Sin volverse, extrajo las llaves.

—Ven, Ella. Te llevaré a casa.

—Tengo que buscar mi coche.

—Te lo traeré. No te quiero cerca de la mafia.

Ella no se movió. Había mantenido el autocontrol durante varias horas, se había dicho que tenía que hacerlo porque, de lo contrario, los matarían a los dos. No podía permitirse desmoronarse. Pero ahora que se encontraban a salvo, la embargó una sensación devastadora. Todo le arrasó la psiquis. El tiroteo. Los cuerpos. El cuerpo sin vida de Nick. Y Channing, sosteniendo un arma y una espada, caminando al lado de Leo Esposito. El aroma de esa cochera, a gasolina y goma, le dio náuseas.

—¿Lo mataste? —le preguntó con la voz ronca—. Hablo de Nick. Me dijiste que lo matarías afuera de la tienda.

Los ojos se le oscurecieron acechados.

—¿Cambiaría algo si lo hubiera matado?

—No lo sé. —El dolor le presionaba los pulmones y le costaba respirar—. Ahora eres un *made man*, ¿no?

Channing asintió.

—¿Eso es lo que no me querías contar?

Volvió a asentir en respuesta.

—¿Qué nos estás haciendo, Channing? Me enamoré de ti, en contra de mi buen juicio, en contra de mi deber como policía, en contra de mis instintos y de mi mente lógica. Confié en ti. Quería un futuro contigo.

Los ojos se le nublaron del dolor.

—¿Querías…?

Ella soltó el aliento en una nube de condensación.

—Sigo siendo una detective. Tú eras un director ejecutivo que hizo algo malo e importó un reactor nuclear para salvar a su familia. Podría haber vivido con eso, a pesar de lo imprudente que fue.

Channing dio un paso hacia ella.

—Ella…

—Ahora eres un verdadero criminal. Un traficante de armas. Quizás hasta un asesino. Lo quieras o no, ahora eres la fuerza del Ragnarök, Channing.

Channing se enterró los dedos en el cabello. Parecía un animal herido que no sabía cómo seguir luchando.

—Me vas a dejar.

No era una pregunta, sino un hecho.

—¿Qué se supone que debo de hacer? Tendré que reportar lo que he visto. Tendré que reportarte como miembro de la mafia. Te enfrentarás a cargos muchos más serios que importar material nuclear. ¿Cómo es posible que no lo hayas pensado antes?

Channing se veía como si lo acabaran de sentenciar a muerte y asintió con la cabeza.

—Estás haciendo lo que no he tenido las agallas de hacer, Ella. Tú y toda tu familia estarán más seguros lejos de mí.

«Lo eres todo. Todo…». A Ella le resonaron las palabras en la mente.

Channing apretó el botón, y cinco vehículos más adelante, las luces de su camioneta parpadearon. Abrió la puerta del acompañante y se volvió hacia ella. Tenía una expresión imperturbable y los ojos oscuros. Parecía la estatua de un dios de la guerra. La miró como si no fuera más la mujer a la que le había jurado lealtad, ni la mujer a la que le había pedido matrimonio. Ni la mujer a la que le había dicho que salvaría el mundo por ella. La miró como si no fuera nadie.

—Me lo prometiste. Me hiciste un juramento. Me juraste que tu lealtad estaba conmigo.

Los ojos de Channing registraron dolor por un momento efímero. Luego enderezó los hombros.

—Y lo está.

—No.

—Es solo cuestión de tiempo que descubra que eres policía. Bien podría estar escarbando tus antecedentes mientras hablamos.

Ella lo golpeó en el pecho con el puño.

—Estábamos juntos en esto. Creí que querías un futuro conmigo.

Channing la perforó con los ojos oscuros.

—Al parecer, estaba equivocado. No seré tu futuro. Seré tu fin. Mientras estés conmigo, siempre estarás en peligro. Y tu familia también.

Ella podía lidiar con el maldito peligro. Podía protegerse a sí misma y a su familia. Con lo que no podía lidiar era con la traición.

—Todo lo que has dicho ha sido mentira. Tu juramento. Tus promesas… Tus… tus palabras de amor.

Channing se quedó de pie inmóvil, con la boca apretada en una línea delgada debajo de la barba corta. Las fosas nasales se le dilataron mientras tomaba aire con la respiración agitada. Ella dio un paso hacia atrás, pero ese único paso abrió un abismo entre ellos.

—A decir verdad, me alegra que todo haya terminado.

Channing parpadeó dos veces.

—Me acabas de ahorrar varios años. Por más que hubiéramos derrotado el Ragnarök, al final me habría dado cuenta de que no

puedo confiar en ti. De que cometí un error. Irás a la cárcel, Channing.

Antes de que se le terminara de quebrar la delgada barrera del autocontrol que le quedaba, se dio la vuelta y avanzó hacia la salida. No sintió el suelo de hormigón debajo de los zapatos. No vio una columna y se chocó con ella con el hombro herido. El impacto le produjo un dolor cegador en el cuerpo.

Oyó los pasos de Channing a sus espaldas.

—Ella, déjame llevarte a casa.

—Encontraré el modo de regresar. Y no te preocupes por mi coche. Lo buscaré yo.

Que la condenaran, pero no le iba a dejar ver su dolor.

Al salir al aire gélido, pensó que ahora que había perdido al hombre que amaba, no le importaba si el mundo llegaba a su fin.

Lo único que la ayudaría a impedirlo era su familia. Tenía que detener el Ragnarök por Ted, por su padre, por Gloria, por el tío Mo, por la pequeña Pamela y por todos los demás en su familia y en el mundo. Se concentraría en hacer un buen trabajo para la policía e intentar mantener el mundo a salvo. Intentaría acceder a sus poderes y controlarlos.

Pero, por el momento, llamó a Ricardo.

—¿Me puedes venir a buscar?

CAPÍTULO

DIECINUEVE

Channing sujetó el volante y clavó la mirada en la pared blanca de la cochera delante de él. Desde que Ella se había marchado, se había subido al coche y se había quedado allí sentado intentando obligarse a conducir. Cada movimiento le dolía. Respirar le dolía. La herida sin fin que llevaba en el pecho le irradiaba el dolor de una quemadura de quinto grado.

Vio el inmenso dolor que le había causado y lo mataba como un veneno inyectado en el centro de su alma. Había detestado tener que hacerle daño, pero sabía que podía acabar con eso. Sabía que podía ponerle fin al Ragnarök. Y, cuando lo hubiera hecho y el peligro hubiera pasado, ayudaría a la policía a acabar con la mafia.

Luego, con Ella y su familia a salvo, se arrodillaría frente a ella para suplicarle que lo perdonara. Al final, se volvería a ganar su confianza. Pero cabía la posibilidad de que jamás lo perdonara. Aunque ocurriera eso, no sería peor que tener su muerte en sus manos. Tendría que vivir con eso por el resto de su vida.

Pero de momento, tenía que actuar. Ahora que se había ganado la confianza de su abuelo, por fin podía ponerse en marcha y destruir la maldita máquina para viajar en el tiempo. Apretó el botón de encendido de la camioneta e ignoró el dolor inflexible en el vientre. Condujo hacia el puerto.

Mientras conducía, encendió la radio.

—Se ha descubierto que Surtr Enterprises, la mayor fabricante de materiales para armas y explosivos, ha entregado grandes

cargamentos a organizaciones criminales de todo el mundo. Los oficiales del gobierno especulan con que estas organizaciones están creciendo gracias a lo que los científicos llaman el «apocalipsis climático», un enfriamiento global extremo que comenzó hace varias semanas…

Channing parpadeó. Ella tenía razón. Al unirse a la mafia, realmente se había convertido en la fuerza del Ragnarök. Había apoyado a Surtr Enterprises y el tráfico de armas. En las historias del Ragnarök que había oído de niño, Surtr era un gigante de fuego. Su destino era encender el mundo entero en llamas. Eso era exactamente lo que estaba haciendo Surtr Enterprises. Y él también. Pero no por mucho tiempo. Si destruía la máquina del tiempo, todo se detendría. O eso esperaba.

El matón de la mafia que vigilaba la puerta lo dejó ingresar sin ningún problema. Tal y como Leo le había prometido, todos sabían quién era Channing. El príncipe de la mafia.

Entrar en el edificio M05 fue más difícil. Le hicieron preguntas, y les dijo a los matones que vigilaban la edificación que le habían pedido que les preguntara a los científicos cómo hacer que el huso funcionara.

Cuando descendió las escaleras que conducían al sótano, una versión más delgada de Georgina y con los ojos inyectados de sangre alzó la mirada hacia él desde el ordenador portátil. Munchie estaba jugando al tres en línea sobre la pizarra. Para variar, no estaba masticando nada. Al llegar al último escalón, Channing alzó la mirada. Tres siluetas oscuras lo observaban desde arriba, con ametralladoras en los brazos, pero desaparecieron de inmediato.

—Jefe… —lo saludó Munchie.

Munchie tampoco se veía muy bien. Tenía unas sombras oscuras debajo de la piel de los ojos, y los hombros encorvados.

Georgina se puso de pie.

—¿Qué hace aquí?

Channing miró el huso. Era gigante e imponente, y era el motivo de todo lo que estaba ocurriendo. Se le vino a la mente el recuerdo de Ella tocándolo y desapareciendo.

—He venido porque tenemos que destruir esto —les dijo—. Deben saber cómo destruirlo.

Georgina y Munchie intercambiaron una mirada.

—¿Y Leonardo? ¿Acaso no quería que funcionara?

Channing alzó la mirada a la entrada del laboratorio, pero no vio a nadie. Sin embargo, eso no significaba que no los estuvieran oyendo fuera de la vista. Con cautela, se volvió hacia los científicos y les habló en voz baja:

—No podemos permitirle usar la máquina para viajar en el tiempo. Y para detener esto… el Ragnarök…, creo que la máquina es la clave de todo.

Los dos intercambiaron una mirada. Channing tomó una profunda bocanada de aliento y les contó todo. Les relató cómo lo habían concebido en el siglo XXI, pero había nacido en el siglo IX y crecido con los vikingos. Luego les habló de la profecía y todo lo demás.

Se sintió bien abrirse a las dos personas que habían sido imprescindibles para hacer la máquina para viajar en el tiempo. Y, cuando acabó, Georgina se golpeó el labio inferior con un dedo mientras lo miraba con el ceño fruncido como si fuera un rompecabezas que intentaba resolver. Munchie guardaba silencio con la mirada perdida en la pizarra.

—Y… —dijo señalándola con el marcador—. En realidad, eso explicaría la escritura extraña en la pizarra. Esa parte de la fórmula que apareció de la nada una noche.

—¿Qué cosa lo explicaría? —le preguntó Georgina volviéndose hacia él.

—Debe ser una de esas… nornas o como se llamen que lo escribió.

—Eso no tiene sentido —dijo Georgina—. Si las nornas tejen el destino de los hombres y los dioses, no lo cambiarían, ¿no?

—No lo sé. Creí que no. Pero también enviaron a mi madre al pasado.

—A lo mejor fue su novia, señor Hakonson —le dijo Georgina. Channing les había contado de los extraños poderes de Ella, y que

su madre era una norna—. Apuesto a que puede hacer más de lo que sabemos.

«Novia…». La palabra se sentía como si le hubieran volcado ácido encima. Ella no era su novia, y la echaba tanto de menos que le dolía.

—Sí. Bueno, sin importar quién la haya escrito, si la destruimos… —comenzó Munchie—. Mierda, jefe. Pero ¿eso significa que jamás podrá regresar con su familia? El punto de esto… —Con un gesto, señaló el huso.

Otra ola de dolor le retorció el corazón.

—Ya lo sé, pero hay que hacerlo.

Georgina le ofreció una sonrisa llena de empatía. Munchie se puso de pie y avanzó hasta el huso.

—No podemos permitir que Leo Esposito viaje en el tiempo y detenga la muerte de Daniel. Si lo hacemos, es posible que usted no exista… o que sea un niño de dos años.

Channing negó con la cabeza.

—Eso no es una opción. Tenemos que averiguar cómo destruir la máquina. ¿Qué tanto han avanzado arreglando los daños?

Georgina y Munchie intercambiaron una mirada, y Munchie dio unos pasos hacia él y le dijo en voz baja:

—No está rota.

Georgina sonrió y se encogió de hombros.

—Si no sabe cómo operarla…

Una ola de esperanza lo embargó.

—Pero ¿por qué decidieron mentir?

Munchie negó la cabeza.

—No pienso ayudar a la maldita mafia, jefe. De ninguna manera. No importa qué traman, está mal.

—Pero ¿y sus familias? Las amenazó.

—Mientras sigamos fingiendo que estamos trabajando, estamos bien —le dijo Georgina.

Channing se aclaró la garganta.

—Son unos héroes valientes y tontos. Pero tienen razón, hicieron bien en no permitirle usar la máquina. Sí. De acuerdo. ¿Y entonces qué? ¿Busco un hacha y ataco el aparato?

Munchie se rio entre dientes.

—Me gustaría verlo intentarlo. El oro es un metal suave, pero dudo mucho que pueda hacerle suficiente daño con un hacha.

Georgina añadió:

—Tiene que ser daño irreversible, algo que no se pueda reparar con facilidad. Algo sin lo cual Leo no pueda ni siquiera replicar la máquina.

—¿Tiene algún núcleo o algo? —preguntó Channing.

—No.

Channing miró la máquina. Las runas… Georgina, Munchie y él habían aprendido todo lo posible acerca de la mitología nórdica. Recordó algunas de las runas de la piedra al lado de la aldea de Lomdalen y otras del huso en las manos de la norna… la madre de Ella. Ahora decoraban el enorme huso de oro de la máquina para viajar en el tiempo y, al parecer, le daban poder.

—¿Y entonces qué? —preguntó—. ¿La derretimos? ¿Cómo lo haríamos?

Munchie se inclinó hacia adelante y se apoyó en el respaldo de la silla que tenía delante.

—Tengo una idea.

Georgina le sonrió.

—¿Es lo mismo que estoy pensando?

—¿Qué están pensando? —les preguntó Channing.

Munchie se rio con los ojos destellando.

—Esto puede sonar descabellado, y hay muchos factores que podrían intervenir con el proceso.

Channing se cruzó de brazos.

—Ya. ¿Qué es?

—Al final todos los años de investigar el oro, las runas nórdicas y las nornas entran en juego.

—Sí.

—¿Alguna vez se ha preguntado por qué tenía que ser oro?

Channing se encogió de hombros.

—Supongo que es un metal que no se corroe ni se oxida. Es bastante duradero, ¿no?

Munchie se enderezó y recorrió la habitación de un extremo al otro.

—Exacto. Así es. No se daña con facilidad. Es imposible destruirlo por completo sin radiación. Es posible dañarlo físicamente con fuerza, pero eso solo dejará marcas o lo deformará. Es posible derretirlo, sin dudas, pero es muy difícil de disolver. Y, sin embargo, hay un líquido que puede hacerlo.

—¿Qué? ¿Disolver el oro?

Georgina sonrió.

—Sí. El *aqua regia*.

—¿El *aqua regia*?

—Viene del latín, y significa agua regia —dijo Georgina—. Es una mezcla de ácido nítrico y ácido clorhídrico. Disuelve el oro, pero a paso muy lento. La máquina pesa dos toneladas.

Munchie asintió con la cabeza.

—Y el agua regia no destruirá el oro. Solo lo disolverá.

Channing pasó la mirada de uno a otro.

—Pero si disolvemos el huso, la máquina del tiempo dejará de existir.

—Sí —asintió Munchie.

—De acuerdo. ¿Podemos hacerlo? —les preguntó Channing.

Georgina tamborileó los dedos sobre la mesa.

—Por más que la disolvamos, puede ser recreada.

—¿Tienen documentación?

Georgina señaló el ordenador portátil.

—Sí, por supuesto.

Channing asintió con la cabeza.

—Destrúyanla. Que no quede ningún rastro.

Georgina miró a Munchie, que asintió con la cabeza.

—De acuerdo.

Munchie se aclaró la garganta.

—¿Sabe qué? Solo hay una forma de liberarse de la máquina por completo.

Channing soltó un suspiro.

—No usaremos el reactor nuclear para destruirla. Es demasiado peligroso.

Munchie asintió.

—Exacto.

—De acuerdo. ¿Cuánta agua regia necesitamos y cómo lo hacemos?

Georgina comenzó a tipear en el ordenador portátil. Al cabo de unos momentos, alzó la mirada hacia él.

—No le gustará mi respuesta. Va a tener que inundar el sótano con agua regia. Y el único modo de derretir el oro rápido es calentando el agua regia. O aguardar varios días a que se disuelva. Pero supongo que no tenemos varios días antes de que Leo se dé cuenta de lo que está pasando.

—Supones bien.

—Entonces, el único modo de generar suficiente calor es usando el reactor nuclear.

CAPÍTULO

VEINTE

El gigante huso de oro yacía de costado sobre el suelo del sótano, y las luces del techo destellaban sobre la superficie brillante. Lo habían sacado del eje para poder cubrir más superficie con menos líquido. Habían pasado cinco días con preparativos, en busca de un proveedor con suficiente agua regia y esperando a que tuvieran suficiente gasolina para enviar los camiones.

Mientras tanto, había seguido nevando en el mundo, el sol se había opacado y parecía un objeto antiguo bañado en oro, y habían llegado más lobos a la ciudad. Las pilas de cuerpos congelados al lado de la comisaría no dejaban de aumentar.

Los matones habían dejado que Georgina, Munchie y Channing entraran en el laboratorio del sótano sin ningún problema. Channing les había dicho que los estaba ayudando a arreglar el huso.

A pesar de todo, Channing no dejaba de experimentar gran inquietud en la columna vertebral. Si era honesto consigo mismo, había una parte de él que deseaba esa confianza. Una parte que deseaba la amistad y la sensación de pertenecer a una familia, a un clan. Una parte que quería sentirse parte de una comunidad, como la que había conocido en la época vikinga y había echado en falta durante los catorce años que había pasado en el siglo XXI. Pero solo era una pequeña parte de él. Sabía lo que debía hacer. Observar el mundo deshacerse y morir a su alrededor no era una opción.

Georgina le había dicho a Leo Esposito que necesitaban limpiar el oro con ácido para poder hacer las reparaciones y suavizar las runas.

Y le prometió que, tras eso, podrían usar la máquina para recuperar a su hijo. Pero el ácido podía resultar mortal si se respiraba, y tenían que mantener a todos alejados del edificio. Arriba, había un camión lleno de agua regia que hacía un bip frenético mientras retrocedía hacia la entrada abierta del sótano. Channing miró alrededor por última vez en busca de algo importante que se pudiera haber olvidado allí.

—Hemos quitado todos los papeles, los equipos y los ordenadores portátiles —le dijo Georgina.

—Al parecer, tenemos todo —añadió Munchie mirando alrededor.

La mirada de Channing aterrizó sobre el gigante cilindro de hormigón que contenía el reactor nuclear.

—Todo no.

Una capa de sudor frío le cubrió la espalda al imaginarse lo que podría pasar si los tres camiones con agua regia atravesaran el hormigón y entraran en el reactor nuclear. Sin dudas, destruirían el oro por completo, junto con toda la ciudad de Boston.

—¿Están seguros de que el hormigón no se verá afectado de inmediato?

—El daño severo solo puede ocurrir tras varios meses de exposición —le aseguró Georgina—. Con la cantidad de calor adecuada, el oro se disolverá para mañana a la mañana, y luego, volveremos a meter el líquido en los camiones para que se marchen.

Channing soltó un suspiro y masculló por lo bajo.

—Y cuando Leo se dé cuenta de que lo hemos engañado… Por el trasero de Odín. Prométanme que se marcharán con los camiones cuando hayamos terminado.

—No se preocupe, jefe —le dijo Munchie—. Nunca sabrá que tuvo algo que ver con esta idea. Si esto puede detener el infierno que se ha desatado en el mundo, todo valdrá la pena.

—Pero ¿y sus familias? —les preguntó Channing.

—Estarán con nosotros —le respondió Georgina—. Tenemos un plan.

Algo metálico se chocó contra la pared, y los tres alzaron la mirada. Un gran tubo colgaba suspendido desde el tanque.

—¿Están listos para empezar? —les preguntó el conductor.

—Ya subimos —repuso Channing.

Cuando los tres se encontraron de pie con los trajes para protegerse de materiales peligrosos, el conductor, que también se había protegido, encendió la bomba, y un líquido entre dorado y anaranjado salió del tubo y cayó en el sótano. A través del traje, Channing pudo inhalar un olor que se asemejaba al de la lejía. Mientras tanto, abajo, el agua acídica se chocaba contra las paredes y el suelo de hormigón. No oyeron ningún siseo, ni vieron ningún vapor. Solo se oían las salpicaduras mortales y el rugido del motor del camión.

Channing sabía que eso significaba que nunca más podría usar la máquina del tiempo para viajar al pasado y estar con su familia. Los rostros de su madre, su padre, su hermano y su hermana, a quienes había visto por última vez en el siglo IX, se le quedarían grabados por siempre en la memoria y en el corazón. Era un precio justo que pagar por mantener a Ella viva. Y un precio minúsculo por salvar al mundo. Aun así, una sensación oscura lo envolvió.

El líquido cayó despacio y fue cubriendo el huso centímetro a centímetro. La puerta de entrada resonó, y alguien asomó la cabeza desde afuera, pero Georgina hizo un gesto frenético con las manos para indicarle a la persona que se marchara de inmediato. Sin embargo, la puerta se abrió, y Leo entró avanzando hacia ellos con una expresión enfadada en el rostro.

—Yo me encargo —les dijo Channing y se apresuró hacia su abuelo.

Cuando llegó hasta Leo, lo sujetó del codo y lo hizo girar para conducirlo hasta la entrada.

—No puedes estar aquí.

—¿Qué está pasando? —le preguntó mientras caminaba—. ¿Por qué hay un camión vertiendo algo aquí? —Miró por encima del hombro—. Creí que sería una limpieza rápida. Tenemos una orden de Surtr Enterprises que llega hoy. La íbamos a almacenar aquí hasta poder subirla a un barco de carga.

—Es una limpieza rápida —le aseguró Channing mientras abría la puerta y prácticamente empujaba a Leo al exterior—. Pero es algo tóxico. No se puede tocar. ¿Qué hay en el cargamento?

—Nitrato de amonio —le respondió Leo—. Lo usan para las bombas. Podemos llenar un barco de cargamento con esa mierda. Necesito todos los depósitos que pueda conseguir. Está en demanda en todos lados… En Colombia, en Sudáfrica, en Rusia.

A Channing le dio un vuelco el estómago.

—¿Por qué necesitan tanto?

Leo se cruzó de brazos.

—¿En qué planeta vives, Channing? Es el fin del maldito mundo. Si no te puedes proteger, estás frito. En los próximos días y meses, las armas y los explosivos serán tan valiosos como los alimentos para mantenernos vivos. Y sería un mal empresario si dejara pasar este tipo de oportunidad.

Channing se imaginó el mundo entero ardiendo y unas llamas que llegaban hasta el cielo.

—No puedes almacenar eso aquí con los otros ácidos en el mismo edificio. Nadie puede entrar sin un traje adecuado.

Los ojos de Leo registraron un dejo de sospecha.

—Pero ¿por qué hay tanto ácido?

—No lo sé. No soy científico. Pero si ellos dicen que esa es la cantidad que se necesita, entonces les creo. Saben lo que están haciendo.

—¿Estás seguro? Hay algo que no cuadra.

—Si te quieres poner un traje e ir a mirarlos limpiar, eres bienvenido a hacerlo.

Leo lo recorrió con la mirada.

—¿Y qué haces tú aquí? —le preguntó su abuelo.

—Sigue siendo mi puerto. Necesito saber qué está pasando.

Leo tomó una profunda bocanada de aire.

—He aprendido a no interferir donde no tengo idea de lo que ocurre.

—Mira. Esto llevará unos días, pero luego la máquina estará lista y podrás viajar en el tiempo.

«Y salvar a tu hijo… mi padre…». Las palabras no lograron atravesar la piedra que tenía en la garganta.

—De acuerdo. —Le dio una palmada en el hombro—. Mantén un ojo en ellos. Hay algo en esos dos que me hace sospechar.

Al cabo de unas horas, el oro burbujeaba mientras se disolvía en el ácido anaranjado como caramelo duro en agua. En el edificio M05, reinaba la calma. Habían apagado el motor del camión y no había nada encendido. Tampoco se oían pasos que hicieran eco contra las paredes de hormigón. Lo único que se oían eran las burbujas de oro en el agua regia que susurraban mientras derretían la perdición del mundo como el sol derretía la nieve.

Para la mañana, Channing sabía que no quedaría nada de las dos toneladas de oro. Luego volverían a meter el líquido en el camión con la bomba y se largarían de allí. Solo tenía que escabullir a Munchie y Georgina a tiempo. Luego podrían ir a un laboratorio del MIT y neutralizar el ácido poco a poco, para que el líquido fuera seguro y el oro quedara recuperado. Dos toneladas de oro le habían costado más de cien millones de dólares. El plan ahora era utilizar ese dinero para llevarles alimentos y medicamentos a los más necesitados y ayudar de la forma que pudiera.

Si era el motivo del Ragnarök, esa era una manera pequeña de enmendar las cosas. Aunque no podría traer de regreso a los miles de personas que ya habían perdido la vida.

Una profunda tristeza le embargó el corazón.

Una sombra apareció a sus espaldas, y miró alrededor. Uno de los matones estaba mirando hacia el fondo del sótano con los ojos abiertos como platos.

—¿Dónde está el gigante huso de oro? —le preguntó.

A Channing le dio un vuelco el corazón.

—¡No deberías estar aquí!

—¿Eso es todo lo que queda? —le preguntó el hombre sin despegar la mirada del tocón de oro que burbujeaba—. Leo hizo bien en enviarme a investigar.

El hombre se acercó la muñeca a la boca y comenzó a decir algo, sin dudas, para alertar al resto de los matones. Channing tenía que hacer algo. Golpeó al hombre en el vientre con el puño, y el hombre soltó un gruñido y se dobló de dolor.

El traje ralentizaba a Channing y le restringía los movimientos, pero lo golpeó lo más fuerte que pudo. Le asestó un puñetazo en el lateral del rostro. El hombre soltó un gruñido e intentó devolverle el

golpe, pero perdió el equilibrio y se cayó en la piscina de ácido. Gritó en agonía mientras la piel se le enrojecía y burbujeaba. Sacudió los brazos intentando sujetarse a algo. Channing corrió hacia las escaleras metálicas, pero los últimos escalones habían desaparecido en el ácido. Jaló del tubo metálico que seguía colgando del camión y lo giró hacia el hombre.

Channing lo vio hacer movimientos anchos con las manos para intentar nadar hacia el tubo, pero tragó ácido y dejó de gritar para soltar un horrible gorjeo. Al cabo de unos segundos, guardó silencio y quedó flotando sobre el burbujeante oro y ácido.

Channing se dejó caer al suelo con el estómago dado vuelta mientras el agua regia descomponía la carne humana y la reducía a nada. Una fría capa de sudor le cubrió la espalda. Otra vida perdida. ¿Cuántas personas más tendrían que morir antes de que abandonara su determinación egoísta a ser feliz?

Cuando Georgina y Munchie regresaron, no dijo nada. Aún quedaba un trozo de oro del tamaño de una silla de oficina. ¿Eso contaría como los retazos de la máquina para viajar en el tiempo o podrían dejar ese trozo sin derretir? En cualquier momento, echarían de menos al hombre. No, decidió. Ya habían llegado muy lejos.

—¿Cuánto tiempo creen que falta? —preguntó.

—Una hora —le respondió Georgina.

—Muy bien.

Cuando el último trozo se derritió, volvieron a llamar al conductor, que encendió el motor, y comenzaron a transportar el líquido de regreso al tanque. Munchie y Georgina se habían asegurado de que fuera lo suficientemente grande como para albergar el volumen adicional. Como Georgina había sugerido, les llevó otra hora acabar.

Channing creyó que podrían salirse con la suya sin más inconvenientes, pero mientras absorbían las últimas gotas de líquido anaranjado y dorado, la puerta del edificio se abrió, y Leonardo entró con cinco matones a sus espaldas.

—Súbanse al camión, rápido —les dijo Channing con firmeza y se quitó el traje para correr tras ellos. El aroma acre de la lejía lo dejó atónito.

—¡Channing! —lo llamó Leo—. ¿A dónde vas? ¡Detente!

Unos pasos sonaron a sus espaldas mientras se subía a la cabina del camión. El motor se encendió y el conductor pisó el acelerador y se dirigió hacia la salida. Channing miró hacia atrás por la ventanilla.

Leo miraba el sótano vacío con los ojos abiertos como platos. De seguro, aún quedaban unas gotas de agua regia mezclada con oro líquido allí. Soltó un rugido parecido al llanto animal de un predador herido que acaba de perder a su cachorro.

—¡Vas a morir! —rugió y alzó el arma. Una seguidilla de disparos siguió al camión y asestó contra el tanque.

—¡Acelera! —le gritó Channing al conductor al tiempo que las balas golpeaban las superficies metálicas.

Mientras salían del M05, el atardecer teñía el cielo de la ciudad de rosado y dorado, y sintieron una cálida brisa primaveral, en lugar de la frialdad del invierno.

Cuando el camión cruzó la puerta de entrada al puerto y se alejó, Channing soltó un suspiro de alivio. Tal y como había planeado, la máquina para viajar en el tiempo había desaparecido. A lo mejor, el Ragnarök también.

A pesar de lo mucho que detestaba admitirlo, una parte de él sentía dolor y arrepentimiento de haber traicionado a su único abuelo. Sin embargo, hizo esos sentimientos a un lado. Ahora que el huso había desaparecido, el mundo podría recuperarse. Y Ella y su familia tendrían un futuro.

Era bueno que no estuviera más con él. Channing tenía un peligroso enemigo furioso pisándole los talones.

CAPÍTULO

VEINTIUNO

A Ella se le agitó el corazón en el pecho, o lo que le quedaba del corazón, mientras ella, Ricardo y un escuadrón de cinco policías subían en el elevador hacia el *penthouse* de Channing.

Diez días atrás, Channing había desaparecido del mundo. Diez días atrás, había descubierto que no era quien había creído. Diez días atrás, le había roto el corazón y había quebrado su confianza.

Ella también había roto su confianza al reportar el tiroteo que había presenciado en Quincy y conseguir una orden de arresto. En cuanto a la policía y el FBI incumbían, Channing Hakonson formaba parte de la mafia. Ahora también se enfrentaba a cargos de tráfico de armas y asesinato.

La había matado hacer eso. ¿Cuántas veces le había salvado la vida? ¿Y él la de ella?

Cuando llegaron al *penthouse*, la puerta estaba abierta… Todos los muebles estaban dados vuelta. El hermoso arte moderno de estilo nórdico que decoraba las paredes yacía roto en el suelo. El gran hogar en el centro de la habitación, que Ella siempre había considerado el hogar central, tenía agujeros de bala. Había trozos de mármol por doquier. El cristal de algunos electrodomésticos de la cocina yacía roto. Los cajones de los aparadores estaban abiertos y sus contenidos, desparramados por el suelo. ¿Se habría enfrentado a alguien? ¿O alguien querría enviarle un mensaje?

Al entrar en el departamento con el arma desenfundada, el crujido del cristal bajo los pies sonó como bombas que explotaban

en medio del silencio. Lo encontraría muerto. Estaba segura. Lo encontraría muerto en alguna parte del apartamento. No podía respirar. No se podía mover. No podía pensar.

Recordó las imágenes de Channing bajo el hacha del rey Harald… herido en la nieve… siendo atacado por una multitud en el puerto… Recordó los sueños, cada noche, cada vez que cerraba los ojos durante un breve instante, el mundo llegaba a su fin, y los vikingos se encontraban allí, muertos, y Ella le apuntaba una espada al cuello. La muerte venía por él y lo perseguía constantemente. Y ahora, por fin, había llegado.

Ella se estremeció y dio un paso hacia adelante.

No, no, no. No quería que muriera. Estaba enfadada y herida. La había traicionado. Pero aún lo amaba. A pesar del dolor, verlo muerto la mataría.

Avanzaron por el departamento dado vuelta. En el sofá que se encontraba volcado, se había sentado a su lado para suturarle la herida. Arriba de las escaleras, en su habitación, le había visto el glorioso cuerpo por primera vez. Pero no estaba allí. No estaba en su habitación, ni en la biblioteca, donde se encontraban los libros originales de las sagas islándicas, que ahora yacían desgarrados y rotos entre los añicos de las cajas de cristal. Tampoco estaba en el estudio.

Revisaron sus cosas, se llevaron su ordenador, pero no encontraron ningún indicio o prueba de que hubiera participado en negocios de la mafia. No había armas, solo espadas y *seax*, que eran las espadas cortas típicas de los vikingos. El hecho de que no lo encontraran le produjo cierto alivio. Pero no quería decir que no estuviera muerto.

Con cada día que pasaba, las cosas en la ciudad y el mundo seguían mejorando. Las nubes plomizas se fueron abriendo para permitir el paso de los rayos del sol. El aire se fue entibiando. El césped verde comenzó a asomar en los jardines, y los árboles se vieron desnudos y vulnerables. Mientras la nieve se iba derritiendo, las calles se fueron despejando. De a poco, en las partes más cálidas del mundo, comenzaron a funcionar de nuevo los invernaderos. Las distribuciones de alimentos fueron aumentando, y las tiendas

comenzaron a tener pan recién horneado, verduras algo marchitas y productos lácteos que habían expirado, pero se encontraban en buen estado.

La gente podía volver a respirar. Sin embargo, Ella no podía celebrar como todos los demás. Cada vez que respiraba, el dolor le desgarraba el pecho. Era como si le hubieran partido el corazón en dos y le sangrara como una herida abierta.

Si el Ragnarök había acabado, Channing estaba muerto. Y si estaba muerto… ella estaba acabada. Jamás se recuperaría. Debían de haberlo matado… la mafia o los vikingos. Por eso brillaba el sol, se derretía la nieve, se habían marchado los lobos y se volvía a repartir comida. Por eso tenían menos llamadas al número de emergencias, la gente se encontraba de mejor ánimo y había una sensación de alivio y esperanza en todos lados, como el aroma de la primavera. Por eso debía haber tenido esos sueños acerca del Ragnarök. De él, muriendo bajo su mano.

«Lo eres todo. Todo», le había dicho Channing.

¿Y si había hecho todo eso para sacrificarse? ¿Para que la mafia lo matara? No. Habían acordado luchar y encontrar el modo de detener el fin del mundo para estar juntos. Pero luego ella lo había dejado. Y Channing no tenía ningún motivo para seguir luchando.

Oh, cielos, ¿y si se había hecho matar porque lo había abandonado? ¿Y si había muerto por ella? ¿Y si el mundo se encontraba por fin a salvo, pero que sin Channing en él se había convertido en un sitio vacío por el resto de la eternidad?

Ella había dejado de intentar manipular el tiempo porque le recordaba lo mucho que había fracasado. Cada vez que se permitía pensar, aunque solo fuera por un segundo, el dolor la desgarraba. Suponía que ese era el Ragnarök. El fin del mundo. El fin del amor. El fin de la esperanza. El fin de ellos.

Ella fue a todas las morgues de la ciudad, buscó en cada zanja, alrededor del depósito de Surtr y hasta consideró encontrarse con Leo Esposito… Pero si lo hacía, pondría en riesgo a su familia y no podía hacerles eso. Sin embargo, no dejó de buscar.

Vigiló el puerto mientras otro equipo vigilaba las oficinas centrales de Surtr Enterprises en otra ubicación de Quincy, en un

moderno edificio de oficinas prístinas que no se parecía en nada al depósito abandonado que habían usado para traficar armas sin ser detectados. Como había menos crímenes y llamados de emergencias, la policía tenía más recursos. Aunque llevaría mucho tiempo que las cosas volvieran a la normalidad en la ciudad.

Apenas dormía ahora. En el momento en que cerraba los ojos, la embargaba la pesadilla con las llamas en el puerto, y los vikingos y la policía muertos, y ella de pie apoyando la espada contra el cuello de Channing. Y entonces se despertaba.

A veces, sentía que el cuerpo hacía cosas por *motu proprio*. Se servía café y lo bebía sin saborear nada. Movía los pies. Conversaba. Pero no estaba allí. Esa cosa… el alma… o lo que fuera que la convertían en la persona que era ya no estaba más en su interior. Y tenía una presión constante, un dolor o una tensión en el pecho. Como si alguien estuviera sentado en su pecho y tuviera que empujar ese peso para respirar. Su única distracción era el trabajo policial y llevar a su padre al hospital para que recibiera los tratamientos contra el cáncer.

En alguna parte de su alma, había una pequeña chispa de esperanza de que, si no habían encontrado el cuerpo aún, quizás no estaría muerto. Quizás había detenido el Ragnarök, pero seguía vivo. Y tenía que encontrarlo. Tenía que encontrarlo, sin importar si estaba vivo o muerto.

A las tres semanas de la ruptura, tuvo su primer día libre, y fue al centro. Dentro de tres días, Ted cumpliría trece años, y quería comprarle un obsequio. El pobre niño no dejaba de preguntar por Channing todos los días, y Ella le respondía que había tenido que marcharse por un tiempo. Cada vez que le respondía, el dolor la volvía a embargar, como si fuera una granada que le acababa de explotar en el pecho. Y, cada vez que Ted la escuchaba decir eso, Ella veía la chispa de alegría desvanecerse de sus ojos. Ted se había encariñado con Channing. Y ella también.

Era hora de alegrarlo. Gloria había planificado una torta temática de Rolf, y Ella había ido a la librería en la que sabía que vendían las historietas que tanto le gustaban.

Mientras recorría la ajetreada calle Washington, los tacones resonaban por la acera, y disfrutó los rayos de sol en el rostro. Eran una pequeña bendición. Cualquier cosa era bienvenida con tal de distraerse del dolor que llevaba en el corazón.

Luego del frío sin precedentes, aún se sentía extraño llevar un liviano abrigo otoñal y una bufanda. La sensación de la primavera reinaba en el aire, por más que se encontraban en invierno. A su alrededor, la gente caminaba y conversaba. Algunas tiendas estaban abiertas, mientras que otras habían sufrido muchos daños y estaban siendo reparadas. A tan solo tres manzanas de allí, se encontraba el rascacielos donde vivía Channing, y Ella iría a ver si lo veía por algún sitio luego de comprar la historieta para Ted.

Entró en la tienda y buscó un número que sabía que aún no tenía. Lo pagó y, tras despedirse, se dio de bruces contra una pared. Una pared cálida y dura que olía a cuero y almizcle masculino, a piel limpia y una colonia que le resultaba moderna y masculina. Ella se tambaleó, pero las manos fuertes la sujetaron por encima de los codos y la estabilizaron. Channing la observaba con profunda intensidad, dolor y anhelo, y la hizo sentir a punto de explotar.

El estómago le dio un vuelco y se le hundió hasta los pies. ¿Estaría soñando? Lo estudió de cerca, sin tener certeza de creer que era real. No parecía Channing. Para empezar, no llevaba puesto un traje, sino que llevaba una sudadera de Harvard. Tenía el cabello largo oculto bajo una gorra de béisbol. No estaba afeitado; probablemente no se había recortado la barba desde la última vez que lo había visto.

—Channing —susurró apenas audible—. ¿De verdad estás aquí? ¿Vivo?

Channing asintió y miró de reojo a la cajera, una joven que los miraba fijo con gran curiosidad, pero apartó la mirada de inmediato.

—¿Podemos hablar, por favor?

Ella debería arrestarlo. Debería llamar a Ricardo y pedirle apoyo. No tenía su arma, pero podía llamar al 911 y traer a Ricardo allí.

—¿Dónde has estado? —le preguntó con la garganta casi cerrada.

Los brazos le cosquillearon. Cielos, quería abrazarlo, enterrarle el rostro en el cuello, besarlo, inhalarlo, aferrarse a él y sentir sus brazos a su alrededor.

—Es una historia larga. ¿Nos podemos sentar a hablar en algún lado? ¿Por favor?

El pecho le subía y bajaba rápido. Tenía los ojos oscurecidos y fijos en ella. La devoraban como si no existiera más nada. El calor la arrasó. ¿Cómo podía ese hombre al que aún amaba, el que le debilitaba las rodillas e iluminaba el mundo a su alrededor, ser un criminal? ¿Un asesino a sangre fría? El hombre que le había mentido, la había abandonado y había roto su confianza.

Ella se le acercó y bajó la voz.

—¿Sabes que la policía tiene una orden de arresto contra ti? ¿Y que el FBI te está buscando?

—Lo sospechaba. No son las peores personas que me están buscando.

Ella frunció el ceño.

—¿Quién más te está buscando?

—Aquí no. ¿El bar de tu tío sigue vacío?

Ella asintió con la cabeza.

—Vamos.

El bar del tío Maurice, Mo's, se encontraba a cinco minutos andando de allí. Channing caminó cerca de ella, pero no a su lado. Ella giró en el callejón donde habían buscado refugio durante una tormenta de nieve y donde Channing había luchado contra los vikingos que habían viajado en el tiempo para asesinarlo. Encontró la llave oculta y abrió el bar. En el interior, estaba oscuro y en penumbras, como lo recordaba. La puerta a sus espaldas se cerró y se sumergieron en la semioscuridad. La luz del sol intentaba colarse por dos ventanas pequeñas cubiertas de tierra y apenas iluminaban el interior.

El lugar se veía como cuando se habían refugiado allí durante la tormenta de nieve. Los muebles de madera oscura, el olor a cerveza y vino… Hasta las copas que habían usado ella y Channing seguían en el bar.

Había luz suficiente como para verle el rostro. Channing estaba tenso y parecía como si tuviera dolor físico. Ella se apoyó contra la puerta de entrada desgarrada entre el deseo de aferrarse a él y el deber de arrestarlo.

—Ya se acabó —le dijo—. El Ragnarök ha terminado.

—Eso creí. Pensé que habías muerto. Que tu muerte era el motivo de que hubiera acabado.

—No tenía que morir. Solo tenía que destruir la máquina para viajar en el tiempo.

El rostro se le puso pálido.

—¿Qué?

Otra traición. Ella iba a usar el huso de oro para regresar en el tiempo y cambiar las cosas. Ese era el plan. Con el huso de oro, podría haberlo logrado para que no ocurriera nada de toda esa destrucción y ninguna de todas esas muertes. Estaba segura de eso. Pero él le había arrebatado esa opción sin siquiera hablar con ella del tema.

—Por eso me uní a la mafia. Por eso hice el juramento. Por eso te mentí. Todo fue por ti… por nosotros.

Ella soltó un bufido.

—¿Y mataste a Nick y a todos los demás por mí también?

—Yo no maté a Nick, Ella. No maté a nadie en ese depósito. He matado antes, en la época vikinga. He matado a Ragnar y a Náli. Tú misma lo has visto. Pero no maté a Nick.

Algo en su interior se relajó, una tensión en el plexo solar se le alivió, y fue como si por fin pudiera respirar nuevamente. Soltó un suspiro que sonó como un sollozo y se llevó la palma a la boca.

—¿No mataste a nadie?

Channing negó con la cabeza y se le acercó un paso más.

—No. —Su voz era suave, casi relajante—. Tenía que demostrarle mi lealtad a mi abuelo lidiando con un distribuidor de armas que le debía dinero a la familia. Cuando vi a Nick, me di cuenta de que era parte de la pandilla irlandesa. Sabía que eso era una toma de poder y que acabaría en un baño de sangre. La pandilla irlandesa quería destruir a la mafia y quedarse con el negocio de Surtr. Fueron a matarnos, en especial a Leo.

Ella soltó otro sollozo. No sabía si le creía por completo, pero en el fondo del corazón, sabía que le estaba diciendo la verdad.

—Después de eso, Leo confió plenamente en mí. Hablé con Munchie y Georgina acerca de cómo destruir la máquina para viajar en el tiempo y evitar que Leo trajera a Daniel de regreso. Llenamos el laboratorio de agua regia, que disolvió el oro. Luego bombeamos el agua regia al tanque de un camión y huimos. Por fortuna, Munchie y Georgina se las ingeniaron para escapar luego de llevar el camión al MIT. Deberían estar en lo profundo del Medio Oeste. Georgina tiene familiares allí.

Ella estaba temblando. Estaba intentando contener los temblores, tensando las rodillas y los codos, pero no dejaba de temblar. Channing se le acercó y le tomó el rostro entre las manos con delicadeza. Ella se concentró en los ojos oscuros y cálidos, en la cercanía de sus labios y en el aroma que le llenaba los sentidos.

—Leo me quiere matar. Rompí la promesa que le hice a él y a la mafia. Porque mi juramento hacia ti es lo único que me importa. Me he estado ocultando en un dormitorio de Harvard, gracias a un favor que me debían mis contactos universitarios. Como jamás enseñé en Harvard, creí que a nadie se le ocurriría buscarme allí. Han pasado tres semanas y no hay ninguna señal del Ragnarök. Ha funcionado. Quiero recuperar mi vida. Quiero recuperarte a ti. Todo ha sido por ti.

Ella se sentía flotar, como si estuviera ebria o volada, o las dos. Pero tenía que mantener la calma. Tenía que pensar con claridad.

—Me traicionaste. Me mentiste.

—Sí. En parte. Aunque en su mayoría, te oculté cosas.

—Destruiste el huso. Iba a usarlo.

—Pero funcionó.

—Sigues siendo un criminal a los ojos de la policía.

—Estoy dispuesto a cooperar. Mañana iré a entregarme. Voy a cooperar y ayudarlos a acabar con la mafia.

Ella tomó una profunda bocanada de aire. El corazón le dolía, pero no era de una pena que le destrozaba el alma, sino de la esperanza que florecía entre los añicos. Al igual que el mundo

exterior, el mundo que se había salvado del Ragnarök, su corazón comenzaba a recobrar vida.

—Por Odín y Thor, te eché mucho de menos —le susurró.

Channing la envolvió en sus brazos y le aplastó la boca con la suya, apoyándola contra la puerta. Por todos los cielos, su boca. ¡Su boca!

La besaba con voracidad, con necesidad y con posesión. El beso era una declaración. Le deslizó la lengua en la boca y le rozó la suya con caricias deseosas. Y su cuerpo traidor respondió a él, como lo había hecho hacía varias semanas en ese mismo lugar. Se encendió como un arbusto seco al tocar una cerilla.

Todo lo demás se desvaneció a su alrededor. Todo excepto sus brazos, su cuerpo duro y su aroma. Estaba tan cálido como un hogar y tan duro como una piedra. Casi delirando, le pasó las piernas por la cintura y los brazos por el cuello y se aferró a él como un koala a un árbol.

Channing se apartó.

—Te amo, Ella. Déjame reservar una habitación en un hotel. Hay uno cerca de aquí. Por favor, tesoro.

Channing no había matado a Nick. No era parte de la mafia. Era Channing, su vikingo sobreprotector y controlador. Y estaba vivo.

El Ragnarök había llegado a su fin. Las semanas de terror habían acabado. Sin importar lo que había hecho, había funcionado. Podían tener un futuro.

Ella sabía que no debería perdonarlo tan fácil y que definitivamente tenían mucho de qué hablar. Pero lo único que pudo decirle fue:

—Está bien.

CAPÍTULO

VEINTIDÓS

No recordaba cómo habían llegado al hotel. Se encontraba a una manzana de distancia, y podía tratarse de un Hyatt. Más temprano ese mismo día, Channing había aparcado el coche en una cochera cerca de allí para evitar el tráfico. Reservó una habitación con una tarjeta de crédito bajo un nombre falso. La había pedido hacía varios años, en caso de que alguien descubriera su secreto y tuviera que empezar de cero… Jamás se había imaginado que iba a tener que utilizarla para huir de la mafia… o para conquistar al amor de su vida.

Mientras Ella y Channing recorrían apresurados el hermoso pasillo con tonos opacos y acabados cromados, sintió la mano de ella en la suya, que lo llenaba de una energía dulce, de deseo y de amor. Luego entraron en el elevador y se besaron. Se siguieron besando en el pasillo mientras intentaban abrir la puerta con la llave magnética… Y por fin se encontraron a solas.

Cuando la puerta se cerró a sus espaldas, Channing la sostuvo en sus brazos. Los dos jadeaban con las cabezas unidas mientras inhalaba su aroma femenino y frutado.

—Eres todo lo que está bien en el mundo —le murmuró—. Y te amo.

Ella abrió la boca para decirle algo, pero le puso un dedo contra los labios.

—No digas nada. Todavía no.

Se lo mostraría con el cuerpo. Le enseñaría lo mucho que la adoraba y lo que significaba para él. Le mostraría que era la parte de él que le faltaba. El hogar por el que había luchado.

La besó. Le tomó el rostro entre las manos, bebió de su boca suave y cálida como si fuera un arroyo de primavera. Los senos suaves se le apretaron contra el pecho, y sintió el latido acelerado del corazón de Ella que latía al compás violento de su propio corazón. Su boca era dulce y suculenta y le pertenecía a él. Ella tenía la respiración agitada. Las manos aferradas a él lo acariciaban y le masajeaban los músculos de los hombros. Channing la alzó en el aire para que le pasara las piernas por la cintura y la llevó hasta la cama sin dejar de besarla.

Con cautela la colocó sobre el edredón y se apartó para acomodarse entre sus muslos. Ella quedó sentada sobre un punto lleno de rayos solares, y el cabello se le encendió como oro en llamas, y la piel le destelló como una piedra pulida. Había algo eterno y mágico en ella y, por primera vez desde que la conoció, supo que no era un ser humano común y corriente. Era como una diosa. Pura luz y bondad circulaban por su ser, pero había algo más… Las nornas eran los seres más poderosos del mundo. Y Ella también tenía poder. Channing lo sentía como el crujido de la electricidad estática que precedía a una tormenta. Y no era solo eso. No eran solo sus poderes para controlar el tiempo. También era su alma herida y llena de amor. El alma de una guerrera. Como su alma.

Channing le abrió los pantalones y se los bajó por las piernas. Luego pasó a los zapatos. Ella soltó un jadeo mientras él le recorría el muslo con la mano hasta llegar a la ropa interior, y el miembro se le endureció y estremeció, anhelándola. La deseaba tanto que se le hizo agua la boca. Pero siguió avanzando más, subió por el estómago, le introdujo la mano por debajo de la blusa y le acarició el vientre aterciopelado hasta detenerse en el sostén. Le tomó un hermoso seno entre las manos y sintió cómo se le endurecía el miembro y se le tensaban los testículos. Le dibujó un círculo alrededor del pezón hasta que Ella se arqueó y echó la cabeza hacia atrás para soltar un gemido.

—Te quiero ver entera —le murmuró mientras se ponía de pie y le subía la blusa. Ella quedó frente a él únicamente con la ropa interior puesta.

—Todas las veces que hicimos el amor o fuimos felices —le murmuró—, fue en la oscuridad, bajo la presión de un destino obstructor y bajo amenaza de muerte. Pero ahora te puedo ver, pura, hermosa y entera, bañada por la luz del sol.

Esperaba que fuera la primera de muchas ocasiones más.

Ella se mordió el labio.

—Yo también te quiero ver entero.

Channing soltó una carcajada y se detuvo frente a ella. Con un movimiento, se quitó la camiseta y la sudadera que llevaba puestas. Ella tomó una profunda bocanada de aire y lo observó bajarse los pantalones y los calzoncillos. La erección salió disparada hacia adelante. Ella abrió la boca con los perfectos labios hinchados mientras la miraba, y Channing se endureció aún más. Por todos los cielos, cómo deseaba esos labios alrededor del miembro. Pero no antes de darle placer de todas las formas imaginables.

Como una perfecta seductora, Ella se llevó las manos a la espalda, se abrió el sostén y lo arrojó a un lado. Los senos con pezones de un tono rosado suave quedaron expuestos, y Channing quiso llevárselos a la boca. Ella se bajó la ropa interior y quedó completamente desnuda ante él. La piel le destellaba bajo la luz del sol, y el cabello dorado parecía un halo.

Channing siempre se había considerado un vikingo, pero no era uno de sangre. Ella, sí lo era. Hasta tenía una herida de batalla. Las vendas en el hombro eran más pequeñas, pero seguían allí. Era una valquiria. Era imponente y poderosa estando desnuda ante él.

Channing se arrodilló, le separó los muslos y los pliegues y le selló la boca contra el sexo. Ella soltó un gemido gutural que le produjo un estremecimiento en todo el cuerpo mientras él le dibujaba círculos con la lengua alrededor del clítoris. Un temblor la arrasó. Channing tenía la mano izquierda apoyada en la cara interna de un muslo y se lo acariciaba, mientras que la derecha le separaba los pliegues.

La lamió, la provocó y le dio placer hasta que la sintió temblar. Tenía el corazón tan acelerado en el pecho que parecía un martillo de guerra, y el pulso amenazaba con escapársele de la piel. Le introdujo dos dedos en el interior y la sintió estremecerse mientras los movía en círculos. En breve, Ella comenzó a soltar unos gemidos de gata que lo excitaron aún más.

Channing sintió que el cuerpo se le tensaba más y que las paredes internas se le ceñían a su alrededor y supo que estaba a punto de acabar. Le introdujo otro dedo e intensificó los movimientos donde sabía que le generaría más placer. Ella gimió y comenzó a mover la pelvis hasta que al final se deshizo a su alrededor. Su diosa vikinga le montó los dedos mientras los espasmos la embargaban. Soltó gemidos urgentes, y Channing se adueñó de su placer, como se había adueñado de ella. Y la amó. Amó cada centímetro de su ser.

Mientras su diosa dorada guardaba silencio, la observó respirar con las mejillas sonrosadas, los labios hinchados y los ojos destellantes. Se veía tan feliz y satisfecha como una gata que acababa de beber un cuenco de leche.

—Ahora es tu turno de estar al sol —murmuró y le sujetó la mano para jalarlo hacia ella. Channing se sentó en el borde de la cama y la miró. Apenas era consciente de la habitación, pero las sábanas se sintieron suaves contra la piel.

Ella se arrodilló frente a él, como lo había hecho él antes, y los testículos se le tensaron de anticipación.

—Diosa… —susurró—. No tienes que… oh, cielos…

Le acercó la boca al miembro, y los perfectos labios rosados con los que tanto había soñado se cerraron sobre él. Channing se hundió con el placer aterciopelado de su lengua y su boca. Ella le acarició el miembro, le tomó los testículos y lo hizo gruñir algo que ni siquiera él mismo reconoció.

Con los puños, se aferró a las sábanas mientras Ella lo provocaba, lo besaba, lo succionaba y le brindaba un placer dulce que le producía fuego en las venas. El corazón se le aceleró, el miembro se le tensó, y no hubo nada más que la luz del sol, su boca y sus manos… Cielos, sus manos…

De pronto, supo que se encontraba al borde del abismo, pero no quería acabar aún. No quería que ese momento llegara a su fin. Habían sobrevivido al Fimbulvetr. Quería más de la primavera. Quería más calidez. Quería sol eterno.

Se apartó de su boca y la alzó para sentársela a horcajadas. Luego la miró a los ojos celestes como glaciares. Los ojos de una loba. Los ojos de una diosa. Los ojos de su amor.

—Te voy a tomar, tesoro —le dijo—. Y te voy a penetrar y te voy a hacer acabar.

La volvió a besar y luego le recorrió la piel suave del mentón y el cuello con la boca y fue bajando hasta los senos. Le succionó un pezón y lo provocó. Con la mano le acarició la espalda de arriba abajo y le tomó el trasero para sentirlo firme y hermoso. No transcurrió mucho tiempo antes de oírla gimotear y tensarse contra él. Luego encontró la erección con la mano y se sentó encima de él.

—El condón… —gruñó Channing mientras su interior dulce y tenso lo acogía, y se hundía en ella.

—No me importa el condón —le dijo con apuro—. Quiero sentirte.

El efecto fue de lo más abrumador. Tuvo que quedarse en su interior un poco más de lo normal para acostumbrarse a las sensaciones. Pero Ella lo deseaba tanto como él a ella, y pronto comenzó a moverse sobre él, hacia arriba y abajo, y le produjo un placer divino en todo el cuerpo.

Channing le abrazó la cintura y enterró el rostro entre los pechos embistiéndola. Sin embargo, pronto fue demasiado. Toda esa necesidad que sentía por ella, el deseo desesperado por su cuerpo y por tenerla cerca, por fin, se satisfacía. Y no logró contenerse.

En la habitación del hotel, bajo la luz del sol, los dos se bañaron en su amor y en la esperanza que sentían por su futuro compartido. Mientras Channing la embestía y la sostenía, sintió la conexión que tenían como si estuvieran en algún punto entre las épocas, entre los destinos, donde solo él y ella existían.

Los dos estaban cayendo por una nube y se mecían sobre las olas del placer, respirando, embistiendo y latiendo como un solo ser.

El invierno eterno había acabado. Y ahora se bañaba con su diosa en una eterna luz solar.

CAPÍTULO

VEINTITRÉS

Ella se despertó con el aroma de Channing en las fosas nasales, y un peso cálido envuelto en el cuerpo. La luz del sol se colaba por una ventana grande. Sobre la mesa baja, había una bandeja con comida con bocadillos a medio comer. No habían logrado terminar la cena, como adolescentes calientes.

Y, por primera vez en lo que le pareció una eternidad, no había soñado con el puerto encendido en llamas, los vikingos muertos y los miembros de la mafia triunfantes mientras apretaba la espada y estaba a punto de matar a Channing. ¡Qué alegría!

Nunca había tenido tanto sexo en un día… y, bueno, una noche.

Se retorció en los brazos de Channing, que se removió y se la acercó. Tenía el largo cabello sedoso desparramado sobre la almohada. Ella le besó la punta de la nariz, y Channing abrió un ojo verde y le ofreció una sonrisa perezosa. Inhaló con profundidad y le enterró el rostro contra el hombro. La barba le cosquilleó la piel.

—Por un momento, me temí haber soñado el día de ayer —le confesó en un murmullo—. Pero no lo soñé. Estás aquí.

Ella le acarició el lateral del rostro con los nudillos.

—Sigo sin poder creer que se ha acabado.

Channing apoyó la cabeza en la almohada y la estudió con el ceño fruncido.

—El Ragnarök se ha terminado. Pero lo que quiero saber es si tú y yo… si nuestra ruptura también ha acabado. Si de verdad me puedes perdonar.

Ella se apartó de su abrazo y se sentó en la cama. Se llevó las rodillas al pecho. ¿Lo perdonaba? Era una buena pregunta. Lo cierto era que lo deseaba. Siempre lo desearía. Channing era como una obsesión, una adicción contra la que no podía luchar. También lo amaba. Siempre lo amaría. Y la noche anterior había sido una celebración alocada de la alegría de verlo vivo. Tras haber sentido terror y pena de pensar que podría haber muerto, ver al amor de su vida y poder tocarlo, hablar con él y amarlo…

—Sé que me mentiste para detener el Ragnarök. Lo entiendo. Y sé que pensaste que era lo mejor. Pero eso no quiere decir que no hayas tomado decisiones por mí. Creí que éramos un equipo y que tomábamos las decisiones juntos. Pero, como de costumbre, tomaste el control de la situación sin consultarlo conmigo.

Channing se sentó en la cama.

—Sabes que mentí para protegerte a ti y a tu familia. No quería que la mafia supiera de ustedes. No quería que descubrieran que eres policía y que me importas. Quería mantenerte a salvo.

—Sí, pero, aun así… —Miró hacia afuera de la ventana. El edificio al otro lado de la calle estaba iluminado por el sol y destellaba contra el destellante cielo celeste. Una gaviota pasó volando y, por un momento, Ella tuvo la impresión de que podrían estar de vacaciones en Grecia y no en Boston.

—Ella, lamento haberte engañado.

—Lo lamentas —dijo con suavidad—, ¿pero entiendes por qué estoy tan molesta?

Channing se pasó los dedos por el cabello. Unas cicatrices rosadas y plateadas, viejas y nuevas, se le movieron en el pecho y los hombros.

—Sí.

—Lo que me molesta es que… querías un futuro conmigo, y yo también. Pero ¿cómo podemos construir uno si no somos un equipo? ¿Si uno de los dos cree que puede tomar todas las decisiones?

—Ella, era una situación especial. Era de vida o muerte, y no solo nos afectaba a nosotros.

—Pero ¿quién puede asegurar de que no volverá a ocurrir? Y cuando tengamos hijos… —La voz se le apagó y la sonrisa de

Channing se intensificó.

—¿Cuando tengamos hijos? —le preguntó con una luz bailándole en los ojos—. ¿Eso quiere decir que quieres estar conmigo?

Ella sonrió. Quería que se hiciera realidad el futuro que había imaginado con él. Niños pequeños, parte de él y parte de ella, correteando en un mundo más seguro.

—Sí, Channing.

—¿Me has perdonado?

—No sé si puedo volver a confiar en ti plenamente. Y también están tus cargos criminales.

—Como te he dicho, me entregaré. Los ayudaré a acabar con la mafia. Tú sabes que no soy un criminal y que no tengo intenciones de convertirme en uno.

Ella soltó un suspiro.

—Sí. Me gusta este plan. Es lo correcto.

Channing le tomó el rostro entre las manos.

—En cuanto a tus preocupaciones por las decisiones, entiendo tu punto. De verdad. Para mí es más fácil decidir las cosas por ti. Porque debo protegerte. Y sé que puedo hacerlo. Pero también sé que te puedes proteger sola. Y que puedes proteger a nuestros futuros hijos. Así que te juro que siempre seremos un equipo. No puedo volver a perderte jamás. Estas semanas sin ti han sido los peores días de mi vida. No te puedo prometer que no volveremos a discutir y que no volveré a ser sobreprotector. Pero jamás te engañaré ni romperé tu confianza. Por favor, Ella.

Ella parpadeó. Los ojos de Channing estaban muy oscuros e intensos y brillaban con gran determinación sin despegarse de los de ella. Hablaba en serio, no mentía. Y Ella le creyó. Podía sentir las heridas del corazón empezando a sanar. Asintió con la cabeza y sintió que las comisuras de los labios se le extendían para ofrecerle una sonrisa.

—De acuerdo —susurró y le apoyó la mano en la suya.

Channing le devolvió una sonrisa radiante.

—¿De acuerdo?

—De acuerdo.

Entonces la besó. Fue un beso dulce, corto y lleno de alegría. Luego lo interrumpió para arrodillarse delante de ella gloriosamente desnudo. Tenía el cuerpo de un guerrero con tatuajes nórdicos que le recorrían los músculos, ángulos duros y cicatrices de batallas. Le tomó una mano entre las suyas, con los ojos casi brillando, y a Ella se le aceleró el corazón en el pecho.

—Ella O'Connor —comenzó, y Ella soltó el aliento—. He querido casarme contigo desde hace siglos… —Ella se rio, y Channing sonrió —. Te amo. Siempre te amaré, y no quiero pasar un momento más de mi vida sin ti. ¿Te casarías conmigo?

El arrebato de emociones le hizo contraer los pulmones. Una ola de felicidad le recorrió el flujo sanguíneo como una droga. Lo cierto era que no se podía imaginar un día sin él tampoco, en especial luego de haber pasado varios días pensando que podría haberlo perdido para siempre. Eso le demostró que lo amaba y que lo quería todo con él.

—Sí —le respondió casi sin aliento. Channing la levantó en el aire y la envolvió en sus brazos, girándola por la habitación y besándola. Pasaron varias horas más haciendo el amor con ternura y sin cesar. Así podían expresar todo lo que sentían y no podían decir. Había esperanza, ternura y muchísimo amor entre ellos.

Más tarde, mientras desayunaban, Ella tomó el móvil para enviarle un mensaje a su padre diciéndole que se encontraba bien y que estaba con Channing.

—Diablos, mi móvil está muerto.

—El mío también —respondió Channing—. Te llevaré de compras y luego a casa.

—Tengo mi coche aquí, ¿sabes? —le dijo.

—Entonces te llevaré a casa en tu coche. —Channing se rio.

—Tengo una idea mejor —dijo Ella—. Vayamos a la comisaría para que puedas declarar. De ese modo, tendrás la protección de las autoridades contra la mafia.

—De acuerdo.

Ella lo miró sorprendida.

—¿De acuerdo? ¿No vas a discutir? ¿No te vas a oponer?

—No. Somos un equipo, ¿recuerdas?

Ella le dio un beso en la mejilla.

—Somos un equipo.

Tras vestirse y dejar la habitación, salieron a la calle ajetreada del centro. Aún olía a primavera. La gente pasaba por delante de ellos conversando o apresurándose para llegar a algún sitio. Los vagabundos estaban sentados en las esquinas de los edificios y rogaban limosna.

Channing les entregó billetes de diez dólares a todas las personas sin hogar que se cruzó en el camino. Ella esperaba que muchas de esas personas pudieran recuperar sus trabajos y sus hogares pronto ahora que el Ragnarök había pasado. Pero, mientras tanto, caminaron de la mano a través de un mundo ajetreado, vivo e iluminado por el sol.

De repente, Channing se detuvo frente a una joyería. En la vitrina había anillos de boda, brazaletes de diamantes y colgantes que destellaban a través del cristal. Por la puerta de vidrio, vio que el vendedor se encontraba de pie frente a una mesada de exhibición y los observaba con una sonrisa.

¿Acaso eso estaba ocurriendo? ¿Era la realidad o era un sueño? ¿Un deseo de su subconsciente?

Channing le guiñó un ojo. Ella no creía haberlo visto jamás de ese modo. Relajado, descuidado y jovial. Era tan atractivo que la dejaba sin aliento. Y era suyo.

—¿Cuál te gusta? —le preguntó.

Todos los anillos eran increíbles, pero Ella se sentía extraña. Jamás había querido nada tan costoso. Jamás le habían interesado los lujos o el dinero. Lo único que siempre había deseado era que su familia y ella se encontraran a salvo.

—No quiero nada elegante… —comenzó, pero la voz se le apagó. En el centro de uno de los pequeños cojines blancos, había un anillo de oro blanco con un diamante celeste rodeado de pequeños diamantes blancos.

Channing le siguió la mirada.

—¿Te gusta ese? —le preguntó con suavidad.

Ella lo miró.

—¿No crees que es casi del color de los ojos de mi madre?

—Es exactamente ese color. Vamos a comprarlo.

Ella volvió a mirar el anillo. Podía verlo con más claridad sin la intensidad del sol sobre el vidrio. Debía de haberse ocultado tras una nube. De repente, algo se movió en el reflejo de la ventana. Oyeron gritos, junto con el chillido de algo metálico rozando otro objeto.

A Ella le dio un vuelco el estómago.

En el reflejo, vio gente que corría por la calle. Una enorme ola rugía tras ellos. Era un tsunami.

CAPÍTULO

VEINTICUATRO

—¡Adentro! —exclamó Channing.

Sin perder un instante, tomó a una conmocionada Ella, que se volvió para mirar la ola que se aproximaba. Jaló de ella, abrió la puerta de la tienda, y entraron. El agua se acercaba a ellos entre los edificios y arrastraba coches, personas, contenedores de residuos y escombros. Channing mantuvo la puerta de la tienda abierta para que las personas que se encontraban cerca entraran también.

La joyería se encontraba a menos de un kilómetro de la orilla del canal principal de Boston, y había muchos edificios entre ellos para detener la ola… Sin embargo, seguía avanzando, y los gritos y la desesperación crecían, al igual que los ruidos metálicos de coches y objetos arrastrados por el hormigón. Y, por encima de todo, se oía el rugido del agua.

Cuando la última persona se encontró adentro, Channing cerró la puerta. La ola rompió al llegar a la intersección e inundó la calle a derecha e izquierda, fundiéndose con las corrientes que llegaban de otras calles. El agua arrojó un coche contra la pared que había al lado de la vitrina de la tienda. Se oyeron explosiones y chirridos metálicos de otros automóviles que se chocaban contra otros edificios. Junto con contenedores de comida para llevar, bolsas de plástico, hojas y ramas secas y escombros, el agua arrastraba a la gente por la calle. Vieron flotar una bicicleta, un cochecito vacío y un perro. El sol pálido volvió a asomar desde una nube y brilló sobre la superficie del agua entre grisácea y verde.

—¡Quédate aquí! —le ladró Channing a Ella antes de acercarse a la puerta de la tienda.

—¡Ni en tus sueños! —gritó Ella corriendo tras él.

A través de la puerta de vidrio, vio que el agua tenía casi un metro de altura, pero comenzaba a retroceder.

—¡Señor, si abre esa puerta, nos inundaremos! —exclamó el vendedor.

Channing fulminó al hombre con la mirada.

—¿No crees que las vidas de las personas que están afuera son más importantes que salvar los diamantes y el oro?

Las otras personas comenzaron a murmurar. Algunos protestaron, mientras que otros se mostraron de acuerdo con él. Pero a Channing no le importaban ellos. Le importaba su prometida.

—Maldita sea, ¿no te puedes mantener fuera de problemas por una vez?

Ella lo miró enfadada.

—No.

Channing sonrió.

—Por eso te amo. —«Por favor, que no le ocurra nada».

Abrió la puerta y salió al exterior. Sintió una fuerza gélida en las piernas que le mordía las rodillas como una piraña hambrienta. Ella lo siguió y, en cuanto estuvieron afuera, tres hombres cerraron la puerta detrás de ellos. Adelante, una persona se las había ingeniado para ponerse de pie, y Ella se apresuró hacia la mujer para ayudarla a regresar a la joyería. Una segunda persona, un anciano, yacía inmóvil.

De a poco, el agua fue retrocediendo hacia la costa. La resaca le jalaba las piernas, y Channing se tambaleó en el agua, pero recuperó el equilibrio. Miró hacia atrás en busca de Ella, y vio que la mujer daba tumbos por la fuerza del agua, pero Ella seguía de pie.

La corriente se estaba llevando al anciano, y Channing se apresuró tras él. Echó un vistazo hacia el mar, pero no vio ninguna ola más que se acercara. El agua se apresuraba hacia ellos desde la costa en la distancia, pero las nuevas olas eran más bajas y no era probable que llegaran hasta ellos. Al llegar al anciano, que había recuperado el conocimiento, lo ayudó a ponerse de pie.

Algo comenzó a oscurecer el cielo claro. Una ráfaga de viento gélido proveniente del mar le sopló contra el rostro y le produjo un escalofrío en la columna vertebral. Los primeros copos de nieve le cayeron sobre las manos y lo picaron como avispas. Se avecinaba una tormenta.

—A la tienda, deprisa —le dijo al hombre mientras lo guiaba.

Unas sirenas sonaron en algún punto detrás de los edificios. El metal chirrió más fuerte, y una serie de choques resonaron en el aire al tiempo que unos coches avanzaban hacia él con la fuerza del agua que los empujaba hacia el mar.

Channing le brindó soporte al anciano mientras avanzaban a contracorriente y miró hacia atrás. Reconoció contenedores de residuos, bicicletas, motocicletas, buzones y escombros flotando y chocando entre los edificios y las lámparas de las calles.

Un escalofrío le recorrió las venas al recordar las palabras de su padre al recitar la historia del Ragnarök. «La serpiente del mar, Jörmungandr, se retorcerá y provocará inundaciones. Avanzará por tierra y el mar la seguirá…». Por Odín, padre de todos, eso no había acabado. Channing se había equivocado. El Ragnarök no se había detenido con la destrucción del huso. Solo les había dado una pequeña tregua. El tiempo suficiente para volver a sentirse seguros y cómodos. El tiempo suficiente para recordar todo lo que iban a perder… El pensamiento lo aplastó como un peñasco y lo arrasó con la fuerza del tsunami. Eso no se había acabado. El mundo iba a terminar. Y quizás terminaría ese mismo día.

En el interior de la tienda, estaba lleno de gente ansiosa que murmuraba y sollozaba. Había menos de un centímetro de agua en el suelo, y el dueño, con la ayuda de tres hombres más, sacaba el agua a baldazos. En una esquina estalló una discusión, y una mujer empezó a gritarle a otra mientras agitaba, furiosa, los brazos en el aire.

Channing ayudó al anciano a entrar en la oficina del dueño. En cuanto estuvo sentado con un abrigo alrededor de los hombros, Channing regresó al frente y vio a Ella mirando un video en el móvil de alguien y con una expresión llena de preocupación en el rostro.

—… se han registrado tsunamis en toda la costa este de los Estados Unidos, México y Canadá —decía el reportero en el video—. Tanto el Reino Unido como la costa oeste de Europa y África también fueron arrasados por olas gigantes. Una nueva tormenta de nieve se desató, los meteorólogos dicen que salió de la nada, y se dirige hacia Nueva Inglaterra. Al parecer, la temporada de mal clima no ha pasado aún, y solo podemos esperar que las ciudades y los pueblos más afectados logren soportar otro desastre…

Una premonición oscura se asentó en el pecho de Channing como un peñasco.

—Aún no ha terminado, ¿no? —le preguntó Ella.

Channing solo atinó a mirarle los hermosos ojos de color glaciar y negar con la cabeza.

—Con ese huso podría haber hecho algo —le dijo—. Podría haber regresado en el tiempo para cambiar algo. Ahora… el reactor… Si se ha inundado, el núcleo se derretirá y tendremos otro Chernóbil en nuestras manos encima del invierno eterno.

A Channing se le congeló la sangre.

—Mierda. —Se pasó los dedos por el cabello—. Tenemos que encontrar otra manera…

—La encontraremos —le dijo Ella. Con los ojos brillando como acero celeste, se veía hermosa como una valquiria—. ¡Ojalá tuviera un huso de oro!

Channing tuvo una epifanía.

—¡Sí que lo tenemos!

Ella se quedó petrificada y se volvió a mirarlo.

—¿Qué has dicho?

—Georgina y Munchie usaron un modelo pequeño de la máquina para viajar en el tiempo para hacer pruebas y experimentos al principio. Sigue estando en mi oficina. Leo lo tiene sobre uno de los aparadores.

—Vamos. —Ella apoyó la mano en la puerta de la tienda y la abrió—. Esto tiene que funcionar. Tengo que encontrar la manera de cambiar el pasado.

Mientras salían y el agua seguía retrocediendo, Channing pensó que aún había algo más que podía hacer para terminar con eso de

una vez por todas.

«Tengo que morir…».

CAPÍTULO

VEINTICINCO

Ella encendió las noticias en la camioneta de Channing mientras avanzaban por las calles cubiertas de escombros y el agua salpicaba para todos lados desde debajo de los neumáticos. Como Channing había aparcado en una cochera, el vehículo no había sufrido ningún daño. Tenían que averiguar qué tan mala era la situación.

—Anoche las Naciones Unidas se deshicieron en París… —dijo el periodista con la voz seca—. En un acto de violencia sin precedentes, el presidente de Rusia llamó ladrón vulgar al presidente de los Estados Unidos. Varias fuentes aseguran que alguien le robó un exclusivo reactor nuclear de séptima generación, que apareció en Boston. Rusia demanda que le devuelvan el reactor y está amenazando a los Estados Unidos con un ataque a gran escala que comenzaría con un asalto nuclear en Washington D. C.

Ella contuvo una maldición.

—Por los testículos de Loki —masculló Channing mientras daba la vuelta en una esquina y pasaba entre dos vehículos compactados—. Es como en el gran salón de mi padre, pero con presidentes.

—Y millones de personas morirían… —señaló Ella.

Los limpiaparabrisas se movían a máxima velocidad para despejar la nieve que caía sobre el vidrio. La nieve se estaba tornando más densa. Ella se sentía exhausta. La voz de la radio continuó.

—Lamentablemente, el presidente de los Estados Unidos respondió dándole una bofetada al presidente de Rusia. Luego, fue

difícil seguir las discusiones y los actos de los presidentes. Algunos líderes se las ingeniaron para alejarse, mientras que otros se rebajaron al nivel de la violencia callejera. La situación fue peor que una pelea de vecindario. Rusia se alió con Irán y China, y ahora están en guerra con Europa y los Estados Unidos…

Mientras conducían por la calle Summer hacia el distrito de Seaport, algo le llamó la atención. Varios lobos los observaban de entre los edificios. Con el estómago dado vuelta, los señaló, y a Channing se le oscurecieron los ojos. Masculló algo por lo bajo. El periodista seguía hablando.

—Y, a pesar de que el presidente de los Estados Unidos accedió a devolver el reactor nuclear, no está claro si es una opción viable debido a que, en este momento, se encuentra en manos de la mafia. Mientras tanto, se han desatado otras guerras por todo el mundo porque todos los países están luchando por conseguir medicamentos, comida y otros recursos que necesitarán para sobrevivir al regreso del invierno y recuperarse de la destrucción que provocaron los tsunamis. Se estima que nueve millones de personas han muerto debido a…

Ella apagó la radio. Los ojos le ardían de enfado y de contener las lágrimas.

—¿Cómo vamos a entrar en el puerto? —preguntó.

—Te ayudaré a entrar —le prometió Channing—. Encontraremos la manera. Luego me aseguraré de que llegues a salvo a mi oficina. Creo en ti.

Las palabras le produjeron algo cálido en el pecho, y le apoyó la mano sobre el muslo mientras conducía.

—Somos un equipo —le dijo.

Channing la miró con tanto amor y tanta calidez en los ojos, que el corazón le dolió.

—Sí.

Cuando llegaron al puerto, la puerta estaba abierta y muchos vehículos de la policía y el FBI estaban aparcados en línea al frente. Nadie los detuvo cuando entraron. En el centro del edificio M05, había más coches.

—¿Qué crees que está ocurriendo? —le preguntó Ella.

Channing condujo hacia el edificio de la oficina y aparcó.

—Creo que el gobierno está intentando recuperar el reactor para devolvérselo a Rusia. No creo que nadie quiera una guerra nuclear.

Las consecuencias del tsunami se veían aún más allí. El agua cubría el asfalto, y había unos charcos gigantes por doquier que parecían pequeños lagos. El mar estaba rebelde, las olas rompían contra el muelle y los barcos se mecían. Las aguas habían levantado varios barcos más livianos y los habían arrojado contra el asfalto. Había contenedores dados vuelta, y en el aire pendía el aroma a mar y algo químico.

Más allá del edificio M05, se oyeron unos disparos en el aire. Un helicóptero pasó volando, y el aire vibró por la fuerza de los rotores.

—Démonos prisa —dijo Channing y se bajó del coche. Dio la vuelta y abrió el maletero para extraer la espada.

—¿Tienes tu arma? —le preguntó.

—No, estaba libre —le respondió.

—De acuerdo. Quédate detrás de mí. Te llevaré a la oficina.

En el escritorio de recepción no había nadie. Todos los que no se encontraban en el M05 probablemente habían huido al ver la llegada de la policía y el FBI. Channing y Ella se metieron en el elevador y subieron hasta la sexta planta, donde se encontraba la oficina de Channing. Cuando las puertas del elevador se abrieron, se apoyaron contra las paredes por precaución.

Una lluvia de balas cayó en el centro del elevador. A Ella se le aceleró el corazón y cerró los ojos con fuerza. Los disparos cesaron, y al siguiente momento, cuando abrió los ojos, Channing había desaparecido.

Lo buscó con la mirada y lo vio con la espada entre el cuello y el hombro de un hombre de la mafia. El sujeto soltó un gruñido y se desplomó sin vida. Alguien más disparaba frente a él, desde la esquina. Channing se agachó detrás del escritorio de recepción donde su secretaria, Shelly, solía trabajar.

Channing estiró el brazo, extrajo la ametralladora del cuerpo sin vida por la cabeza y se la deslizó hacia Ella. Al tomar el arma, intercambiaron una mirada, y asintieron la cabeza. Eran un equipo.

Al fin eran un equipo. Habían necesitado que el mundo acabara para que eso ocurriera.

Ella se mantuvo agachada y se movió hacia el borde del escritorio de recepción. Cuando el sujeto comenzó a disparar, se agachó y aguardó. Cuando se detuvo, se alzó por el escritorio y disparó. El sujeto soltó un grito y cayó sin disparar más. Channing asintió con la cabeza, y luego señaló la puerta de la oficina. Detrás de la puerta y la pared de cristal, la oficina se veía vacía. Corrieron hacia la entrada, y Channing abrió la puerta. No había nadie.

A través de los ventanales que llegaban hasta el techo vieron que el cielo se estaba oscureciendo y que la nieve caía con más fuerza. Había muchos tiroteos entre los vehículos de la policía y los de la mafia, que se encontraban detrás del M05. Un huso de oro destelló en el aparador al lado de varias botellas de alcohol. Si daba cinco pasos más, podría tomarlo en las manos.

—Voy a viajar en el tiempo y…

—Detener la creación de la máquina para viajar en el tiempo —concluyó Channing—. Encuéntrame y dime que no la haga porque destruirá el mundo.

No había pelea alguna que pudiera salvar la situación. Las cosas solo empeorarían. Y con el reactor nuclear amenazando la existencia de muchos millones de personas, no solo en Boston, sino en todo el país, Ella no podía sentarse a ver cómo ocurría. Por eso tenía que hacer algo que podría implicar jamás volver a ver a Channing, que la miraba con intensidad. Lo tomó de la sudadera y se lo acercó.

—Nos encontraremos.

A Channing se le suavizaron los ojos y memorizó su rostro.

—Eres mi eje, Ella. —Apretó la frente contra la suya—. Los mundos pueden girar a nuestro alrededor, arder, morir y renacer. Pero siempre encontraré el camino de regreso a ti. A través del tiempo, de los lobos, del hielo y del fuego. Que el huso teja todo lo que quiera.

Ella se rio.

—Puede que sea yo quien teja.

—Te amo, Ella —le susurró contra los labios—. Eres todo. Todo.

—Y tú eres más, mi vikingo.

Le dio un beso tierno y lleno de amor, y Ella quiso que se extendiera toda la eternidad. Pero se obligó a apartarse y avanzar hasta el huso. Con las manos temblorosas, lo tomó y, de inmediato, sintió su poder: la vibración y el aire que se tornaba más denso a su alrededor.

—Tres meses al pasado —se dijo—. Quiero viajar a tres meses al pasado.

El placer que la embargó fue como disfrutar de la mejor comida de su vida. Cada célula del cuerpo le decía que sí a la sensación de sujetar el huso de oro. El instrumento vibraba, temblaba y cantaba. Ella se hundió en la dulce nada.

En la oscuridad, millones de hilos dorados la rodearon como un capullo. Podría tirar de los hilos y envolverse en ellos. Vio todas las posibilidades y los destinos. Y luego vio las siluetas en un vestido verde, uno azul y uno lila. Las tres eran rubias y tenían husos en las manos. Y las tres la miraban atónitas.

Dos de las nornas le empezaron a gritar enfadadas mientras agitaban los brazos apuntando los husos como si fueran dagas. La tercera, la que tenía el vestido verde, la escudó colocándose entre ella y las otras dos.

—¡Vete! —oyó el eco de la voz de la mujer, la voz que había conocido los primeros años de su vida—. ¡Vete! ¡Ya!

—¿Cómo? —le preguntó Ella a los gritos.

—Tienes que verlo, Ella. Tienes que verlo con claridad. Debes ver lo que quieres que ocurra.

Ella negó con la cabeza.

—¿Qué?

Su madre hizo un gesto con las manos, con los intensos ojos bien abiertos.

—¡Los hilos! Jala un hilo. ¡Teje con el huso!

Las otras dos siluetas avanzaron con una extraña lentitud, pero los husos eran afilados, y los apuntaban a Ella.

—¡Teje! —la voz de su madre sonó más urgente.

Ella jaló de un hilo y comenzó a tejer. Pero se sintió incómoda, y aunque los dedos se movían y el hilo parecía estar tejiéndose,

estaba mal. Algo iba mal. Estaba haciendo algo, pero no sabía cómo hacerlo deliberadamente…

Al momento siguiente, se despertó. El fresco aire del otoño jugaba con su cabello y acarreaba el aroma a hojas en descomposición, arena y madera húmeda. Las casas eran de madera oscura y tenían techos de paja con unos agujeros de los que salían nubes de humo. Estaba en Lomdalen.

Alguien salió del gran salón. Era Mia. Los ojos se le abrieron de par en par al verla. ¿Qué diablos había hecho? ¿Por qué había regresado a la época vikinga?

Pero de pronto lo supo.

Eso era lo que significaban todos sus sueños. La batalla final del Ragnarök por el destino del mundo. Y los vikingos tenían que estar allí, luchando por Odín y por los dioses de Asgard.

CAPÍTULO

VEINTISÉIS

Channing se acercó gateando a Ricardo, que estaba arrodillado detrás de uno de los patrulleros. Frente a la entrada del M05, había un semicírculo de coches de la policía, el FBI y varios Humvees. En la luz gris clara de la nevada, vio unos hombres con chaquetas del FBI, un equipo SWAT y algunos soldados con uniformes del ejército de color caqui.

—¿Qué sucede? —preguntó Channing.

Ricardo le echó un vistazo y le apuntó el arma.

—¡Alto! ¿De qué hablas, Hakonson? ¿Qué haces aquí? ¡Estás con la maldita mafia! ¡Quedas arrestado! ¡Arroja la espada al suelo!

Channing masculló una maldición y bajó la espada con cautela para sostener las manos en alto.

—No estoy con la mafia, Sánchez. Estoy de tu lado.

—Sí, claro. —Ricardo se llevó la mano al bolsillo trasero de los pantalones y extrajo las esposas—. Tienes derecho a guardar silencio…

Una bala pasó volando al lado de la cabeza, y se agachó. Channing lo siguió.

—Mira, ¿podemos hacer esto más tarde? Me uní a la mafia para poder acercarme lo suficiente a la máquina para viajar en el tiempo y destruirla. Ya lo hice. Ahora están intentando matarme, pero he venido a ayudarte.

Ricardo negó con la cabeza. Más balas rozaron el paragolpes a su lado.

—Eres un tonto, eso es lo que eres.

—Tienes que creerme. Estamos del mismo lado. Estamos del lado de Ella. Estamos del lado que quiere detener a la mafia y traer paz. Hoy me iba a entregar para cooperar con ustedes y el FBI y encerrar a la mafia. Acabemos con esto y detengámoslos. Luego me puedes arrestar todo lo que quieras.

Ricardo soltó un gruñido.

—Y seré un completo idiota. El reactor es la prioridad, de lo contrario te estaría arrestando en este preciso momento.

Otra bala rozó el coche a tres centímetros de su cabeza. Ricardo se agachó un instante antes de incorporarse y disparar. Channing tomó la espada.

—Deja la espada a un lado —masculló Ricardo.

—No. La voy a necesitar. ¿Por qué Leo no quiere entregar el reactor? —le preguntó Channing.

—Tiene un nuevo comprador: Corea del Norte.

—Mierda.

—Sí, mierda. Y ahora Rusia está amenazando, como quizás has oído. Por eso el FBI y el ejército están aquí. Es un asunto de seguridad nacional. El tsunami podría haberlo dañado, pero si no le devolvemos el reactor a Rusia, nos van a destruir con armas nucleares.

Channing soltó un gruñido. ¿Cómo no había considerado las ramificaciones de sus actos? ¿Por qué había creído que podía comprar un reactor nuclear y viajar en el tiempo sin generar revuelo alguno? A pesar de que había estado desesperado por regresar a casa y salvar a su familia, seguía atónico ante su propia arrogancia.

La mirada de Ricardo no mostraba piedad.

—Todo esto es tu culpa. Lo ves, ¿no? Tú contrabandeaste ese maldito reactor.

Channing asintió solemne. No podía negar que era su culpa y deseaba poder deshacerlo. A través de la nieve que caía, miró hacia la oficina del edificio en el que hacía unos pocos minutos Ella había desaparecido tras tocar el huso.

—Vamos, Ella —murmuró—. Tú puedes.

—¿Qué? —Ricardo le siguió la mirada—. ¿Ella se encuentra allí? ¿No habían roto? —La voz tenía un borde tan afilado como la hoja de la espada de Channing.

—Estaba allí. Tomó el huso de oro, el modelo que usamos para la máquina, y viajó en el tiempo para detener todo esto.

Ricardo soltó un gruñido.

—¿Y la dejaste hacerlo? ¿Y si la vuelve a secuestrar ese rey vikingo?

Channing apretó la espada con más fuerza.

—¿La dejé? ¿Acaso no la conoces? Como sea, sé que puede cuidarse sola. Confío en ella. Y tú también tienes que hacerlo.

A pesar de sus palabras, de solo pensar en Ella herida, se le partía el corazón.

—¿Cuál es el plan con la mafia? —le preguntó.

—El plan es detener al enemigo y conseguir el reactor sin que Boston se convierta en un páramo.

El cielo se oscureció y el viento sopló con más fuerza. Unas nubes de tormenta negras se acercaron desde el mar. La nieve se arremolinó en ráfagas rápidas al principio y luego más alargadas y poderosas. Las olas, atípicamente altas, rompían contra el muelle, y los barcos que se encontraban anclados en el puerto se alzaron y cayeron. El chillido del metal rozando metal y hormigón perforó el aire.

Channing parpadeó contra la nieve. Esperaba que Ella se encontrara bien y que pudiera controlar sus poderes con el huso. Porque no quedaba mucho tiempo para actuar.

En la distancia, se oyó la explosión de un trueno en el centro de una nube negra, y un verso de la leyenda del Ragnarök se le vino a la mente: «El árbol del mundo Yggdrasil se estremece y ruge… La serpiente de Midgard, Jörmungandr, se retuerce furiosa provocando que las olas rompan abruptamente».

De algún punto, se oyó el sonido de un águila, seguido de otro…

Un temor gélido se apoderó de Channing al ver a los cientos de lobos que corrían hacia él por la nieve, como un ejército dispuesto a escuchar las órdenes de su comandante. Tenía que alejarlos de la policía y el FBI, porque de lo contrario los lobos comenzarían a

atacarlos. Manteniéndose agachado, Channing se alejó de Ricardo hacia el mar furioso.

Pero solo logró llegar a unos diez metros de la última línea de coches cuando las puertas del edificio M05 se abrieron. Channing observó la grúa que salía con el reactor nuclear. La voz de Leo Esposito se oyó desde un altavoz que había dentro del depósito.

—Lárguense de nuestro puerto o detonaré el reactor. ¡Le arrojaré una granada y explotará! ¡Largo!

Por todos los cielos, Ella había tenido razón desde el principio. Luchar no cambiaría nada porque no estaba luchando para el lado correcto.

A pesar de que tenía las mejores intenciones al querer detener el Ragnarök, había estado luchado del lado del caos desde el comienzo. Ricardo tenía razón. El reactor nuclear era su culpa. Si hubiera usado su fortuna por motivos menos egoístas, podría haber hecho mucho más para ayudar al planeta, a los pobres, a las mujeres que sufrían de abusos… para ayudar con causas de las que su madre hubiera estado orgullosa y quizás hasta se habría beneficiado.

Mientras los lobos se reunían a su alrededor y se sentaban a la espera, supo qué estaba pasando. La batalla final. La batalla por el destino del mundo.

—¡Sentados! —les gritó a los lobos, esperando que le prestaran atención como lo harían los perros. Pero las bestias apenas lo miraron. Tenían las orejas paradas en dirección a la policía, el FBI y el ejército.

Ricardo lo miró y se quedó congelado con los ojos reflejando temor y estupor. Le apuntó el arma a los lobos, que gruñeron. Como una ola, los lobos corrieron hacia la policía. Ricardo comenzó a disparar el arma y alertó a los otros policías. Dos olas de humanos y lobos chocaron. «¡Maldita sea!».

Alguien llegó hasta él y le asestó un puñetazo en el rostro. Channing le devolvió el golpe. Se trataba de uno de los hombres de la mafia. No quería matar a nadie. Solo tenía que detener a Leo y a los lobos.

Un hombre con un gorro de lana sostenía una ametralladora y se subió al techo de una camioneta. Channing lo reconoció de inmediato. Era Clicker. Con una sonrisa salvaje, apuntó la ametralladora hacia la pelea entre las fuerzas militares y los lobos. La gente cayó y no se volvió a mover.

Channing sostuvo la espada jadeando, sin poder creer de lo que era testigo. Los lobos estaban saltando sobre la policía, el FBI y el ejército y les desgarraban las gargantas con los colmillos. Mientras tanto, los integrantes de la mafia les disparaban a las autoridades distraídas.

Un oficial de la SWAT se las ingenió para liberarse del lobo que lo estaba atacando y le disparó a Clicker, que se cayó del vehículo.

Mientras caían más policías y militares, los hombres de la mafia rompieron sus líneas y se acercaron a Channing. Pero los lobos corrieron tras él para protegerlo. Los animales sollozaban y gruñían, desgarrando gargantas y mordiendo cuerpos sin piedad. La gente se defendía. Se oyeron disparos y gritos entre la demencia nevada. Tanto la sangre como los cuerpos cubrían el suelo.

Ese era el fin.

CAPÍTULO
VEINTISIETE

Mia jadeó y corrió hacia Ella.

—Ella, ¿qué sucede?

—La batalla final ha llegado. Ha llegado.

La gente salió de las casas a la calle. Desde el gran salón, Hakon avanzó hacia ellas con un cabestrillo en el hombro. John y la joven Mia lo siguieron. A Ella se le llenaron los ojos de lágrimas de alegría al verlos a todos y, en especial, al ver a Hakon vivo. Channing estaría aliviado de saber que su padre había sobrevivido al disparo del rey Harald.

—¿Qué sucede? —la voz de Hakon tronó mientras se apresuraba por la pendiente hacia ellas.

—No tenía la intención de venir aquí —le dijo Ella—. La batalla final del Ragnarök ha comenzado en el siglo XXI y nuestra última esperanza era que cambiara el pasado. Pero acabé aquí en lugar de detener a Channing de crear la máquina para viajar en el tiempo.

—¿La batalla final? —le preguntó Hakon. Se veía un poco pálido, pero sostenía la cabeza y los hombros altos y orgulloso—. ¿Y Ulf?

—Está vivo.

—Gracias a los dioses —masculló John—. Padre, debemos ir allí para luchar por Odín en la última batalla del Ragnarök.

Ella negó con la cabeza, aunque de algún modo comprendió que ese era el motivo por el que se encontraba allí.

—Tienen pistolas. ¿Qué pueden hacer sus hachas y sus espadas contra las armas de fuego? Es un suicidio.

Mia asintió.

—Ella tiene razón. No hay nada que puedan hacer.

—Y, sin embargo —intervino una voz detrás de Hakon, y todos se volvieron a ver de quién se trataba—, el joven John tiene razón. Es el Ragnarök. El lugar de los guerreros nórdicos se encuentra allí.

Eran las nornas. Las tres se encontraban de pie juntas. Nuevamente se veían ancianas, con el cabello blanco sujeto en trenzas alrededor de la cabeza. Con sus ojos eternos miraban a todos con frialdad. Los husos de oro les brillaban en las manos.

A Ella se le congeló la sangre. Su madre la miraba fijo. Pero, en ese momento, no era su madre, sino que era la norna. Un ser eterno que definía destinos crueles. Un ser eterno que había sentenciado no solo a Channing sino también al mundo a la muerte.

—No —se negó Ella con la esperanza de que hubiera otra alternativa—. Ese no es el plan. No pueden hacer nada frente a armas de fuego y granadas. Morirán todos.

Las tres nornas la miraron, y a Ella le pareció ver una furia fría destellando en los ojos de sus tías. Su madre le ofreció una sonrisa triste.

—Es su destino —dijo la norna que llevaba un vestido azul—. Ya se ha tejido, y nadie puede cambiarlo.

—El Ragnarök ha llegado —agregó la que tenía el vestido lila—. El lugar de todos los guerreros nórdicos es en el campo de batalla, con las espadas y hachas en alto, luchando por los dioses.

Eso significaría que su sueño se haría realidad. Su sueño apocalíptico con los vikingos muertos, el mundo en llamas y Channing muriendo a manos de ella.

—¡No! —exclamó.

Hakon miró a Ella.

—Es cierto. Iré a ayudar a mi hijo, aunque mi lugar sea morir a su lado.

Mia negó la cabeza con los ojos llenos de lágrimas.

—No, Hakon. Por favor.

—Cariño, es la vida del vikingo. Te amo, y sé que regresaré a tu lado.

Mia se aferró a él.

—Dices lo mismo cada vez que te marchas a pelear.

—Y he regresado siempre. Volveré a regresar a tu lado.

Los guerreros que se reunieron a su alrededor alzaron las espadas y las hachas y soltaron un rugido de batalla.

—Mientras Ulf Hakonson viva —le dijo su madre con tristeza—, el mundo morirá. Vayan a los barcos, guerreros valientes. Es hora de zarpar a la batalla por el destino del mundo.

Antes de que Ella pudiera decir más nada, los vikingos echaron a correr por la pendiente hacia los embarcaderos y se subieron a los *drakkars*. Ella corrió tras ellos con la mente llena de imágenes de cielos oscuros y el mar en llamas, una lluvia de cenizas y los *drakkars* meciéndose sobre las olas mientras se acercaban a toda vela hacia el puerto de Boston.

Y luego las nornas comenzaron a tejer con los husos, y el mundo entero se convirtió en una red de hilos dorados antes de que todo se oscureciera.

~

Entre las olas que rompían y la oscuridad, Channing vio una vela…, dos…, tres… Parpadeó sin poder dar crédito a lo que veía. Eran navíos vikingos, iguales a los *drakkars* de su padre, con figuras de dragones en los cascos. Se mecían sobre las olas y se acercaban al puerto.

Channing clavó la mirada en el barco más cercano y, conmocionado, vio a Ella de pie sobre la proa, abrazada a la cabeza del dragón. Al lado de ella, con una espada, un hacha y un abrigo de piel sobre los hombros, se encontraba Hakon. A su lado, su hermana Mia y su hermano John.

«¡No, no, no!». Ella no debió haber hecho eso. ¡Tenía que cambiar el pasado!

Channing empujó a uno de los matones de la mafia que lo estaba atacando y echó a correr hacia los barcos. Era evidente que la policía estaba perdiendo y que no vendrían más refuerzos. Como si estuviera en un sueño, los barcos anclaron a pesar de las olas

grandes, y Channing amarró las cuerdas a la abrazadera. Bajaron las rampas, y los guerreros vikingos desembarcaron en el moderno puerto de Boston.

Ella corrió hacia él y se hundió en su abrazo.

—Estás vivo —le susurró contra los labios, besándolo y hablando —. Estás vivo.

—¡Y tú también! —exclamó, apretándola en sus brazos—. ¿Qué has hecho?

Hakon se acercó alto y grande como un buey, y Channing lo abrazó. Hakon le dio unas palmadas en la espalda. Tres docenas de lobos a sus espaldas se separaron de la manada y se acercaron a gruñirles a los vikingos.

—No deberías haber venido —le dijo a su padre—. ¿Estás bien?

—Estoy bien. Tu madre me sanó. Jamás te dejaré en problemas, hijo.

Hakon no se encontraba bien, y lo veía con claridad. Estaba más pálido y sostenía el arma con la otra mano.

—Y ustedes dos. —Channing se concentró en sus hermanos—. ¿Por qué diablos están aquí?

—Es el Ragnarök, hermano —le dijo John.

—¿Crees que un verdadero nórdico se va a quedar sentado dejando que otros mueran cuando Odín nos necesita? —le preguntó Mia con orgullo.

—Llegué allí por accidente —le explicó Ella—. No era mi intención. Aún no sé cómo controlar mis poderes. Y luego aparecieron las nornas y nos enviaron a todos aquí. Dijeron que es su destino luchar en la batalla final.

—Teníamos que venir, hijo —le dijo Hakon.

Había casi cuatrocientos vikingos que habían descendido de los tres barcos, y comenzó la primera batalla con los lobos. Pero al mismo tiempo, la mafia había logrado contener a los policías y militares rodeados por los lobos, y al ver a los extraños con hachas, escudos y espadas, los matones comenzaron a dispararles. Un helicóptero sobrevoló en algún sitio y se les acercó más, al tiempo que unas sirenas se iban aproximando.

Al cabo de unos segundos, el puerto se convirtió en un campo de batalla. Channing blandió la espalda de un lado al otro y se enfrentó a la mafia. Ella encontró un arma que alguien había dejado caer y les disparó a los lobos. Hakon también luchaba como un guerrero imponente salido de una leyenda, pero sus movimientos iban acompañados de una máscara de dolor.

Estaba oscureciendo, aunque no podría ser más que el mediodía. El suelo tembló, y la pelea se detuvo al tiempo que los hombres y las bestias perdían el equilibrio. Las olas fueron en aumento, una más alta que la otra, hasta que una gigante se ciñó como una muralla. Alzó los barcos y los acarreó adentro del puerto. Uno se estrelló contra una grúa y se desplomó con un temblor estruendoso. Aplastó a oficiales de policía, lobos y vikingos por igual.

Las aguas heladas los empaparon a todos y sumergieron a las bestias y las personas bajo su superficie. Channing perdió el equilibrio por el poder de una ola y se vio arrojado contra la nieve, mientras que Ella se sujetó a uno de los vehículos.

Y luego, en la oscuridad que era el mar, se oyó una explosión, y una torre de llamas se alzó hacia el cielo. Channing se quedó petrificado contemplándola. Las llamas se extendían por el mar, y la siguiente ola no trajo agua… sino fuego. El olor a algo químico pendió en el aire, similar al hedor acre de la muerte. Las olas de fuego se acercaron al puerto.

Como un buque insignia, sobre una ola montaba un camión cisterna dado vuelta. Las llamas iluminaban la palabra dada vuelta escrita con letras blancas: SURTR.

Las llamas se expandieron hacia los barcos y las edificaciones, convirtiendo el mundo de hielo en fuego. Otra ola surgió, y un montacargas se alzó como un gigante en llamas antes de desplomarse contra uno de los depósitos.

¡Por Odín! ¡El reactor nuclear!

CAPÍTULO

VEINTIOCHO

Ella se puso de pie y parpadeó la congelada agua de mar mezclada con nieve. El mar estaba en llamas, la nieve ardía y el fuego se extendía por el suelo congelado como si fuera de papel. Consumía los cuerpos de los lobos y las personas, y en el aire pendía el hedor a cabello y carne chamuscados. Era su sueño, su pesadilla hecha realidad.

Channing… ¿Dónde estaba?

El cielo estaba negro. La electricidad se había cortado, pero las llamas iluminaban todo ese infierno cegador. «El sol se pondrá negro…», recordó el verso de *La Edda poética*.

Otra ola de fuego rompió contra los barcos en el muelle, pero era más pequeña que la anterior y solo arrojó unas gotas de fuego. El resto de los lobos volvieron al ataque, mostrando los colmillos. Algunos estaban en llamas, pero seguían atacando y extendiéndole las llamas a las víctimas.

El ruido del helicóptero encima de sus cabezas fue atacado por el viento fuerte, la nieve y las llamas y cayó en círculos al mar ardiente. Las sirenas de los bomberos se fueron acercando e intensificando.

Ella le dio las gracias al cielo mientras se estremecía del frío. Si no morían en llamas o los comían los lobos, pronto morirían de hipotermia. Pero cuando explotaron los tiroteos a su lado, supo que también podría morir por una bala mucho más rápido.

Tomó el arma con las manos temblorosas y vio el fuego que se acercaba al reactor nuclear. Leo Esposito se encontraba sobre el

montacargas y sonría salvaje ante el caos que se había desatado frente a él. Alguien que iba sentado en la grúa que sostenía el reactor nuclear comenzó a bajarlo lentamente.

—¿Creíste que no te iba a matar, bastardo? ¡Te mataré a ti y a todos tus seres queridos!

Ella sabía que le estaba hablando a Channing. El hombre debía de estar desquiciado.

Channing blandía la espada contra un hombre que le apuntaba un arma. Con un golpe, le quitó el arma de la mano, y salió volando. El sujeto tomó un trozo de madera en llamas y lo blandió delante de él. Con la espada, Channing cortó la parte superior de la tabla.

Hakon luchaba contra los lobos a su lado. ¿Por qué atacaban a los vikingos cuando debían de estar del lado de Channing? Porque los vikingos habían ido a detener el Ragnarök. Porque estaban del lado de Odín. Y el Ragnarök era obra de los gigantes como Surtr y de Channing. John blandía el hacha para protegerse de los lobos. Mia estaba a su lado defendiéndose con el *seax*.

Otro terremoto sacudió la tierra. Se abrieron grietas bajo los pies de Ella, y tanto los coches como los barcos se movieron. Hakon perdió el equilibrio y no logró cortarle la cabeza a un lobo. La bestia usó el momento para saltar sobre el pecho de Hakon y morderle el cuello. Ella gritó y alzó el arma para dispararle. El lobo cayó al suelo y soltó un sollozo de muerte.

Corrió hacia Hakon, pero dos lobos más se le abalanzaron gimiendo por el fuego que les quemaba la piel y lo mordieron. Hakon no gritó, solo se estremeció y golpeó a uno de los lobos con la espada. Otro lobo lo atacó, pero John se interpuso para enfrentarse a la bestia. Ella disparó y se deshizo de uno. Mia le clavó el *seax* a otro, pero más lobos se fueron acercando y los atacaron. Mia se dio vuelta para defenderse con su arma. Hakon se puso de pie blandiendo la espada. La sangre le chorreaba del cuello y los hombros.

Una sombra gigante apareció de entre los lobos. Era tan grande como un oso y tenía los ojos plateados. Tenía la cabeza gacha, los dientes al descubierto, y unos colmillos largos y afilados como dagas. La bestia soltó un gruñido bajo que se oyó a través de los

gritos de las personas que seguían luchando, los disparos, los rugidos de las llamas y los aullidos de los lobos. Fenrir. La bestia que mataría a Odín y se tragaría el sol. La bestia que en una oportunidad había salvado a Channing. La bestia que era la personificación del Ragnarök.

Ella disparó, pero erró. Hakon alzó la espada despacio. Fenrir se lanzó contra él en un manojo de pelaje negro y dientes. Ella volvió a disparar, y Hakon desgarró al lobo con la espada, pero el ataque fue muy pronto. Debió de haber perdido mucha sangre y estaba gravemente herido. Los dientes de Fenrir destellaron antes de hundirse en el cuello de Hakon. La siguiente bala asestó en el hombro del lobo, pero no se movió. Hakon gritó al tiempo que la bestia alzaba la cabeza para mirarla y gruñía con la sangre cayéndole por los colmillos. Ella volvió a disparar. Le apuntó a la cabeza, en el punto entre los ojos. Fenrir sollozó como un cachorro y se desplomó como una pila de piel.

Con los pies y las manos congelados del temor, Ella corrió y se arrodilló al lado de Hakon. El guerrero estaba irreconocible.



A Channing lo paralizó el dolor al ver a su padre. Tenía el rostro al descubierto y lleno de sangre; del cuello desgarrado le salía sangre a borbotones.

—¡No! —exclamó Channing.

John y Mia se arrodillaron al lado de su padre.

—Hijos —comenzó su padre—. Es un… honor… morir… a su lado… Las valquirias…

A Channing se le nubló la vista. Sabía lo que quería decir. Había muerto en batalla, de manera honorable para un vikingo. Por ende, iría al Valhalla. Al igual que Odín, que había muerto cuando Fenrir se lo tragó. Sin embargo, como todo lo demás, eso era culpa de Channing.

Channing miró a Ella.

—Tienes que regresar en el tiempo y cambiar esto, Ella. Por favor.

A su alrededor, los vikingos morían con heridas de bala o atacados por los lobos. Las llamas consumían a los lobos y a las personas por igual. Un camión cisterna lanzaba espuma hacia las llamas, pero los otros dos yacían a su lado en llamas. La mayoría de los agentes de la policía y el FBI yacían muertos, al igual que los vikingos. Los militares seguían disparándole a la mafia. Era una masacre. Y, a pesar de los esfuerzos de los bomberos, las llamas seguían acercándose al reactor nuclear, que ahora se encontraba en el suelo del edificio M05.

¿Había valido la pena? Cientos de personas habían perdido la vida ese día, incluido su padre y sus hermanos de armas.

Alguien corrió hacia Ella, y Channing supo que era un sujeto de la mafia. Ella se puso de pie y disparó, pero se había quedado sin cartuchos. Channing se acercó para protegerla, pero Ella le asestó una patada en el vientre al matón, que salió disparado hacia atrás.

Antes de que pudiera acercarse a apartar al sujeto, todo se congeló. Hubo un gran destello de luz dorada que congeló e iluminó todo como si alguien hubiera apretado el botón para pausar el momento.

En el centro de la batalla, apareció el rey Harald. Tenía la barba de un rojo fuego en la luz dorada, llevaba puesta una exquisita *brynja* y una enorme hacha de batalla con intrínsecos patrones nórdicos sobre la superficie brillante. Tres ancianas con el cabello blanco como el algodón se encontraban alrededor del rey. Iban vestidas de verde, lila y azul.

Luego todo se reanudó como si no hubiera ocurrido nada. Channing parpadeó, y el rey Harald se detuvo frente a él. Channing le echó un vistazo a Ella. Aún no había visto al rey porque estaba ocupada dándole un puñetazo en la nariz al hombre que la había atacado. Ella tenía control de la situación.

—Harald —le dijo Channing sujetando la espada.

—¿Ves todo a tu alrededor? ¿Ahora crees que eres el fin del mundo?

Channing lo creía. Por supuesto que lo creía. Vio el fuego a unos centímetros del reactor nuclear. Boston quedaría destruida. Y el resto del mundo también.

El hombre al que se estaba enfrentando Ella tomó un arma, mientras ella estaba desarmada.

Channing había luchado mucho tiempo por su felicidad. Luchar era su forma de vida. Así se había criado. Así había pasado los catorce años de su vida en el siglo XXI. Luchando contra el destino. Luchando contra el tiempo. Y luchando contra sí mismo.

Había encontrado la mayor felicidad de su vida. La mujer a la que amaba. La mujer que lo hacía sentir en casa tras treinta y dos años de encontrarse en exilio. Ella era la mujer para él, la única. Ella era lo único que le importaba. Y si no hacía lo que debería haber hecho hacía tiempo, moriría. Y no solo ella, sino también miles de millones de personas. Era el fin del mundo. Se había quedado sin opciones. Solo había una cosa que hacer.

Channing alzó la espada, asintió con la cabeza y blandió el arma. Harald sonrió al tiempo que blandía el hacha para frenar la hoja de Channing. El sujeto que luchaba contra Ella tenía el arma en la mano, pero ella logró sujetarla y apuntarla al cielo. El matón disparó tres veces al aire.

Harald blandió el hacha en una gran línea horizontal apuntando el vientre del Channing. «No te muevas. Deja que el hacha te lleve». Sin embargo, dio un paso hacia atrás, y el hacha casi lo rozó. Leo arrojó la granada dentro del reactor nuclear. El matón que había atacado a Ella se volvió a apoderar del arma y se la apuntó al rostro.

Harald blandió el hacha hacia el cuello de Channing. «No te muevas. Que te lleve». Channing dejó caer la espada.

«Te amo, Ella».

CAPÍTULO
VEINTINUEVE

Cuando abrió los ojos, se sintió cálido. No había viento gélido, ni un fuego que le ardiera en el rostro. Estaba… bien.

No sentía dolor en las viejas heridas ni tampoco en las nuevas. No sentía los músculos exhaustos. Respiraba con facilidad. Una sensación de bienestar lo embargó. Se sentía como un bebé recién nacido.

Los colores nublados de tonos dorados y verdes se tornaron más nítidos y formaron un paisaje ante él. Channing parpadeó. Se encontraba en Boston, en el parque Christopher Columbus, sobre el suave césped verde. Unas gaviotas graznaban por encima de su cabeza. Se incorporó sobre los codos. Delante de él, frente a los rascacielos y edificios altos, se encontraba el gran salón de Lomdalen de su padre.

En la puerta grande había alguien. Era un anciano con el cabello largo, la barba enmarañada y un parche en el ojo. Channing lo reconoció del viaje a la época de los vikingos. Era el hombre que lo había ayudado en el bosque. Era Odín; lo vio con claridad repentina. ¿Cómo no lo había visto antes?

—Allí estás —le dijo Odín e hizo un ademán para que entrara—. Mi héroe.

Channing se puso de pie con la cabeza vacía y el pecho calmo. Le resultó agradable. «Ella», recordó y sintió una punzada de dolor en el corazón.

—Bebe esto —le indicó Odín y le entregó un cuerno que olía a miel—. Es hidromiel, la bebida de los dioses.

Channing aceptó el cuerno y bebió un sorbo. Era delicioso. El dolor en el corazón se le derritió y volvió a sentir un vacío lleno de paz.

Al entrar en el gran salón, lo vio tal y como lo recordaba, con los hogares centrales, las mesas y los bancos y la gran mesa de honor para el *jarl* y su esposa. También vio las alcobas, una de las cuales había usado con Ella.

Volvió a experimentar dolor que lo perforaba y lo retorcía como un alambre de púas. Bebió más hidromiel, y el dolor desapareció.

—¿Estamos en el Valhalla? —Se volvió hacia Odín.

—Sí.

—¿Funcionó?

—¿Qué cosa?

Channing tragó con dificultad.

—Morí. ¿Detuve el Ragnarök?

Odín extrajo un cuerno de hidromiel del aire y bebió.

—Sí.

Channing soltó un suspiro. Debería haberlo hecho antes. De haberlo hecho antes, nadie habría muerto. Habían fallecido tantas personas… incluido su padre.

—¿Ella se encuentra bien?

—Sí.

—¿Y Boston?

—Llegaron más camiones cisterna y lograron apagar el fuego. El mar se calmó. La tormenta de nieve cesó. Los lobos se marcharon. Llegaron más tropas militares y le pusieron fin a la mafia. Ella está viva. El mundo sigue adelante.

Ella estaba viva… sin él. El pensamiento fue como una puñalada. Bebió más hidromiel, y Odín lo imitó. Volvió a experimentar el entumecimiento y el vacío de antes y la cabeza le dio vueltas.

—¿Por qué yo? —le preguntó—. ¿Por qué fui yo el motivo de que el mundo acabara?

Odín tomó una profunda bocanada de aire y exhaló antes de caminar hacia una de las columnas. Movió la mano y los tallados

cambiaron. Tres siluetas tejían con los husos bajo el árbol del mundo, Yggdrasil. Unos hilos dorados se formaban debajo de los husos y le recordaron a los hilos que había producido su máquina para viajar en el tiempo.

—Las nornas son las criaturas más poderosas del mundo. Hasta los dioses somos esclavos de lo que decidan hacer con nuestro destino. Tu madre hizo un trato con una norna. Tu destino era regresar a tu época. No tenías que desafiarlas, sino que debías aceptar ese destino. Pero no lo hiciste. Todos los seres humanos desean crear su propio destino. Y, cuando escogiste quedarte en el pasado, eso alteró el equilibrio del tiempo. Por eso te enviaron al siglo XXI para recuperar el equilibrio, porque tu lugar estaba allí. Pero, a pesar de eso, usaste la ciencia y la tecnología para forjar tu propio destino. Y, lo peor de todo es que funcionó. Cambiaste tu destino, y las nornas se enfadaron aún más. Las nornas definen la trayectoria de las personas antes de que nazcan. No lo pueden cambiar, y eso es lo que has hecho tú con la máquina para viajar en el tiempo.

—Como ser humano, está en tu naturaleza luchar por las cosas que quieres y conseguirlas. Es lo mismo que hacen los humanos con la naturaleza. Abusan del mundo a su alrededor y egoístamente toman todo lo que quieren. Y ¿para qué? Para obtener poder y riqueza. Para sentirse importante.

»Pero una de las nornas se enamoró de un ser humano. Skuld, la madre de Ella. Skuld vio el destino de su hija, y ese destino eras tú. Al igual que no hay nadie como tú, no hay nadie como Ella. Tú has nacido entre dos épocas. Ella ha nacido entre un humano y una norna.

»Tú has desgarrado el mundo, y ella tiene el poder de sanarlo. Mientras que tú eres el poder de la destrucción, ella es el poder de la sanación.

Channing bebió más.

—Entonces me lo merecía.

—Sí. Al igual que toda la humanidad. No eres más que un ejemplo.

Channing se sentó en el banco al lado de Odín.

—Siempre creí que cuando tuviera tiempo y dinero suficiente, marcaría una gran diferencia en el mundo. Iba a apoyar iniciativas para proteger el medioambiente, iba a implementar la última tecnología sostenible en el puerto e iba a usar energía solar y eólica. Siempre pensé que cuando tuviera más dinero iba a poder hacerlo. Debería haberlo intentado más. Debería haber marcado una diferencia real.

—Quizás. ¿Acaso no tenías suficiente riqueza como para hacerlo?

Channing bebió más hidromiel.

—Sí. Podría haber hecho un cambio positivo. Podría haberme detenido a apreciar lo que tenía y lo que podía hacer por el mundo en lugar de ir egoístamente en busca de mi hogar perdido. El hogar que quizás nunca tuve.

—Entonces ¿lo has hecho por tu hogar?

—Sí. Creo que nunca me sentí en casa en la época vikinga. Pero era el único hogar que conocía. La calidez y el amor de mi familia, la amistad de la comunidad… Y, sin embargo, tampoco me sentía en casa en el siglo XXI. Solo con Ella sentí haber encontrado un hogar. Y, con ella, el siglo XXI se podría haber convertido en mi hogar.

—Pero ahora, aquí estamos. El sacrificio está hecho. Yo entregué un ojo por la sabiduría, y tú también has dado algo.

—Mi vida.

—¿Por qué la has entregado?

Channing pensó la pregunta. El arrepentimiento de ver cómo el mundo seguía adelante sin él era como una afilada punzada de celos. Ahora veía cómo el resto del mundo vivía, reía, lloraba, cometía errores, estaba con sus seres queridos… Todos menos él.

Nunca estaría con Ella. Nunca sostendría a su hijo en sus brazos. Nunca le susurraría lo mucho que la amaba o el milagro que era estar con ella. Nunca la besaría ni le haría el amor.

¿Por qué había entregado su vida? Channing sabía que estaba mal aferrarse a la necesidad egoísta de ser feliz con ella cuando el mundo entero había sufrido por su culpa. Se había sacrificado por ella. Se había sacrificado por toda la gente del mundo, de todas las épocas. Lo había hecho para que la humanidad aprendiera a ser mejor.

Alzó el cuerno de hidromiel al tiempo que el dolor le desgarraba el pecho al pensar en Ella. Pero en esta ocasión, no bebió. Dejó que el dolor le fluyera por el cuerpo y lo acogió como un recordatorio de lo que había perdido.

—Por más que me gustaría decir que entregué mi vida para pasar la eternidad a tu lado, Odín… la entregué por amor.

CAPÍTULO
TREINTA

Una semana después…

—Tenemos que enterrarlo, Ella. —La voz serena de su padre sonó como un trueno, y Ella se estremeció.

En el apartamento de Channing reinaba el silencio. En el hogar roto no ardían las llamas. Ningún electrodoméstico zumbaba o emitía sonido alguno. El reloj electrónico sobre horno dañado no estaba iluminado, y no se encendió ninguna luz.

Afuera del ventanal que llegaba hasta el techo, Boston vivía y se movía bajo la luz dorada del sol. Algunas líneas de coches fluían por las calles, y unas personas diminutas se movían por doquier. Parecían hormigas desde la altura. Unas esponjosas nubes blancas coloreaban el cielo celeste. No había ningún indicio de la nieve, ni de los lobos, ni de la mafia. Ni tampoco de Channing.

Algo en el vacío de su interior hizo que los músculos de la garganta se le movieran para decir:

—Ya lo sé.

Su padre se acercó en la silla de ruedas y le tomó la mano entre las suyas, cálidas y fuertes.

—Salvó al mundo. Hizo lo correcto.

Unas lágrimas le asomaron a los ojos, y el parqué cubierto de polvo se le nubló.

—Ya lo sé.

El pecho le dolía. No podía respirar. Si respiraba, el hueco que tenía en el centro del pecho se abriría y una agonía ardiente le recorrería las venas.

Olvido. Vacío. Eso era lo que necesitaba. Una bebida.

Apartó la mano de la de su padre y avanzó hacia la licorera de Channing. La puerta de vidrio se había roto, al igual que la mayoría de las botellas. Para su sorpresa, encontró una botella de *whisky* en el fondo del mueble.

—Vas a conducir, Ella —le recordó su padre con suavidad.

«Maldita sea». Con cuidado, dejó la botella sobre la mesada de granito de la isla de la cocina.

—Ya lo sé.

Su padre miró alrededor.

—¿Dónde estarán los títulos de la propiedad?

—Arriba, en la oficina. Los iré a buscar en un rato.

Necesitaba los documentos para lidiar con ese sitio. Pero ¿qué iba a hacer con todo? En el testamento, Channing le había dejado todas las propiedades, todas sus pertenencias y toda su riqueza a ella. Pero Ella no necesitaba nada de eso. Ese apartamento sin él era una herida cruda que la corroía. Ni siquiera podía ver los coches. No había firmado ningún papel porque firmarlos volvería todo realidad. Volvería realidad su muerte. Lo mismo ocurría si lo enterraban.

El puerto… El puerto era lo único que soportaba, el único sitio en el que sentía alivio. Era extraño considerando que cientos de personas habían muerto allí ese día y que era peligroso ir allí a raíz de la radiación que se había colado del reactor nuclear. Por fortuna, la granada no había explotado. De lo contrario, habrían tenido que evacuar a toda la ciudad. Al final, Leo no le había quitado el mecanismo de disparo. O estaba muy fuera de quicio como para hacerlo bien o, en realidad, no había querido morir.

A pesar de todo, el puerto la llamaba. Ese era el último sitio donde había visto a Channing vivo. Había visto el momento en que el hacha se dirigía al cuello de Channing, y él se había limitado a quedarse de pie. Había cerrado los ojos con una expresión llena de determinación en el rostro. E incluso llena de paz.

Alguien le había disparado al hombre que la había atacado, de lo contrario ella también hubiera muerto. Al instante siguiente, como por obra de magia, las nubes se disiparon, la nieve dejó de caer, y el sol negro volvió a la normalidad. Los lobos huyeron. Las nornas enviaron a los vikingos de regreso a su época, donde debían estar. Tanto la policía como los agentes del FBI y los militares enviaron refuerzos y arrestaron al resto de los integrantes de la mafia. Todo el mundo había vuelto a la normalidad. Excepto el de ella, que había acabado.

—Me salvó, papá —le dijo recorriendo la mesada de granito con la mano—. Te salvó a ti y a Gloria. Salvó a Ted. Salvó a todos.

—Sí.

Un dolor agudo la embargó como una lanza y se dobló en dos.

—¿Qué voy a hacer sin él? Debería haber pasado cada minuto apreciándolo. Channing tenía razón. Teníamos un tiempo limitado. ¿Qué voy a hacer?

Su padre se le acercó en la silla de ruedas y le colocó la mano sobre la espalda.

—Vas a vivir. Y te va a doler. Por un tiempo. O a lo mejor la pena nunca desaparezca por completo. Pero vas a seguir viviendo.

Ella se enderezó y se secó las lágrimas.

—No quiero.

El rostro de su padre se endureció y agrandó los ojos llenos de temor.

—No, Ella. Hija, no te atrevas a pensar de ese modo.

—No lo entiendes.



Más tarde, en su habitación, Ella extrajo el bordado de su madre. La tela de lino, los hilos coloreados y la aguja.

Estaba determinada a hacer lo que no había podido hacer. Le había dicho a Channing que iría a otra época y cambiaría las cosas.

Aún era una norna, o, al menos, la hija de una norna. Channing había sacrificado su vida por el bien del mundo. Ella también

necesitaba hacer un sacrificio. Se negaba a creer que un mundo sin él valía la pena. Crearía un nuevo destino. Al menos tenía que intentarlo.

Tomó el huso de oro y un ovillo de lana que había quedado entre las cosas de su madre y comenzó a tejer. No sabía cómo tejer; nunca en su vida lo había hecho, solo había visto tejer a su madre y a las mujeres en la época vikinga. Aunque al principio le pareció difícil, de algún modo, las manos sabían qué hacer y no se detuvo. A lo mejor, lo llevaba en la sangre, como le había dicho la *völva*. Al igual que la sabiduría y el poder que aún no podía controlar…

De alguna manera sabía que se debía a su falta de confianza. No había confiado plenamente en Channing, aunque le había dicho la verdad. Todo lo que había hecho había sido para protegerla. Pero no había confiado en sí misma.

Era una pena. Porque ahora movía las manos tejiendo y sosteniendo el huso en el ángulo correcto para dejarla caer con la fuerza indicada y sosteniendo la lana. Era más fuerte y más poderosa de lo que había creído. Y más sabia. Sabía qué hacer y deseó haber confiado en sí misma. Los vikingos siempre sacrificaban algo para complacer a los dioses y ganarse su favor. Eso es lo que haría ella.

En las horas tempranas de la mañana, cuando tenía una buena cantidad de lana, tomó la aguja de su madre, la enhebró y comenzó a trabajar en el bordado. Perdió la noción de lo que era real y lo que estaba soñando. Entró en un estado mental que tenía en sueños cuando podía cambiar las cosas. La realidad se le nubló. Las fronteras entre lo que era real y lo que era posible se suavizaron.

Lo único que importaba era el destino que estaba creando en el tapiz que tenía delante. Sería la última cosa que haría como seminorna y la mejor. Ese sería su sacrificio: sus poderes. Su magia. Dejaría de ser norna. No podría cambiar el destino.

Recordó las palabras de su madre. «Tienes que verlo, Ella. Tienes que verlo con claridad. Debes ver lo que quieres que ocurra». Así sería cómo cambiaría el mundo. Vería lo que quería, con exactitud y precisión.

Vio una época distinta, en una realidad muy diferente en la que todo era mejor. Y, a pesar de que le había dicho a Channing de que no debía lidiar con sus problemas viajando en el tiempo, eso era exactamente lo que estaba haciendo ella. Pero ahora entendía mejor su deseo. Tal y como él estaba buscando su hogar, ella estaba buscando el suyo.

No supo cuánto tiempo había pasado hasta que, por fin, el tapiz estuvo listo. Destelló con los hilos dorados y plateados, aunque no había teñido la lana, y vio el mundo mejor que había visualizado, con una Ella mejor y… un Channing mejor. Un Channing vivo.

Miró alrededor. Ya no estaba más en su habitación, sino que se encontraba en una oscuridad vasta, como cuando había visto a las nornas antes. Y, de pronto, una se detuvo frente a ella. Tenía el cabello dorado, un vestido verde y los ojos celestes. No era una mujer joven como la última vez que Ella la había visto en ese espacio. Era una anciana dulce que sostenía un huso en la mano.

Ella tragó con dificultad.

—Mamá.

La norna le sonrió.

—Hola, corazón.

—¿Dónde estoy?

—Estás en el medio, corazón. Entre dos mundos, entre dos épocas, entre dos destinos. Cuando ayudo a la gente a viajar en el tiempo, pasan por aquí rápido. Pero nosotras nos podemos detener. Aquí las cosas aún no han ocurrido. Aquí se pueden cambiar las cosas.

—¿Por qué estás aquí?

Skuld arqueó la cabeza y dio dos pasos hacia ella.

—Quería verte por última vez y explicarte lo que estás a punto de hacer para ver si estás segura de tu decisión.

—De acuerdo.

—Aunque nunca te enseñé nada, lo has hecho todo bien. Lo has descubierto sola. No hay nadie como tú. No eres una norna como yo y mis hermanas, y tampoco eres del todo humana. No puedes definir los destinos como nosotras, pero puedes viajar en el tiempo y cambiar algunos eventos. Mis hermanas estaban furiosas conmigo

cuando decidí estar con tu padre. Casi renegaron de mí… pero no funciona así. Sabía que lo que compartía con tu padre jamás duraría. Y jamás esperé quedar embarazada como si fuera una mujer humana. Pero tienes que entender: nuestras vidas como nornas son solitarias. Solo somos nosotras tres. Lo único que podemos hacer es observar a los seres humanos, pero jamás podemos participar. No vivimos, solo existimos. Y contigo y con tu padre, viví. Aunque solo haya sido por unos pocos años, viví. Fui feliz por primera vez en mi vida.

Ella sintió una lágrima que le rodaba por la mejilla.

—¿No me querías dejar?

La norna se le acercó más y le tomó la mano entre las suyas.

—Nunca. Jamás.

—Y entonces ¿por qué te marchaste?

—Porque el mundo necesitaba que hiciera mi trabajo. Pero te protegí. Vi que amarías a Ulf Hakonson, y que él te amaría también. Vi que tú serías quien curara el desgarro de la realidad y creara un mundo mejor.

Soltó la mano de Ella y tomó el tapiz.

—Esta es la cura, corazón. Esto es lo correcto.

Ella parpadeó.

—¿Por qué?

—El mundo tiene una cicatriz enorme por el Ragnarök. La dejó Channing y la máquina para viajar en el tiempo, que desgarró el balance del tiempo y el destino. Con esta cicatriz, el mundo puede seguir adelante, pero jamás se sanará por completo. Lo que has tejido aquí… es sanación.

Miró a Ella y señaló el bordado.

—Aquí, todos los que murieron a causa del Ragnarök regresarán como si los eventos del Ragnarök jamás hubieran ocurrido. Pero, como sabes, hay un precio que pagar.

—¿Qué precio?

—Channing no podrá recordar quién era. No podrá querer crear la máquina para viajar en el tiempo otra vez. No te recordará. No recordará sus raíces. No recordará el Ragnarök.

—No me recordará… ¿Cómo volveremos a estar juntos?

—Eso no es todo, corazón. Tú tampoco recordarás tus poderes. No sabrás quién soy. Y tampoco lo recordarás a él.

Ella sintió una conmoción gélida.

—Pero…

—Me temo que ese es el sacrificio. Es lo que tú has tejido. Y tendrás que imaginártelo muy bien. ¿Aún quieres esto?

Ella parpadeó para contener las lágrimas que amenazaban con caer. Channing estaría vivo. Estaría en alguna parte del mundo de los vivos. Eso bastaría.

—Sí —repuso—. Sí.

—Bien. Entonces hazlo. No puedo cambiar el destino que ya se ha tejido, y mis hermanas tampoco. Lo que se haya tejido antes de que la persona haya nacido sucederá. Por eso tuve que escribir la fórmula para Munchie y Georgina, para que la máquina para viajar en el tiempo de Channing funcionara. Aunque actué en contra de nosotras, las nornas, tenía que ocurrir. El mundo tenía que romperse para poder sanar y ser mejor. —Con un dedo, acarició el bordado de Ella y luego le tomó el rostro con una mano—. Los hombres quieren cambiar el destino, pero no pueden cambiar lo que nosotras hemos definido. La única que puede cambiar lo que se ha tejido eres tú. Mitad humana, mitad norna. No existe nadie más como tú. Eres la única que puede sanar al mundo.

Había tanta adoración y amor en la voz de su madre que, por primera vez, no ser como nadie más no parecía algo malo. No significaba estar sola o haber sido abandonada. Significaba que podía ayudar a la gente. Que podía crear el futuro que tanto la humanidad como Channing se merecían.

Su madre le sonrió.

—Una última cosa antes de irme. No sabía lo que era el amor. Tu padre y tú me han enseñado a amar. Ustedes valieron todo.

Algo en el interior de Ella se calentó, como si unas brasas cobraran vida en el centro de su ser. La tristeza y la soledad se derritieron. La herida interna le sanó. Y con esa sanación, supo que se estaba convirtiendo en un ser completo. Y ahora podía ver el nuevo tapiz mejor. Añadió más detalles. Tejió sonrisas. Añadió un brillo cálido que jamás se extinguiría en los corazones de la gente.

El tapiz ante ella tenía colores intensos. La ciudad de Boston se encontraba serena y pacífica, con frondosos árboles verdes, flores y mucha luz solar. La gente caminaba, se sentaba en las cafeterías, montaba bicicletas o jugaba con los niños. Era un sitio seguro, tranquilo y abundante. Había paneles solares sobre los techos y molinos de viento en el mar y contenedores para reciclar los residuos en las calles. Y en el centro de todo había una pareja abrazada, con las frentes unidas, mirándose profundamente a los ojos. La mujer era rubia, y el hombre tenía el cabello largo y unos tatuajes vikingos. Por más que se iban a olvidar, Ella podía incluir ese deseo, esa última esperanza en el tapiz.

«Eres mi eje, Ella. Los mundos pueden girar a nuestro alrededor, arder, morir y renacer. Pero siempre encontraré el camino de regreso a ti. A través del tiempo, de los lobos, del hielo y del fuego. Que el huso teja todo lo que quiera…».

¿Era demasiado esperar que su noble y valiente vikingo la volviera a encontrar algún día?

CAPÍTULO

TREINTA Y UNO

El bar Mo's estaba ajetreado. El mes de octubre había resultado demasiado tranquilo, dejando de lado los crímenes comunes de asaltos y las llamadas para terminar fiestas nocturnas. Era domingo, y los Red Sox estaban jugando. Los policías se habían reunido tras el turno a beber una o dos cervezas.

—Papá. —Ella se volvió hacia su padre—. ¿Una Sam Adams?

Como capitán de la policía, Bryan O'Connor no solía ir a Mo's. En general, no era buena idea beber con sus oficiales. Pero ese día habían resuelto un gran caso. Ese día, Ella, Ricardo y dos detectives más por fin habían arrestado a Leo Esposito y a los jugadores claves de la mafia de Boston.

—Claro. Gracias, hija. —Asintió con la cabeza y se acercó a la mesa en la que estaban sentados dos policías. Uno de ellos se deslizó sobre el sofá para hacerle espacio—. Disculpa, pero iré a alardear de mi hija, que acabó con la mafia de Boston a los dos años de convertirse en detective.

Ella se rio entre dientes. Algo cálido se le expandió en el pecho. Siempre podía confiar en que su padre estuviera orgulloso de ella. Sabía que jamás la abandonaría. Jamás la traicionaría. No sabía por qué su madre se había marchado cuando era pequeña, y por muchos años se había preguntado quién habría sido y hasta la había buscado. Pero algo en ella comprendía que, aunque a veces las personas se marchaban, siempre había otras que se quedaban. Como su padre y su madrastra, Gloria, a quien había llamado

«mamá» al año de que llegara a la vida de su padre y prácticamente la había criado.

Ella se apoyó contra el bar y agitó las manos hacia su tío Maurice, que le guiñó un ojo mientras tiraba una cerveza.

—Felicitaciones —le dijo—. Ya me enteré.

Ella sonrió. El bar olía a cerveza y a madera pulida con un producto cítrico. Era un aroma que había conocido toda su vida.

—No podría haberlo hecho sin Ricardo y papá —le dijo—. Y la pista que le dieron a papá acerca de la oficina central de la mafia. —Su padre se había negado a compartir la fuente con nadie para proteger a la persona que lo había arriesgado todo para ayudarlos.

—¿Dónde está Ricardo?

—Sigue en la comisaría, pero se nos unirá pronto.

El tío Mo sirvió dos cervezas delante de él para alguien que había pedido antes que ella y luego se volvió hacia Ella.

—¿Siguen juntos?

Ella soltó una carcajada.

—No. Solo tuvimos una cita y fue tan desastrosa que al día de hoy nos reímos de eso. Se acaba de mudar con la novia.

Mo se apoyó contra el bar con las dos manos y soltó una carcajada.

—Lo principal es que los dos estén bien. ¿Qué te sirvo, Ella?

—Una Sam Adams para papá y, eh… ¿Tienes Guinness?

—Claro. Enseguida. —Tomó un vaso limpio y tiró una cerveza. El líquido se deslizó oscuro y cremoso en el cristal—. ¿Vas a visitarnos de nuevo este fin de semana?

Ella asintió.

—Como siempre. Ted ya me contó que dibujó una especie de superhéroe vikingo… Ralf. Quiere mostrármelo.

—En realidad, es Rolf —le dijo alguien a la izquierda y se volvió.

Por todos los cielos. El sujeto se encontraba al lado de ella con una sonrisa de lo más encantadora y tenía el rostro más atractivo que había visto en mucho tiempo. Era alto, casi gigante. Los músculos se le tensaban debajo del traje de color carbón. Ella reparó en los hombros anchos, la cintura delgada y los pectorales fuertes. Unos tatuajes vikingos le recorrían el cuello y sobresalían por debajo

de los puños de la camisa. Llevaba parte del cabello largo sujeto en un moño, y los ojos verdes la observaban con una mezcla de diversión… y deseo. Cielos, en su mirada había mucho deseo. En la sien tenía una marca de nacimiento con forma de corazón. Una barba corta y atractiva, que parecía apenas una barba incipiente, le cubría el mentón cuadrado, y los labios suculentos le ofrecían una nueva sonrisa torcida. Qué arrogante.

En cuanto inhaló su aroma, se perdió. Era una esencia masculina, térrea y boscosa. Su colonia era elegante, distinguida y atemporal y combinada con el aroma de su piel hizo que se le hiciera agua la boca y se le acelerara el corazón en el pecho. Había una suerte de conexión entre ellos, casi una fuerza física que intentaba resistir. Lo conocía de algún lado. Le resultaba muy familiar.

—Oh, cierto. Rolf.

Era evidente que el traje que llevaba puesto era costoso y le encajaba a la perfección, como una segunda piel. El reloj en la muñeca debía costar más que lo que ganaba Ella en un año. Los detectives también vestían trajes y relojes, pero no eran como esos. Tuvo que obligar a sus ojos traidores a concentrarse en su rostro.

—No pareces alguien que sabe de superhéroes.

Él arqueó una ceja.

—Y tú no pareces alguien que pertenezca a un bar de policías.

Ella se ruborizó.

—No sé si eso es adecuado.

—Es una simple observación.

En ese momento, perdió todo el interés en él. Era un patán arrogante, como todos los sujetos adinerados.

—Permíteme ser directa. Aunque no sea nada oficial, esto es un bar para policías, así que… ¿quizás deberías buscar otro sitio donde beber tu…?

El sujeto miró a Mo.

—¿Me sirves un *whisky*?

—Por supuesto. En un momento. —Mo le dio la pinta de Guinness a Ella—. No te preocupes, le llevaré la cerveza a Bryan. —Tomó la Sam Adams y salió de detrás de la barra.

Ella no quería quedarse conversando con ese sujeto tan arrogante. Y no pensaba hacerlo. Tomó la Guinness y le pasó por delante.

—Permiso.

Él la tomó del brazo por encima del codo y la detuvo. En el momento en que su piel le tocó la suya a través de la delgada tela de la camisa, algo ocurrió. Fue como si el tiempo se hubiera ralentizado. Algo dulce, poderoso y eléctrico circuló por ella. Unos destellantes hilos dorados se cargaron a su alrededor. Ella no podía respirar. No existía nadie ni nada más. Solo él y ella. Y, de algún modo, eso estaba bien. Quizás era lo más adecuado en todo el mundo.

Sin soltarle la mano, le dijo:

—Dime que tú también lo sentiste.

Ella no se pudo mover. Bajó la mirada a la mano que la sujetaba. El puño de la camisa se le había subido para revelar un tatuaje en la cara interna de la muñeca, por encima de la arteria radial. Era un huso. Un escalofrío le recorrió la columna vertebral.

—¿Quién eres? —le preguntó.

Su padre apareció desde detrás del sujeto, que, para su desilusión, la soltó.

—Oh, Ella, veo que has conocido a nuestro informante anónimo. Ahora que la mafia está tras las rejas, no tengo que proteger más su identidad. Al menos, no de ti.

Ella miró al hermoso hombre con diferentes ojos. Él era el motivo por el que habían podido conseguir la última prueba que necesitaban para arrestar a la mafia.

—Soy Channing Hakonson. ¿Y tú eres Ella…? —Aguardó a que completara su nombre.

Ella lo ignoró y, en cambio, le dijo:

—Oh, ahora sé de dónde te conozco. Eres el dueño del puerto de Boston. El primer puerto completamente sostenible del mundo.

—Sí.

Al final del día, no era un patán. Al menos, no era el patán que había creído que era. El hombre había creado y fundado una iniciativa para transformar la industria del transporte. Había dedicado

uno de los edificios del puerto a la investigación, había contratado a dos científicos del MIT y, el mes anterior, había lanzado el primer barco completamente sostenible. Sin emisiones de carbono. No requería gasolina ni petróleo. Channing trabajaba con quienes querían ser parte de la solución y los ayudaba a hacer la transición del petróleo a la producción de combustible verde que estaba en gran demanda. Él no buscaba la manera fácil, ¿no? A Ella le gustaba cada vez más.

Alguien llamó al capitán O'Connor, y la multitud se tragó a su padre.

—Soy Ella O'Connor —le dijo—. Es un placer.

—No te vayas. Déjame comprarte una bebida. Es lo menos que puedo hacer para agradecerte por mantener Boston a salvo.

Ella se rio.

—Pagas los impuestos con los que pagan mi salario.

—Bueno… sí.

Ella apartó el brazo del suyo y alzó la Guinness.

—Ya tengo una bebida.

—Te compraré otra.

—¿Por qué no te compro una bebida yo? Apuesto que ya nadie te compra bebidas.

Channing se rio y estiró los brazos hacia el bar en un gesto que fue una invitación.

—No tienes idea de lo acertada que estás.

Ella se sentó en una silla.

—Recuérdalo. Es muy probable que lo pienses muchas veces en el futuro.

Channing también se sentó.

—Me gustan las mujeres fuertes y determinadas. Siempre creí que la mujer indicada sería un eje. Y el hombre indicado para ella no puede hacer otra cosa que no sea girar alrededor de ese eje.

Había algo en esas palabras que le hizo eco. Fue como si ya hubiera oído eso, como si ya hubiera vivido ese momento. Se sintió extraño. Y hermoso.

Desde los altoparlantes, comenzó a sonar «The Sound of Silence» de Disturbed, y la música le resonó dolorosa en el pecho.

Ella bebió un sorbo de cerveza.

—A menudo creí que las mujeres eran las que giraban alrededor del eje de los hombres. Pero yo no quiero que ningún hombre me dé órdenes ni me controle. Se llevaría un puñetazo contra la nariz.

Channing tomó la cerveza de Ella y bebió. Algo en ese gesto fue íntimo y seductor, como si acabara de besar el espacio en que los labios se habían tocado. Como si ya se hubieran besado hacía mucho tiempo.

—Sigue así —le dijo—. Pareces la mujer perfecta para mí. Si no te mueves con cuidado, podría acabar casándome contigo.

EPÍLOGO

Tres años después…

—¡Channing! —Ella se rio—. Por favor, detente.

Channing no tenía ninguna intención de detenerse. En cambio, le besó un seno.

—Quieres decir que siga.

Ella se volvió a reír, moviéndose debajo de su boca.

—Podría entrar alguien.

Channing le besó el otro pecho y se llevó un pezón a la boca a través de la túnica para maternidad. No llevaba ningún sostén. Tenía los pechos llenos, pesados y sensibles, y los pezones deliciosamente oscuros.

—No me importa. Te amo.

Channing alzó la mirada hacia ella. El sol brillaba sobre ella a través de la ventana de la habitación que llegaba hasta el techo. La piel le brillaba, casi dorada, con el color que había tomado durante el verano en la casa de verano en Gloucester y, con el embarazo, se veía madura, hermosa y exquisita. Channing quería llenar la casa con niños que tuvieran sus ojos y su risa.

Ella le sonrió.

—Y yo a ti. Pero tenemos invitados, y podrían entrar.

Channing le acarició la barriga enorme y le dio un beso.

—Cerraré la puerta. Y no son invitados. Son familia.

Aunque no podían ver a su familia desde la habitación, por la ventana se alzaban unas nubes de humo que provenían del patio, donde Bryan se encontraba asando sus exquisitas costillas de cerdo en la barbacoa. Gloria estaba ocupada armando la mesa en el jardín que daba al mar, y Ted debía estar dibujando en su nuevo cuaderno de bocetos de Rolf, desarrollando su nueva historieta. Ricardo y su esposa también estaban allí, al igual que el tío Mo y su familia. Channing había invitado a sus colegas de la universidad de Boston y a Georgina y Munchie, los dos científicos que ahora trabajaban en innovaciones de reciclaje y energías sostenibles. Ellos eran los que habían convertido a Boston en el primer puerto sostenible del mundo y se habían asegurado de que sus tecnologías pudieran aplicarse a cualquier puerto e industria de construcción naval. En el transcurso de los últimos tres años, más de doscientos puertos del mundo y casi seiscientos barcos de carga se habían vuelto sostenibles.

Channing colocó una manta por encima de los dos y le apoyó la mano en la parte baja del vientre a través de los pantalones de maternidad para acariciarla donde sabía que más le gustaba. Ella se abrió para él, cálida y aterciopelada, y movió la pelvis para albergarlo al tiempo que se mordía un labio y cerraba los ojos.

Channing murmuró:

—Y Ciara tiene que darse prisa y nacer. ¿Acaso el sexo no es la mejor manera de inducir el parto?

Ciara era el nombre que Ella había soñado una noche. Se había desperado y le había dicho que en su corazón ese era el nombre de su hija.

—Sí —repuso con la voz baja y ronca—. Pero hace un tiempo que nos hemos alejado de los invitados y…

Como si le leyera los pensamientos, Ted abrió la puerta y entró.

Channing no logró apartar la mano a tiempo y se sentó erguido para taparse la erección con un cojín. Ella se bajó la túnica y se sentó sobre la cama cubriéndose con la manta. Tenía las mejillas sonrosadas.

—Hola, amigo —lo saludó Channing.

—Hola, Ted… —lo saludó Ella algo nerviosa y le dio una patada a Channing como diciéndole: «Te lo advertí».

Ted se detuvo en el medio de la habitación y frunció el ceño mirando entre los dos.

—¿Por qué siguen aquí? Ella, ¿aún no te sientes bien?

Ted había crecido mucho en los últimos años y era un adolescente. Como talentoso artista, dibujaba todos los días, y el arte era su materia favorita en la escuela.

—Ya vamos —le dijo Ella.

—Gloria está a punto de sacar el pastel.

—De acuerdo —le dijo Channing. Aún no se podía poner de pie sin revelar el bulto enorme entre las piernas—. Enseguida vamos, ¿de acuerdo? No nos perderemos el momento en que soples las velas, amigo.

Ella se retorció y soltó un jadeo.

—Oh. —Luego se bajó la mirada al vientre con los ojos bien agrandados.

Ted no se marchó. En lugar de hacerlo, se acercó a ellos y se sentó en la cama entre los dos.

—¿Ciara pateó? —le preguntó a su hermanastra.

Ella miró a Channing.

—Sí.

—Qué niña fuerte. —Channing le sonrió.

—Sí. Es tan fuerte, que rompí aguas.

La felicidad le explotó en el corazón. Hizo el cojín a un lado y le tomó las manos. La miró a los ojos, hundiéndose en las profundidades celestes de su esposa.

—Te amo tanto, Ella —le dijo con una sonrisa.

—Y yo a ti. —Ella le devolvió la sonrisa y se retorció en la cama para incorporarse.

Channing tenía su hogar, una casa cálida y una mujer que le completaba la vida y le hacía sentir felicidad absoluta. Y estaba listo para lo que viniera a continuación.

Ella era su eje. Y él era el hilo que giraba a su alrededor. Y los hilos de sus vidas estaban enredados y tejidos en un tapiz. No era un tapiz perfecto. No siempre era suave. Pero lo cierto era que lo dejaba sin aliento.

~

GRACIAS POR LEER El juicio del vikingo. Espero que hayas amado la historia de Channing y Ella. Esto concluye la serie Al tiempo del vikingo: El legado.

¿Tienes curiosidad por descubrir cómo comenzó la historia de Channing? Comienza a leer la serie **Al tiempo del vikingo** para viajar atrás en el tiempo con Holly y caer en los brazos del jarl vikingo Einar (y descubre más sobre el pasado de Channing dentro de la serie).



Una viajera del tiempo cautiva.
Un jarl vikingo en una misión.

¿Será el matrimonio el precio de su libertad?

Lee EL DESEO DEL VIKINGO ahora >
Disponible como ebook, impreso y en audio.

OTRAS OBRAS DE MARIAH STONE

DUQUES Y SECRETOS

Vendida al duque (precuela)

La bella y el duque

La falsa prometida de lord Libertino

Duque por conveniencia

La apuesta de lord Canalla

LOS SIETE LORES DE LOS PECADOS

El duque de la ira

El duque de la lujuria

El duque de la soberbia

El duque de la gula

...

Próximamente más libros

AL TIEMPO DEL HIGHLANDER (NOVELA ROMÁNTICA HISTÓRICA)

Sìneag (precuela)

La cautiva del highlander

El secreto de la highlander

El corazón del highlander

El amor del highlander

La navidad del highlander

El deseo del highlander

La promesa de la highlander

La novia del highlander

El protector de la highlander

El reclamo del highlander

El destino del highlander

Reunión de Navidad

AL TIEMPO DEL VIKINGO (NOVELA ROMÁNTICA HISTÓRICA):

La tentación del vikingo (precuela)

El deseo del vikingo

El reclamo del vikingo

La novia del vikingo

El amor del vikingo

La cautiva del vikingo

AL TIEMPO DEL PIRATA:

El tesoro del pirata

El placer del pirata

¡Más libros nos esperan en 2025!

¿TE HA GUSTADO EL LIBRO? ¡PUEDES MARCAR LA DIFERENCIA!

Por favor, deja tu opinión sincera sobre el libro.

Aunque me encantaría, no cuento con la capacidad financiera de los editores de Nueva York para publicar anuncios en periódicos o colocar carteles en el metro.

¡Pero tengo algo mucho, mucho más poderoso!

Lectores comprometidos y leales. Si disfrutaste del libro, te estaría enormemente agradecido si pudieras dedicar cinco minutos a dejar una reseña en la página de venta del libro.

¡Muchas gracias!

Acerca del Autor

Mariah Stone es una autora superventas de novelas románticas históricas, destacándose por su aclamada serie de regencia *Duques y secretos*, su envolvente serie de romance histórico *Al tiempo del highlander*, y sus cautivadoras novelas de Vikingos, Piratas y Regencia. Con casi un millón de libros vendidos, Mariah narra historias de mujeres valientes que encuentran el amor verdadero con sus almas gemelas a través del tiempo. Sus obras están disponibles a nivel mundial en diversos idiomas y en formatos electrónicos, impresos y de audiolibros.

¡Suscríbete al boletín de Mariah y obtén hoy mismo un libro de romance histórico gratis en https://mariahstone.com/es/!